

SANGRE y ACERO

Aventura, Épica y Fantasía Heroica

N.º 6

3 €

⚔ Cuatro relatos de Espada y Fantasía:

"El Duelo"

"Ranas de Sangre"

"Un nuevo despertar"

"Sombras en la lluvia"

⚔ La Batalla de Lepanto

Comandancia Suprema:

José M^a Bravo Lineros, El Forjador – Andrés Díaz Sánchez, El Destructor

Maquetación y Diseño gráfico:

José M^a Bravo Lineros, El Forjador

Fuerzas de Élite:

José M^a Bravo Lineros, El Forjador

Jesús Chacón, El Celtíbero Pagano

Andrés Díaz Sánchez, El Destructor

Iván Gil, El Terrible

Martín González Martínez, El Asesino Errante

Juan Carlos Sánchez Clemares, El Lobo



José María Bravo Lineros
C/ Sarasate n.º 4, Caracas B, 6.º p. 3
21007 - Huelva

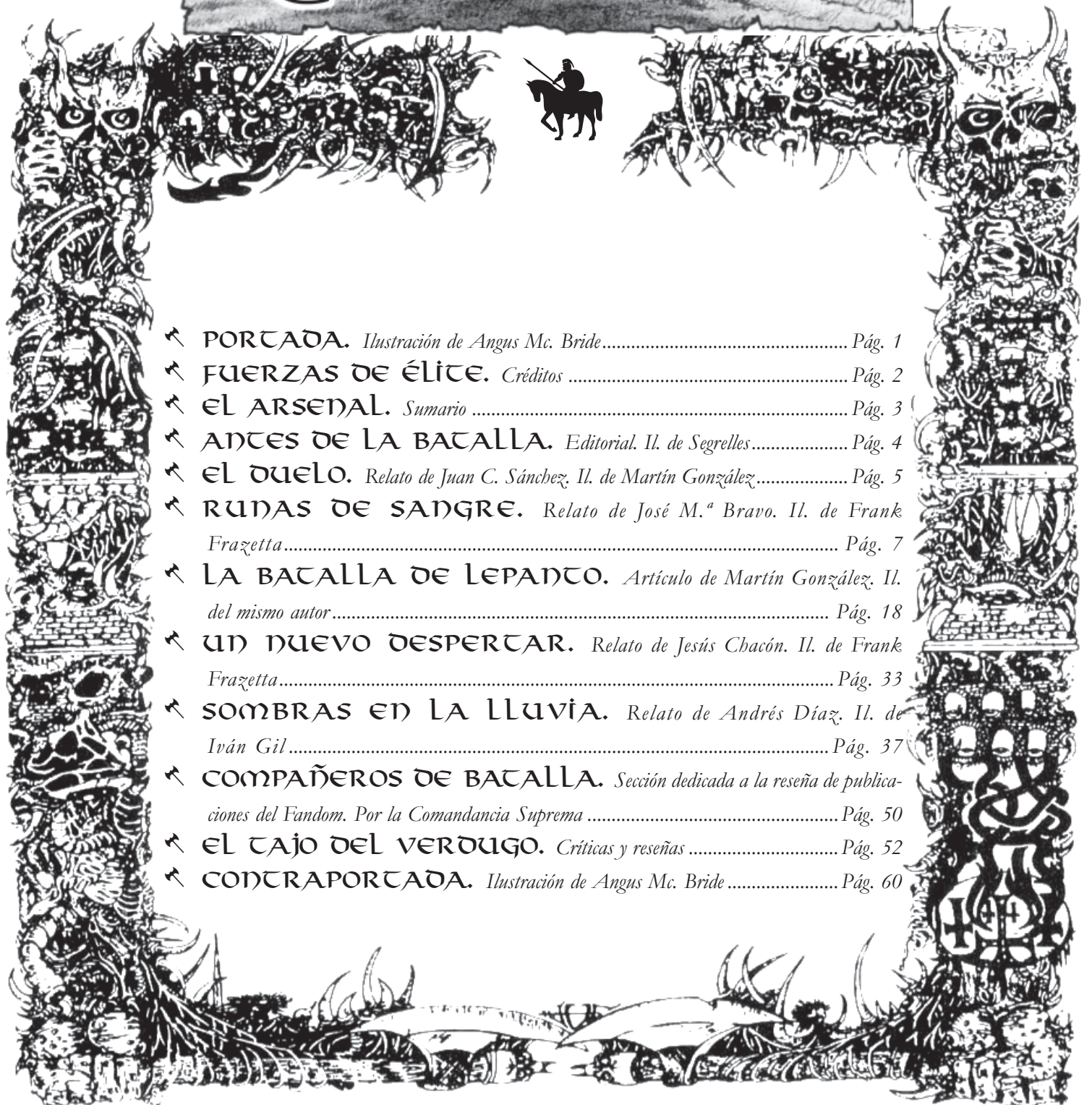
Andrés Díaz Sánchez
C/ Florencio Sanz n.º 15, 2.º D
28025 - Madrid

sangreyacero@yahoogroups.com

Página web: <http://www.sangreyacero.es.vg>

Lista de correo asociada: <http://es.groups.yahoo.com/group/espadaybrujeria>

Canal de Irc: #espadaybrujeria (www.irc-hispano.org)



✦ **PORTADA.** *Ilustración de Angus Mc. Bride*..... Pág. 1

✦ **FUERZAS DE ÉLITE.** *Créditos* Pág. 2

✦ **EL ARSENAL.** *Sumario* Pág. 3

✦ **ANTES DE LA BATALLA.** *Editorial. Il. de Segrelles*..... Pág. 4

✦ **EL DUELO.** *Relato de Juan C. Sánchez. Il. de Martín González*..... Pág. 5

✦ **RUNAS DE SANGRE.** *Relato de José M.ª Bravo. Il. de Frank Frazetta*..... Pág. 7

✦ **LA BATALLA DE LEPANTO.** *Artículo de Martín González. Il. del mismo autor*..... Pág. 18

✦ **UN NUEVO DESPERTAR.** *Relato de Jesús Chacón. Il. de Frank Frazetta*..... Pág. 33

✦ **SOMBRAS EN LA LLUVIA.** *Relato de Andrés Díaz. Il. de Iván Gil*..... Pág. 37

✦ **COMPAÑEROS DE BATALLA.** *Sección dedicada a la reseña de publicaciones del Fandom. Por la Comandancia Suprema* Pág. 50

✦ **EL TAJO DEL VERDUGO.** *Críticas y reseñas* Pág. 52

✦ **CONTRAPORTADA.** *Ilustración de Angus Mc. Bride* Pág. 60

Antes de la Batalla...

¡SALVE, GUERRERO!

Has cruzado una vez más las Puertas que separan tu mundo del Universo Sangre y Acero, allá donde puedes triunfar o morir, puedes cerrar tus dedos sobre el puño de la espada y combatir, donde puedes enfrentarte a dioses, demonios y guerreros, a la magia negra de los brujos. Un universo donde todo esto es posible para ti... Todo esto, ¡y mucho más!

En esta sexta batalla, te sumergirás hasta el fondo en el estanque llameante de la mejor Espada y Brujería: "El Duelo", un relato en el que se mezclan lo heroico y lo irónico, una vuelta de tuerca al mito, de la mano de Juan Carlos Sánchez Clemares, El Lobo; "Un nuevo despertar", una historia épica de renacimientos y venganzas, bajo la sombra de los dioses, creación de Jesús Chacón Rodríguez, El Celtíbero Pagano, editor de la magnífica revista "Phantasmagoric'Zine"; "Runas de sangre", otra aventura del sin par Daramad Mur Asyb, héroe y campeón de Jose M^a. Bravo Lineros, El Forjador; "Sombras en la lluvia", una nueva andanza sangrienta de Skarrion Gunthar, obra de Andrés Díaz Sánchez, El Destructor; "Lepanto", un ensayo brillante tanto como por su rigor de erudito, como por los gloriosos hechos que narra, uno de nuestros muchos y tan impresionantes episodios bélicos, un artículo imprescindible realizado por Martín González Martínez, El Asesino Errante. Por si esto fuera poco, contaremos con nuestras secciones habituales, y con los mejores ilustradores de Fantasía del Universo, entre ellos los compañeros de batalla Iván Gil, El Terrible, y Martín González Martínez, El Asesino Errante.

¿Podrá resistir tu alma tanto ímpetu y tanto poder? Estamos seguros de que sí, porque si lees Sangre y Acero... ¡es que tu espíritu nació para la batalla!

¡SALVE, GUERRERO!



El Duero

Por Juan Carlos Sánchez-Clemares,
El Lobo



l ejército había acampado a menos de quinientos pasos del campamento enemigo. Una tregua entre ambos bandos había pospuesto las hostilidades hasta la mañana siguiente, hecho que agradecían los soldados: de todos es sabido que se lucha mejor con

la mañana, recién nacidas las fuerzas. Así pues, dispusieron las tiendas de campaña, encendieron hogueras y se repartió la que para muchos sería la última cena.

Uno de estos soldados estaba enfrascado en la tarea de escribir una carta a su esposa o, más bien, dictársela a un compañero ducho en esos menesteres. Poseía un imponente físico: era el más alto de los hombres y el más fuerte, pero también uno de los más feos. Su porte era como el de un tonel y su rostro de facciones simiescas y brutales evidenciaba una escasa inteligencia. Pero eso no le importaba a la soldadesca. A pesar de su brutal aspecto, era un compañero respetado y admirado por quienes le conocían. También era un guerrero excelente; se contaban por cientos los enemigos muertos ante su devastadora maza; era un amigo leal, amante de las bebidas fuertes, las comidas sabrosas y las apuestas altas. Su carácter franco y campechano propiciaba que no tuviese enemigos; su corpulencia, que nos lo tuviera vivos.

Pero este aguerrido luchador tenía una debilidad: una linda mujercita de generosas curvas y melena negra. Ella era lo mejor que le había pasado en la vida, y cada vez que tenía que salir de campaña echaba de menos sus cuidados. Ah, cómo le gustaría estar ahora bajo una palmera con un buen vaso de vino en la mano, contemplando a sus dos retoños pelear entre sí mientras su adorable esposa le acariciaba las sienes como a él tanto le gustaba.

Una voz le sacó de sus ensoñaciones. Era la voz de un oficial que le urgía a acudir ante el general. Necesitaban sus habilidades con las armas y su imponente fuerza.

Una en vez en la tienda del general —cosa curiosa, era bastante mejor que la de sus soldados—, éste le explicó que el enemigo había realizado una propuesta cuando menos sorprendente: un duelo particular entre los campeones de ambos ejércitos para dirimir el resultado de la batalla. El general pensó que era buena idea, porque si bien es cierto que el enemigo era menos numeroso y estaba peor armado, y por supuesto no eran los elegidos de Dios, sería cosa buena que la batalla se ganara sin ninguna baja, y así acometer otras empresas con mayores garantías de éxito. El honor de defender la causa patria recaería en los corpulentos hombros del soldado, pues no había mejor guerrero en todo el ejército. Al escuchar su nombre, el enemigo huiría despavorido, dejando tras de sí sus armas y ciudades.

Al enorme soldado le pareció bien, ya que cuanto antes terminase la batalla —si resultaba victorioso; ¡seguro que

sí!—, antes recibiría la recompensa que aguardaba a todo guerrero tras una hazaña como ésta: la licencia y la concesión de unas tierras para su disfrute. Sí, ya se imaginaba plantando árboles frutales e hierbas aromáticas en las huertas, construyendo una mejor y mayor casa y disfrutando de la compañía de su mujer y sus dos hijos. Hasta puede que intentase convencer a su esposa de tener un tercer vástago. Quizás una niña. Una hermosa niña que hiciese compañía a una madre rodeada de varones y ayudase en las tareas del hogar. Sí, era bonito soñar.

La noche transcurrió sin incidentes, si exceptuamos una incursión por parte de un grupo enemigo que se dedicó a robar burros de carga hasta que fueron detenidos por los centinelas. Se les cortó las manos y se les paseó desnudos por todo el campamento para que la soldadesca les insultara y les lanzara algún que otro montón de estiércol. Después, se les devolvió con los suyos, pues había que respetar la tregua y no sería correcto mostrarse demasiado cruel. Ya se sabía, por el qué dirán.

El amanecer trajo consigo el ajeteo propio de un ejército preparándose para la batalla, pero, esta vez, el resultado se decidiría en combate singular entre los campeones de ambos bandos.

El enorme guerrero salió de su tienda y sus compañeros prorrumpieron en vítores y ovaciones. Tomó su enorme maza y se dirigió al lugar de la justa. Sus camaradas coreaban su nombre y nadie dudaba de su victoria. Incluso se comentaba que el enemigo no iba a presentar luchador y se rendiría sin batallar. ¡Tal era el miedo que se le tenía que nadie se atrevería a medir sus fuerzas con él!

Al soldado le pareció bien, pues lo que menos le apetecía era tener que romper el cráneo a un contrincante llorón, ya que no había honor en ello y siempre le daba lástima la manera en que se arrojaban al suelo suplicando piedad. Pero cuando llegó al lugar del duelo, comprobó asombrado que había alguien esperándole. Por un momento, no dio crédito a lo que veían sus ojos y pensó que quizás fuera una broma de mal gusto por parte del enemigo. Mas observó a sus amigos reír de manera exagerada y al general ordenándole luchar, y supo entonces que no se trataba de ninguna broma, sino de un gesto desesperado del enemigo. De otra manera, no podría explicárselo.

Con gesto de resignación, echándose la maza al hombro, el gigantesco soldado avanzó hacia su contrincante con el espíritu alegre, sabedor de que el combate ya estaba ganado. Incluso pensó por un momento en perdonarle la vida al oponente. Sí, eso haría. Un gesto de compasión en la que sería posiblemente su última lucha. Casi podía oler el aroma de los huertos de su futura casa y sentir el cálido contacto de su mujer. Y todo a su alcance, pues, ¿qué reto podía haber en luchar con un muchacho escuálido que lo único que portaba era una honda? ¿No era acaso él, Goliat, el más poderoso de todos los guerreros?



Rampas de Sangre

Por José María Bravo,
El Forjador



El jinete cruzó la herbosa vaguada al galope y se internó en una arboleda húmeda por el rocío. Su montura, un corcel gris de crines oscuras, resoplaba con fuerza por sus dilatados ollares. El hombre refrenó al caballo hasta detenerlo junto al esbelto tronco de un haya y volvió la mirada atrás, receloso.

Era de estatura media, nervudo y de rasgos algo aguileños, con el cabello negro y ensortijado. Solo el impetuoso brillo de sus ojos castaños traicionaba la impresión de veteranía producida por su rostro moreno y curtido. Bajo las rasgadas de su sobrevesta aparecía el acero ennegrecido de una coraza llena de manchas de orín y arañazos; el resto de sus ropas de cuero basto estaban sucias y andrajosas. De su ancho cinturón pendían, en sendas vainas de piel de zapa, un esbelto puñal y una larga espada de doble filo y guarda en cruz.

Retirándose los desiguales mechones de la frente, resopló indeciso mientras perdía su vista en el cielo. Intentó orientarse según la posición del Sol, apenas una mancha de claridad dorada en el pesado manto de nubes que cubría el firmamento. El jinete dedicó un reniego en voz alta al enfermizo sol de aquellas tierras y picó espuelas, decidido a atravesar el bosque. Los afloramientos de roca pizarrosa, a los que se aferraba el liquen como un tumor maligno, menudeaban en el terreno cada vez más escarpado. Una ligera llovizna comenzó a caer; no mucho después, se oyó el fuerte retumbar de un trueno. Con otra sonora maldición, el jinete alentó a continuar a su agotada montura, internándose en la floresta.

—Ha pasado por aquí. Nos lleva dos días de ventaja, como mucho —aseveró Feiraz, un batidor duvonio, tras examinar el rastro.

—Magnífico. Bien, sigamos —musitó Evrardo, el superior de Feiraz, alto y rubio. Por sus cicatrices y gestos se apreciaba enseguida su condición de soldado viejo.

Feiraz se incorporó y encabezó la marcha, seguido por Evrardo y cinco soldados más, ataviados con ropas de paño negro y jubones de cuero; llevaban espadas de hoja ancha, hachas, ballestas ligeras y aljabas de cuero repletas de saetas.

Bajaron por una trocha que serpenteaba entre abetos, pinos y cedros. La bóveda de sus copas arrojaba densas sombras, heridas por los haces de luz cobriza del atardecer.

Evrardo se dio ánimos, pues sin duda conseguirían atraparle pronto: el cadáver de su montura había aparecido cuatro días antes, aliviado de la mayor parte de la carne aprovechable. El pobre animal se habría roto una pata, hecho nada extraño, pues aquellos parajes se volvían cada vez más frágiles a medida que uno se internaba hacia el oeste.

Una quiebra del terreno les obligó a seguir por una pronunciada escarpa de roca desnuda. Feiraz les indicó que tuvieran cuidado al pisar y de un salto comenzó la ascensión por la ladera. Evrardo gruñó y fue lentamente tras el batidor; ya estaba viejo para aquellos trotes, se dijo a sí mismo. Los cinco soldados siguieron a Evrardo en silencio, vigilando donde apoyaban los pies. Las sombras del bosque se alargaron y perdieron nitidez mientras avanzaban.

El frío le hacía temblar violentamente, entrecortaba su respiración. Dio pasos torpes sin saber muy bien hacia dónde. La negrura era casi absoluta.

Casi... una luz centelleaba, allá en la lejanía. El viento alborotó sus cabellos, susurró en sus oídos un nombre de sílabas extrañas, un nombre que era y no era su nombre.

—Ven...

La voz que traía el viento era vieja, grave, joven y aguda; un murmullo, un clamor incesante.

El sendero se vislumbró en la oscuridad, un sí es no es de plata desvaída, incitándole a desvelar sus misterios.

—Ven... Ven a mí, guerrero...

Echó a correr por el sendero, tropezando, acicateado por una angustiosa premura.

Daramad Mur Asyb se despertó sudoroso y jadeante y miró a su alrededor con los ojos desorbitados y un gesto de sobresalto en el rostro. Poco después suspiró, enjugándose el sudor de la frente. Había sido solo una pesadilla.

Levantándose de la frazada que le servía de yacija, estiró los músculos y se alisó las ropas, ajustándose la cota de malla y la coraza. Recogió el resto de sus pertrechos y se puso en camino sin más demora.

La claridad del amanecer confería un aspecto de ensueño al paisaje; perezosos, los jirones de niebla ascendían hasta las peladas cumbres de las montañas, desgarrados sudarios enroscándose en los altos y vigorosos árboles. Daramad no había visto nunca bosques semejantes. En Saremia, de donde provenía, los bosques no eran lugares tan sombríos ni amenazadores.

La amenazadora visión que le había acosado en sueños y el presentimiento de que le acechaban mantenían a Daramad tenso y expectante. Estaba hambriento; el día anterior había acabado con los últimos tajos de carne de caballo y desde entonces su único sustento habían sido raíces y bayas amargas. Daramad serenó sus pensamientos y respiró hondo. El viento traía un aroma a resina y mantillo que le recordó por un instante el olor del mar. El mar... Pocas veces se había alejado de él por más de un año; ahora estaba a seiscientas leguas de cualquier costa, perdido en aquella tierra maldita, olvidada por dioses y hombres.

Tropezó con una raíz saliente y cayó sobre una de sus rodillas. Una afilada lasca de pizarra le desgarró las calzas de cuero, abriéndole un feo corte en la pantorrilla. Retiró entre reniegos las esquirlas de piedra de la herida y reanudó la marcha. Atravesó un pequeño claro y se detuvo para orientarse. Perplejo, comprobó que había desviado su caminar hacia el norte, en contra de sus intenciones. Sabía que tras muchas leguas de camino hacia el suroeste debía llegar hasta Ymalrn, si no le engañaba la memoria. Perderse en aquellos bosques era asunto fácil, pero resultaba muy peculiar que se hubiera desviado ya varias veces hacia el norte, como quien recorre un camino familiar sin reparar en ello.

Bufó con resignación y enfiló de nuevo sus pasos hacia el Suroeste. No se dejaría vencer fácilmente.

El riachuelo transcurría calmo por entre las musgosas rocas y las ramas caídas que formaban su lecho, jubilosas sus aguas limpias y heladas. Junto al cauce, escondido tras una espesa mata de mimbrera próxima a un fresno ceniciento, Daramad aguardaba al acecho. Flexionó los músculos entumecidos y se rascó la barba negra e hirsuta que le ensombrecía el rostro, malhumorado. Había visto huellas de pezuñas en el barro seco del riachuelo y esperaba que algún animal se acercara a beber. No era muy diestro cazando, aunque se había ocultado de forma que el viento no llevara su olor a su presa.

La suerte le sonrió. Un carnero macho joven, de pelaje pardo y morro blanco, bajó hacia el curso de agua, bufando mientras alzaba orgulloso sus largos y retorcidos cuernos. Miró de un lado a otro con suspicacia, llegó hasta el agua y comenzó a beber.

Daramad sonrió, aprestó la honda que había hecho con las riendas de su montura, se irguió de su escondite mientras la zarandeaba. El animal alzó la cabeza al oír el ruido de las ramas, bufó de terror y comenzó a huir, mas no llegó muy lejos. La piedra alcanzó la parte posterior de su testuz y se hundió varios dedos en su duro pellejo, derribándole.

Triunfal, el saremio salió de su escondite. Estiró las piernas y se acercó al carnero, que aún se debatía entre espasmos. Acortó su agonía de un golpe de puñal y arrastró el cadáver junto al río mientras silbaba. Tras despellejar al carnero y eviscerarlo, se dispuso a preparar un fuego con el que ahumar la carne. Decidió lavarse antes la sangre de las manos y se inclinó ante el arroyuelo. El rojo intenso fue diluyéndose en el agua entre confusos remolinos. Llenó sus manos de agua y se refrescó mojándose la cara y la nuca. Levantó después la vista y contempló el paraje por un momento. El agotamiento y la irritación desaparecieron de su ánimo; era imposible permanecer enfurruñado mientras se presenciaba aquel espectáculo de sobrecogedora belleza. Los arces, fresnos y hayas que crecían en las faldas de las lomas brillaban engalanados por las gotas de rocío. Lameaba el rojo arce ante el intenso verdor del tejo y la nivea corteza del haya; susurrando su vieja y enigmática canción, las frondosas copas se mecían en la brisa que ascendía hacia las montañas.

La sonrisa de placidez de Daramad se borró de sus facciones y la momentánea catarsis se esfumó tal como viniera. Le acechaban.

Alzó la vista, vislumbró un destello metálico entre la maleza más allá del riachuelo. Una cuerda de ballesta vibró. Daramad se echó al suelo, rodó sobre su costado; la saeta se quebró contra una piedra, a dos palmos de su pecho.

Se puso en pie con una hábil contorsión y emprendió la huida de inmediato. No perdió tiempo en ver quiénes o cuántos le atacaban: corrió raudo hacia el bosque, aprovechando los árboles para entorpecer la puntería de sus enemigos.

Dos dardos más zumbaron a su espalda. Una tercera saeta pasó junto a su sien y se clavó en el tronco de un fresno. Había venido de una dirección perpendicular a la primera. Se agachó al abrigo de una roca y aguzó el oído. Venían hacia él por varias direcciones; esperaban acorralarle. Inspiró con fuerza y reanudó su carrera dirigiéndose hacia el origen del último disparo. Hizo justo lo contrario que lo que esperaban: cargó de frente contra uno de los grupos en los que se habían dividido, en vez de correr pendiente arriba.

A unos veinte pasos distinguió las siluetas de

dos hombres que armaban ruido de mil demonios mientras se abrían paso a través de unas mimbreras. Daramad corrió agazapado de árbol en árbol, tomó una gruesa piedra del suelo y la colocó en su honda.

Gunoc y Almo, los soldados que acometían a Daramad por el oeste, le vieron de improviso salir tras un fresno balanceando la honda. Gunoc escuchó la advertencia de su compañero y se echó a un lado, pero no fue lo bastante rápido: el proyectil dio en su casco y dobló el metal. Gunoc cayó al suelo sangrando por un oído.

Almo bramó un juramento y disparó contra Daramad. La saeta rozó el hombro del saremio, desgarró sus ropas. El duvonio sacó con premura otro dardo de su aljaba y llamó a sus compañeros a gritos. Daramad corrió hacia él, desenvainó la espada; Almo se afanó con la gafa para armar a tiempo la ballesta mientras retrocedía entre tropiezos. Cuando el saremio estaba a menos de cuatro pasos, levantó su arma y disparó. Daramad se arrojó al suelo y el proyectil no alcanzó su cabeza por muy poco. Antes de que el duvonio pudiera recuperar el aliento, se puso en pie y arremetió contra él.

Almo vislumbró su feroz mueca y detuvo su potente acometida a duras penas, tras sacar justo a tiempo su espada. No había podido afianzar los pies y se tambaleó, desequilibrado por el ímpetu del saremio. Paró otros dos temibles tajos que resonaron contra su acero y recorrieron su brazo con dolorosas sacudidas. Almo devolvió los golpes y se rehizo, enardecido por el recuerdo de la muerte de Gunoc. Daramad evitó su tajo al torso con un quiebro, asestó un fulgurante revés como contragolpe. El filo de la espada alcanzó el cuello de Almo; éste sintió cómo le cortaba la garganta, abriendo de par en par los ojos del espanto.

Daramad le derribó de un empujón y reemprendió su carrera. Aun postrado y con la vida yéndose de su cuello a chorros carmesíes, Almo se lanzó contra su asesino en un desesperado intento de detenerle y le aferró por el tobillo izquierdo. El saremio cayó de bruces, dejó caer su arma y pateó para librarse de la presa del duvonio, que aún se resistía a morir desangrado. Sacó el puñal, acuchilló la mano que le retenía y cortó tres de sus dedos. Libre, recuperó la espada y se puso en pie. Pero el postrer arrojo de Almo no fue vano: le había retrasado justo lo suficiente.

—Quieto, maldito bastardo, o te ensarto.

Daramad sintió un escalofrío en la nuca al oír aquellas palabras. Su diestra dudó sobre el puño de la espada.

Cuatro hombres salieron de la espesura desde diferentes direcciones. Daramad los identificó enseguida como soldados duvonios. Tenían las ballestas preparadas.

—Suelta el arma —dijo de nuevo la voz—. Arrójala a un lado.

El hombre que estaba a sus espaldas caminó con cautela hasta él. Daramad se tambaleó al recibir el golpe y cayó sobre sus rodillas.

Evrardo se plantó frente a Daramad tras recoger la espada y la sostuvo entre sus huesudas manos mientras le escudriñaba. El saremio sonrió al verle.

—Saludos, Evrardo. ¿Aún eres sargento? —dijo en tono de chanza, con un duvonio de marcado acento extranjero.

Evrardo lo miró perplejo durante unos instantes. De pronto pareció recordar; arqueó las cejas y extendió sus labios ajados, mostrando sus amarillentos dientes al sonreír.

—¡Demonios! ¡Vaya, vaya! ¡Así que es a ti a quién perseguíamos! Cuando nos dieron tu descripción tuve dudas, pero me dije que no, que no podía ser. Fíjate tú que me equivocaba. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—Hace casi dos años.

—Dos años... —repitió Evrardo, pensativo—. Te perdí la pista cuando marchaste al norte. —Sin volverse, se dirigió a sus hombres con sequedad—. Atadle. Y bien fuerte: este hijo de puta se las sabe todas. Bien, te cazamos al fin. Nos ha costado lo nuestro, eso hay que reconocerlo —mientras decía esto, miró los cuerpos de Gunoc y Almo sobre la tierra empapada en sangre y meneó la cabeza.

—¿Y ahora? —preguntó Daramad.

—¡Qué pregunta, hombre! Te llevaremos hasta Larislav; de allí te conducirán a Nieln. Para cuando te ejecuten habremos disfrutado ya de nuestra recompensa. Entiéndeme, no es nada personal. Los Fernad quieren tu cabeza y pagan doscientas cimeras de oro por ella. Soy viejo y tengo ganas de retirarme con algo más que la miseria de la licencia. Además, al fin y al cabo, mataste a Girno, ¿no?

—Girno era un malnacido y un inepto. Y tú lo sabes. Poco faltó para que Larislav no cayera ante los berakneses; si Larislav hubiera caído, toda Duvonia estaría en pie de guerra ahora.

Evrardo suspiró e hizo chasquear la lengua; aquello era obvio. Dos de sus hombres acabaron de maniatar a Daramad. Con un gesto, les indicó que recogieran los pertrechos de Gulno y Almo.

—Pensando así me maravillo de que llegaras a teniente. Bien sabe toda Duvonia que el linaje de los Fernad sólo alumbra a necios y cobardes, y Girno no fue una excepción. Pero tienen oro, mucho oro, y eso me basta. Feiraz —llamó.

—¿Sargento?

—Regresamos. Encabeza el grupo. Elro y Sajel, id delante. Eluar y yo iremos detrás de él, vigilándole. Saremio, pestañea dos veces seguidas y te hundo una estocada en la espalda. No estoy dispuesto a perder ni un sólo hombre más.

—Señor —intervino Elro tras regresar con las pertenencias de Gunoc y Almo—, ¿no deberíamos ocuparnos de ellos?

Evrardo resopló.

—De acuerdo. Encargaos tú y Sajel. Daos prisa.

Elro y Sajel arrastraron los cadáveres de sus dos compañeros hasta una zona despejada de maleza y fueron amontonando rocas sueltas sobre éstos. Excavar en el terreno helado y pedregoso sin las herramientas adecuadas era una tarea impensable.

Evrardo miró con aire jocosos a Daramad, sacando un odre de su morral.

—Te ofrecería, pero apenas me queda. Además, sería un desperdicio, ¿no crees? —añadió, echándose un buen trago al colete.

Daramad no contestó. Fruncía el ceño y fijaba la vista en un punto lejano. Evrardo dejó de beber, retrocedió un paso y siguió con los ojos aquella dirección.

Lo que vio hizo que el vino se revolviere en su estómago. Un lobo de pelaje oscuro se recortaba en lo alto de la colina, a unos sesenta pasos. Gruñía enseñando sus temibles colmillos. Tres lobos más se situaron junto al primero. Los duvonios empuñaron sus ballestas antes de que Evrardo diera la orden.

Junto a los lobos apareció un hombre de tez grisácea y pelo hirsuto. Vestía toscas pieles sin curtir y en su diestra llevaba una lanza de punta rojiza. Agazapándose junto a uno de los lobos, le acarició la testuz.

Al menos diez hombres más semejantes al primero surgieron de sus escondites entre la maleza y los árboles.

—¡Sygahz! —clamó Evrardo. El nombre sirvió de orden de ataque: los soldados tiraron sus dardos al unísono. Tres de los salvajes cayeron atravesados, pero el resto se dispersó y corrió pendiente abajo dando roncros alaridos. Una lanza alcanzó el pecho de Evrardo y quebró su esternón. Un instante después su asesino caía, asaetado entre los ojos.

Daramad aprovechó para huir. Ninguno de los duvonios pudo o pensó en impedirselo; estaban demasiado ocupados en salvar su propio pellejo. Justo cuando emprendía la huida, una flecha de plumas rojas le atravesó la garganta a Elro. Daramad hincó una rodilla para inclinarse de espaldas al soldado caído, le arrebató a tientas la daga que ceñía al cinto y emprendió la huida. Entretanto, Feiraz, Eluar y Sajel, que se habían parapetado cada uno tras un árbol, disparaban y armaban sus ballestas con premura. Aunque cada uno de sus disparos mataba un sygahz, sus armas eran demasiado lentas; después del tercer disparo, los salvajes se les echaron encima.

Daramad se alejó de ellos corriendo hacia el riachuelo. Varias flechas silbaron cerca. El gruñido de los lobos resonó a su espalda, acicateó sus piernas. Una roca cedió bajo su bota. Trastabilló. Intentó recuperar el equilibrio, le fue imposible con las manos atadas a la espalda. Rodó cuesta abajo en un desbocado descenso, entre el rechinar de la armadura golpeando piedras y ramas. Una gruesa roca le detuvo. Se incorporó, aturdido. Con cada jadeo un agudo dolor le acuchillaba el pecho y los costados. La sangre fluía cálida de los cortes y arañazos.

Daramad escuchó gruñir a los lobos. Cuatro de ellos aparecieron a menos de diez pasos, brillantes sus ambarinos ojos, rojas sus lenguas entre sus quijadas. Frenético, dejó caer la daga que aún sostenía entre sus dedos, tironeó de sus ligaduras, aflojadas durante su alocada caída. Consiguió librarse de ellas, recogió la daga del suelo y se dispuso a defenderse; ya no podía rehuirlos.

Un lobo se lanzó sobre él. Daramad alzó por instinto su brazo izquierdo a la altura de la garganta y empuñó con la punta hacia arriba la daga de estrecha y aguda hoja. La bestia encogió sus poderosos cuartos traseros para tomar impulso, arrojándose hacia su garganta de un poderoso salto. El saremio contempló durante un fugaz parpadeo sus fascinadores ojos inyectados en sangre, capaces de paralizar de miedo a su presa. Las fauces del lobo se cerraron en su antebrazo y mordieron furiosas el acero de la cota de malla. Daramad aguantó el embate de las fuertes patas delanteras del lobo y le tiró tres rápidas cuchilladas que entraron y salieron de su vientre entre chasquidos. El animal soltó su presa y sucumbió.

Daramad rehuyó un segundo ataque de un salto e hizo frente a los demás, cuatro en total; mostraba una mueca aun tan fiera como ellos. Los lobos le rodearon enseñándole los colmillos, la larga cola entre las piernas. Astutos depredadores, no atacarían hasta que su víctima mostrase un hueco o flaquease, y entonces lo harían a la vez. Aunque Daramad no había luchado antes contra tales bestias, sí lo había hecho contra perros de guerra. Fue reculando paso a

paso con la daga por delante, atento a cualquier treta de los lobos; sabía que intentaban colocarse a su espalda para desjarretarle de un mordisco. Echó un rápido vistazo al terreno en derredor, temiendo tropezar.

Los lobos atacaron. Daramad eludió por apenas un dedo la dentellada del primero, le acuchilló el cráneo. El segundo mordió su flanco; sus dientes rechinaron contra la coraza. Daramad descargó un golpe en la cruz del animal con el pomo de la daga y le quebró el espinazo.

La acometida del tercer lobo le derribó a tierra y arrancó el puñal de sus manos. Antes de que pudiera evitarlo halló su cuello entre las fauces del lobo.

Una voz desabrida y ronca resonó cercana en un lenguaje gutural e ininteligible. El lobo demoró su dentellada a medio camino y mantuvo la presa de sus colmillos sobre la garganta de Daramad. El saremio sintió con un escalofrío el aliento cálido y nauseabundo del animal contra su piel. El lobo gruñía y temblaba, ansioso de sangre.

Uno de aquellos salvajes, exhibiendo una sonrisa en sus retorcidas facciones, se agachó junto a él y acarició la cabeza del lobo. Tenía la frente estrecha y las cejas hirsutas y espesas; bajo ellas acechaban sus hundidos y oscuros ojos. Era muy velludo, tosco, de músculos tal que reseca tiras de cuero. Mientras el sygahz advertía a sus congéneres, el saremio observó el inquietante destello carmesí de sus ojos y se estremeció.



La voz le apremió a continuar su camino a través de la lobreguez. Susurraba en alas del viento secretos forjados con sus temores más ocultos, tañía cuerdas recónditas en su ser, avivando el indecible terror que angustiaba su alma.

Una colina rocosa descolló de la oscuridad, envuelta por una densa caligine. La luz se posó en su cima, esperó con guiños argénteos su llegada.

—Ven... ¡corre! ¡No dudes! ¡Sigue el camino, síguelo ahora!

Se tapó los oídos, trató de desoír la voz. Vano intento: el arrullo llegaba a él sin que pudiera evitarlo, le hería con su tono incansable e imperioso. Echó a correr de nuevo por el sendero, que fue subiendo hacia la colina. Agujó sus zancadas, desoyó el dolor de sus músculos y el tormento de sus entrañas.

No supo cuánto tiempo después, ya al límite de sus fuerzas, se encontró en la cima de la colina, frente a un cúmulo de rocas alisadas por el viento. Una laja vertical de piedra negra se levantaba en mitad del montículo. Guiado por un raro capricho, tocó su superficie tersa y retiró la mano, sorprendido. La roca estaba tibia al tacto.

Un trazo dorado nació entonces en la roca, la surcó dibujando un Signo de líneas agudas que destellaban con un fulgor trémulo. Exhaló el aliento con un silbido, dio un paso atrás y contempló desconcertado el símbolo.

Sintió un vivo escozor en las palmas de sus manos y las levantó ante sus ojos. El Signo de la roca estaba grabado a fuego en su carne, palpítaba dolorosamente con cada latido de su corazón. Su grito de angustia reverberó en el silencio, murió ahogado por las sombras.

Recuperó la conciencia, desazonado. Un vivo dolor en su nuca acaparó sus percepciones durante largo rato, además de los agudos calambres que sentía en el cuello y las extremidades.

Con los ojos entrecerrados vio bambolearse el mundo a la menguante luz del atardecer. Algo

después comprendió que dos de los sygahz le llevaban atado de manos y pies a una pértiga, como una res cobrada. Trató de alzar la cabeza para ver mejor, pero un terrible espasmo nervioso se lo impidió. Tan solo podía ver de cintura para abajo al que iba atrás, y cuando llegó a él su olor arrugó la nariz y reprimió una arcada. Escuchaba también los gruñidos y jadeos de los lobos. Volvió a cerrar los ojos e intentó desatender la quemazón de sus muñecas y tobillos, en carne viva por el roce continuo de las ligaduras.

Daramad se preguntó el propósito de su captura. Aquel interrogante concibió pronto conjeturas nada halagüeñas. Trató de recordar lo que había oído de los sygahz, que era muy poco. Durante una fría velada en una cantina de Nienl, entre trago y trago, un viejo y borracho duvonio le había contado extrañas historias acerca de un pueblo de salvajes perdido en las montañas del noroeste, con el que los antecesores de duvonios y berakneses habían luchado en eras pasadas. Les llamaban sygahz, siniestro en la lengua duvonio. Según lo que le había dicho, adoraban a demonios de forma animal, e incluso algunos podían transformarse en lo más oscuro de las noches en terribles bestias sedientas de sangre. En aquel tiempo eran una leyenda del pasado. Era obvio que resultaban ser algo más que eso.

De pronto, se entremezclaron muchas voces gritando a la vez con alborozo. Muchas de ellas eran más sutiles que las de los sygahz que les habían capturado, aunque el idioma que empleaban era el mismo. Le soltaron de golpe, dejándole tendido en la tierra húmeda y fría sobre su costado izquierdo. Sin delatar que estaba despierto, volvió a entreabrir los ojos y contempló la escena desde su posición.

Estaba en una extensión de terreno rasa ceñida por el bosque, donde se apiñaban un puñado de miserables chozas hechas con barro, ramas y pinocha, toscas pero resistentes. No podía ver mucho más desde su incómoda postura, pero consiguió atisbar que al menos habían capturado vivos a dos de los duvonios. Veía las piernas de los sygahz moviéndose con mucho ajeteo cerca de lo que parecía ser un hogar, hecho de piedras y ladrillos de barro cocido.

Un rato después, un grupo de Sygahz se acercó hacia donde se encontraba, escudriñándole con atención. Daramad cerró los ojos de nuevo, permaneció quieto y procuró no respirar siquiera. Sintió cómo manos callosas y sucias tanteaban su cuerpo llenas de curiosidad. Reprimió las ganas de revolverse y gritar. Palpaban sus ropas con sincero interés, sobre todo la coraza de acero que ceñía su torso bajo ellas. Parecían muy asombrados de la dureza de la armadura, e incluso la probaron dándole golpes con piedras y cuchillos.

Una orden ronca y severa detuvo aquella humillante inspección. Le cortaron las cuerdas de los tobillos para alzarle y le sacudieron para que despertara. Abrió los ojos poco a poco, viendo a menos de un palmo el contraído rostro de un sygahz mirándole a los ojos, un viejo enteco y corcovado, cuya oscura cabellera raleaba en sus sienes, llena de canas. Retirándose a un paso de él, sin dejar de hincarle aquella mirada casi hipnótica, murmuró algo para sí, irritado. El viejo llevaba un manto de piel de lobo; pinturas ocre y azules surcaban su cuerpo macilento. En su cuello amarilleaban un buen número de huesos ensartados en un cordel de cuero, restos de costillares y falanges descarnadas. Empuñaba un largo cayado en su mano izquierda y una espada de hoja recta en la diestra, arrebatada sin duda a los duvonios.

A su alrededor había al menos una veintena de varones sygahz armados con lanzas, arcos cortos, hachas de cobre y mazas de piedra. Tres de ellos colocaron junto a Daramad a los dos soldados duvonios que habían sobrevivido a la escaramuza. Uno, de pelo rojo oscuro, tenía heridas serias y respiraba con afán; el otro, de cabellos y barba rubias, aparentaba estar razonablemente ileso. Ambos miraban espantados a los sygahz.

El viejo, que parecía gozar de bastante influencia entre su gente, dejó a Daramad y se plantó frente a los soldados. Les examinó también a conciencia, murmurando para sí y chasqueando la lengua. Un sygahz apartó a los demás a empujones y se acercó al viejo para conferenciar, sin mostrarle tanto respeto. Era tan alto como Daramad, de miembros largos y musculosos, vientre abultado y aspecto aún más brutal y feroz que los demás; empuñaba otra de las espadas duvonias. El viejo llamó a otro sygahz y le interrogó con tono desabrido un buen rato hasta que pareció satisfecho y ladró una frase corta y tajante. Los sygahz los arrastraron a golpes y caminaron detrás del anciano.

Pronto descubrieron hacia dónde les llevaban. Daramad perdió los estribos y se debatió para librarse de sus captores. Éstos le derribaron enseguida, propinándole patadas y puñetazos. El saremio rodó sobre sí mismo y trató de evitar sus golpes, pero resultó inútil. De un rudo tirón, los sygahz lo levantaron de un rudo tirón, colocándolo junto a los dos soldados.

Junto al hogar, donde entre las cenizas brillaban las ascuas de una hoguera casi exhausta, una burda estructura hecha con piedras se reveló ante ellos. Su finalidad era inequívoca. El ara estaba hecha con una laja plana de pizarra, de dos pasos de largo, sostenida por una base de roca granítica. En su oscura superficie se distinguían con dificultad un sinnúmero de manchas negras. A tres pasos, frente al ara, un pedestal de granito sostenía una efigie de dos varas de alto, hecha en madera tiznada. El tallador, pese a su escaso talento, había capturado toda la fiera del lobo que representaba. El animal estaba sentado sobre sus cuartos traseros, con sus desproporcionadas fauces abiertas. Un par de fragmentos de cuarzo bermejo representaban sus ojos. Sin lugar a dudas, la estatua era la representación del espíritu protector de aquella tribu. Daramad contempló la talla con desasosiego. Aunque su aspecto debería serle ridículo, la efigie del lobo parecía trascender su mera representación física.

El anciano, al que Daramad no dudó ya en identificar como el chamán de la tribu sygahz, agitó su bastón, dando una corta y abrupta orden. Los sygahz llevaron a los prisioneros junto al altar y clavaron las pértigas en el suelo con golpes de maza. La tribu les rodeó. Daramad observó con detalle sus rostros, repugnado por el aspecto de extrema degradación que mostraban. Las mujeres eran menos corpulentas, velludas y angulosas que los hombres, pero por lo demás eran muy parecidas a ellos.

La luz del sol había ido desvaneciéndose con tintes cárdenos en las nubes. La luna, carcomida por retazos de oscuridad, asomaba ya en el cielo, esparciendo su resplandor frío y mezquino por el claro. Los sygahz prendieron antorchas y arrojaron leños al hogar.

El chamán murmuró una breve plegaria, dejó clavado su bastón en el suelo y con la espada señaló al duvonio de

pelo más oscuro, que estaba a punto de desfallecer. Éste miró al viejo con odio y miedo, jadeante, falto de fuerzas para debatirse. Los asistentes del anciano sygahz cortaron las ligaduras del desdichado y le desembarazaron de sus ropas, llevándolo a golpes hasta la piedra del ara, donde volvieron a amarrarlo con fuerza.

El chamán sacó un puñal curvo como un cuerno y degolló al duvonio con un preciso y firme golpe. Mientras éste trataba de chillar y solo lograba emitir horribles gorgoteos, el brujo colocó una vasija de barro bajo el canal de la sangre del ara, introdujo dos de sus dedos en la herida del cuello y trazó un signo en la frente del moribundo. Tras esto recogió la vasija repleta y la depositó como ofrenda ante la talla negra, arrodillándose. Los sygahz le imitaron, posando su frente en el suelo.

Hecho esto, el chamán hundió el puñal entre sus costillas y extrajo el corazón con maña. Arrancó el órgano aún palpitante con las manos ensangrentadas y cortó un grueso pedazo de la musculosa carne del corazón, ofreciéndoselo al sygahz corpulento con el que había departido antes. Éste lo aceptó, devorándolo con rapidez. El brujo cortó el resto del corazón en varios pedazos y los distribuyó entre los demás guerreros de la tribu.

Sus ayudantes retiraron el cadáver del ara y lo entregaron a los demás miembros de la tribu. Éstos lo arrastraron junto al hogar, apiñándose alborozados alrededor del cuerpo, tal que alimañas ante un festín. El duvonio de pelo rubio, mudo, sin color en el rostro, miró a Daramad. El saremio estaba hosco y silencioso. No le devolvió la mirada.

El chamán se volvió hacia ellos y se situó frente a las pértigas, levantando la espada para señalar al siguiente en ser sacrificado.

Daramad saltó hacia adelante, desclavó la pértiga y alanceó al chamán con ella. La punta de la vara se hundió en su cintura, bajo su ombligo; el chamán desorbitó los ojos, vomitó sangre y cayó de espaldas, ensartado, antes de que ninguno de los estupefactos sygahz apuntara un movimiento. Daramad se apoderó de la espada y el puñal de su enemigo y se dispuso a vender caro su pellejo. El duvonio le miró atónito. No se había dado cuenta cómo Daramad cortaba las ligaduras mientras se realizaba el sacrificio, valiéndose de una afilada lasca de piedra que había recogido del suelo cuando le derribaron los sygahz.

Los sygahz dudaban aún, mas la voz de su jefe rugiendo una orden de ataque les sacó de su aturdimiento. Un sygahz algo más decidido y rápido que el resto cargó contra Daramad y le asestó un mandoble con su hacha. El saremio evitó el hachazo de un salto, respondió con un golpe al cuello; el sygahz se tambaleó hacia atrás como ebrio, se aferró la garganta y borbotó un sordo gruñido antes de caer muerto. La brusca muerte de su compañero amedrentó un tanto al resto de los sygahz. Daramad aprovechó para retroceder de un par de zancadas hasta el duvonio y cortar sus ataduras de un tajo.

—¡La muerte nos llama, duvonio! —le increpó, arrojándole el puñal del chamán.

El jefe sygahz bramó de nuevo; temerosos de su furia, los guerreros sygahz se lanzaron contra ellos profiriendo fuertes gritos para infundirse valor. Una daga se dobló contra el coselete de Daramad; volviéndose, decapitó a un sygahz de un rápido revés. Un temible golpe de hacha cortó el aire muy cerca de su cabeza. Sepultó la hoja de su espada

en un pecho peludo, hendió a otro sygahz de parte a parte. La punta de un puñal rechinó sobre el acero de la coraza. Daramad se revolvió furioso, asestó un codazo al mentón, quebró una mandíbula. Destrabó la espada y se hizo con un hacha sygahz, empuñándola con la zurda.

El duvonio se las compuso bien, cortándole el cuello de oreja a oreja al primer sygahz con el que había pugnado, apoderándose de su hacha de cobre. Esgrimió hacha y puñal, traspasó un muslo y cercenó una garganta, retrocediendo en cada lance hasta colocarse a espaldas de Daramad. Espalda contra espalda pararon y acometieron entre jadeos y gruñidos. La sangre regó sus rostros, manos y ropas y empapó la tierra.

Una lanza rasguñó a Daramad en una oreja. El saremio abatió su espada, le hendió la rodilla como si fuera una fruta de roja pulpa. Con el rabillo del ojo entrevió una acometida por el flanco izquierdo, se volvió con presteza y detuvo a medio camino la puñalada del sygahz: con un hachazo de abajo arriba le abrió en canal el vientre. Dos recios golpes de maza alcanzaron a Daramad en el pecho y un brazo, obligándole a doblar una pierna. Recuperó el equilibrio, tiró una estocada baja y atravesó un cuerpo duro y correoso.

El duvonio segó un brazo a la altura del codo, repelió un ataque de un fuerte puntapié y hendió luego un cráneo de otro hachazo. Un puñal sygahz alcanzó a Daramad en la pierna, desgarró la carne de su pantorrilla. Daramad siseó un reniego, destrozó la mano del arma al sygahz de un tajo e impulsó un revés de su zurda con un potente giro de cadera: la cabeza se desgajó del tronco con una lluvia púrpura. Mientras, un lanzazo alcanzó al duvonio en el costado y atravesó las tachas de su peto de cuero. Con un jadeo, éste gritó con furia y alzó la pesada faz de su hacha, abriendo una grotesca sonrisa vertical en un rostro ceniciento.

Los sygahz perdieron brío al atacar al ver cómo eran diezmados por solo dos guerreros. El duvonio y el saremio se dirigieron una mirada de reojo aprovechando el breve respiro. Aunque habían repelido a los sygahz, sabían que su fin era cierto; bastaba que sus enemigos coordinasen mejor su ataque para que el peso de su número prevaleciera.

Irritado al ver cómo se acobardaban sus guerreros, el jefe sygahz resolvió al fin dar ejemplo y entró en la liza cargando con su espada en alto. Daramad detuvo su tremendo mandoble tras asentar su posición, amagó un corte al pecho, le hundió la puntera de su bota en la entrepierna. El jefe sygahz dobló el cuerpo con un aullido de rabia; Daramad soltó el hacha, le apresó un brazo y se lo retorció hasta obligarle a soltar el arma. Le puso el filo de su espada en el cuello y zarandeo al jefe sygahz hasta que gritó una orden. Los guerreros de la tribu se detuvieron al punto.

—Ahora o nunca... ¡Vámonos! —gritó Daramad. El duvonio asintió recogiendo la espada del sygahz y se colocó a la espalda del saremio. Retrocedieron así hasta el borde del claro, todo lo rápido que les fue posible. El jefe de la tribu gruñía de impotencia, mas el acero contra su garganta resultaba lo bastante persuasivo como para que no se atreviera a moverse; un hilo de sangre que fluía del corte manchaba ya su pecho.

Los guerreros de la tribu observaron la escena, apretadas las mandíbulas por la ira contenida. Les seguían a unos diez pasos, observándoles con inquietud y expectación.

Un joven sygahz se adelantó al resto, vigoroso y tan ancho de espaldas que su figura era deforme.

Atrasó el brazo de su lanza y la arrojó con un impetuoso ademán hacia los fugitivos. Daramad sintió la punta de cobre pasando junto a su costado después de alojarse en el pecho del jefe sygahz, el cual expectoró sangre y cayó al suelo, muerto. El joven sygahz había decidido que aquella era una inmejorable oportunidad para reemplazar al jefe de la tribu. Daramad y el duvonio huyeron a la carrera, alcanzaron el bosque y se internaron en él a ciegas.

Los sygahz, acaudillados por su nuevo líder, fueron tras ellos seguidos por sus lobos. Broncos aullidos de cólera resonaron en el bosque; flechas y lanzas buscaban con saña en la negrura profiriendo sus gritos cortos y agudos. Dos flechas rebotaron sobre el espaldar de la coraza de Daramad; una tercera se hincó en el hombro del duvonio y se desvió al dar con la clavícula, derribándole.

Un sygahz emergió como una sombra de entre las negras y siniestras siluetas de los árboles; la punta de su lanza y las pupilas de sus ojos relucían en la penumbra. Daramad volvió en redondo, tomó el hacha del duvonio y la arrojó hacia el sygahz cuando éste atrasaba el brazo de su lanza. El hacha giró sobre sí misma dos veces, alcanzó al sygahz en la frente: el hueso crujió al ceder.

Daramad ayudó a incorporarse a su compañero. Reemprendieron de inmediato la huida por el bosque, pendiente arriba. Más de una vez creyeron ver en la penumbra el centelleo de las armas sygahz o los ojos de los lobos; rasgaban el silencio ruidos de pasos, aullidos y silbar de flechas.

El bosque comenzó a clarear. El firme fue enrisándose hasta que encontraron el camino cortado por una amplia y alta pared de roca negra casi vertical. Tendrían que dar un largo rodeo si querían seguir adelante; por el momento parecía que los sygahz habían perdido su pista, pero el olfato de sus lobos les pondría pronto de nuevo sobre ella.

Daramad no tardó mucho en decidirse; sujetó su espada bajo el cinturón y se encaramó a la pared de un salto. Aunque no tenía experiencia como montañés, sus encallecidos dedos estaban acostumbrados a trepar por los cabos del aparejo de un barco. El duvonio tanteaba la pared, indeciso, mirando hacia lo alto con temor. El jadeo de los lobos a sus espaldas le ayudó a decidirse y saltó aferrándose desesperadamente a la roca, valiéndose del puñal sygahz. Algo rozó su bota en el instante que halló un asidero y comenzó a ascender.

Una luna amarillenta como un hueso roído se insinuó entre sangrientas brumas y arrojó una mortecina claridad sobre la cresta de roca. Los lobos aullaban pendiente abajo, delatándoles a sus amos. Daramad se detuvo y tomó aliento; habían escalado al menos dieciocho varas y aún les quedaba otro trecho similar por ascender. Dirigió su mirada hacia abajo y vio las figuras sombrías de los sygahz, congregados en silencio al pie de la pared montañosa. En vez de treparla para alcanzarles, parecían contentarse maldiciéndolos en su desabrida lengua. Poco después renunciaban a la persecución, internándose de nuevo en el bosque. Daramad arrugó el gesto; los sigas debían conocer otro camino más fácil para llegar arriba.

Cuando sobrepasaban un peligroso recodo de la pared escuchó gritar al duvonio. Se volvió rauda, alargando su mano. El duvonio se aferró a ella justo a tiempo y detuvo su caída. El brusco tirón estuvo a punto de desequilibrar a Daramad: se escuchó un quejido metálico cuando golpeó la pared

con el pecho. Logró afianzarse, tiró de él hacia arriba entre reniegos y forzó sus casi exhaustos miembros, apremiando al duvonio para que se agarrara.

Éste consiguió hallar asideros de nuevo; tras recuperar el resuello, treparon hasta culminar el recodo. Les recibió una estrecha cornisa de roca desnuda, sobre la cual se sentaron a descansar.

—Gracias —farfulló el duvonio.

Daramad resopló, asintiendo mientras miraba al duvonio con suspicacia.

—Me llamo Eluar —dijo el duvonio con voz más sosegada, mientras comprobaba sus heridas y trataba de vendárselas lo mejor posible con jirones de tela.

—Espero que hayas renunciado ya a la recompensa que te esperaba en Laríslav, Eluar —le contestó Daramad mientras le miraba fijamente.

El duvonio bufó, enjugándose el sudor de la frente.

—Sólo cumplía órdenes. ¿Acaso no hubieras hecho lo mismo en mi lugar?

Daramad asintió de nuevo y sonrió. Se puso en pie y miró el trecho de pared que les quedaba, unas doce varas.

—Será mejor que continuemos —concluyó.

Daramad retomó la ascensión sin titubeos. Eluar fue no mucho después tras él, resignado.

El fuego chisporroteaba devorando con lenguas y azuladas llamas el montón de ramas caídas que tanto les había costado encender. Daramad acercó su espetón al fuego hasta que la carne estuvo lista. Sopló para enfriarla y engulló un buen trozo. Eluar, tras terminar con la mitad del conejo que Daramad había cazado con su honda, dirigió su mirada hacia el retazo de cielo que podía verse entre las copas de los pinos y abetos. Una luna pletórica que rozaba las cimas de los árboles, desprendía sombras siniestras e imprecisas.

—Es raro que haya tanto silencio —dijo en voz baja.

Daramad acabó la magra pitanza, se limpió los dedos en su rasgada sobrevesta y cabeceó distraído. Luego meneó la cabeza y sonrió, alzando la comisura de un labio. Parecían dos viejos camaradas junto a un buen fuego; nadie diría que dos días antes uno de los dos habría matado al otro a la primera oportunidad. Si bien la tregua podía romperse, Eluar le parecía a Daramad demasiado práctico como para arriesgarse tanto. Sin embargo, no le daría ninguna ocasión que aprovechar: a la mínima sospecha le atravesaría con su espada.

Esperaba hallar pronto un camino practicable hacia el suroeste. Sabía que el viaje sería arduo, aún más si el invierno llegaba a sorprenderle en tierras altas; mas no era eso lo que le preocupaba.

Había algo más acuciante. Las pesadillas seguían atormentándole; cada vez eran más vívidas. Y eso no era todo. Aquella mañana había descubierto, por pura casualidad, un símbolo de ágil trazo dibujado en una gruesa roca de granito. El pigmento que habían empleado era oscuro y reseco, como laca negra, aunque Daramad había visto demasiados cuajarones de sangre como para dudar. Una última cosa perturbaba su ánimo: los syghaz habían dejado de perseguirlos, o eso parecía. ¿Por qué?

—¿Qué te tiene tan abstraído, saremio?

Daramad volvió la mirada hacia Eluar y resopló antes de responder.

—Son estos malditos bosques; me producen escalofríos —respondió. Eluar contempló inquieto el claro donde habían acampado. Opinaba igual que Daramad.

Después de un rato abismando sus miradas en el fuego el cansancio acabó por reclamarles. Echaron a suertes quién haría la primera guardia. Daramad perdió y se dispuso a permanecer en vela. Sin mediar palabra, el duvonio se acomodó lo mejor posible sobre el suelo de pinocha y pronto quedó dormido. El saremio avivó las brasas con una rama y volvió a contemplar el cielo con aire pensativo.

Un lejano aullido hirió sus oídos y le hizo estremecerse. Eluar se incorporó sobresaltado. Daramad tenía su espada presta; el corazón tronaba en sus sienes. El silencio les cubrió, pelliza fría y mojada, les cubrió.

—¿Qué demonios...? —Eluar crispó su diestra sobre la espada. Otro aullido reverberó en la distancia.

Daramad apagó el fuego de varios puntapiés.

—Vámonos de aquí ahora. Si es preciso caminemos toda la noche.

Eluar estuvo de acuerdo y encabezó la marcha. Marcharon con urgencia; la luna alumbraba lo suficiente para que pudieran caminar sin problemas. Dos aullidos más les hicieron apretar el paso hasta que se convirtió en un frenético trote. El aullido retumbaba cada vez más próximo.

El bosque escampó a medida que ascendían. Pronto alcanzaron una zona despejada salvo dos o tres pinos retorcidos y bajos. Se detuvieron para recuperar el resuello y miraron atrás. La línea del bosque era un muro negro y amenazador; el viento cimbraba las copas de los árboles, hacía entrechocar sus ramas clamando con furia. Al frente había rocas y arbustos espinosos, resistentes a las heladas y el viento. El aire les hincaba sus garras en los pulmones, les hacía tiritar en arrebatados espasmos. El sudor les empapaba la espalda y el rostro, frío y pegajoso.

Daramad fue el primero en escucharlo. Era un rumor leve de pasos rápidos, ligeros y cadenciosos, capaces sin embargo de hacer que el suelo latiera. Eluar lo oyó también y se detuvo, paralizado.

Sin previo aviso echaron a correr. Un intenso pavor los aguijó, calándoles hasta el tuétano de los huesos. Saltaron entre las peñas entre tropiezos, se magullaron rodillas y manos, trepando los riscos como si les persiguiera una legión de demonios. Alcanzaron una planicie pequeña de roca desnuda, salpicada de rocas rajadas por el hielo, cuyas vertientes estaban cortadas a pico. Desde aquella cumbre se veía un extenso y oscuro mar de pinos; la caída superaba los treinta pasos.

Un dedo curioso y gélido jugueteó con sus espinas dorsales. Asieron las armas y se volvieron, resignados a enfrentarse a la muerte.

La sangre se detuvo en sus venas; un pavoroso estremecimiento les paralizó. Un lobo de negra pelambrea, enorme como un toro, de ojos ardientes, saltaba de peña en peña hacia ellos, un borrón de oscuridad y muerte. Alcanzó la planicie, cargó contra ellos, atrapó a Eluar por la cintura entre sus quijadas: el duvonio chilló de horror, trató de clavarle su espada. El lobo sacudió su testa con una furiosa contorsión y partió en dos sangrientos pedazos a Eluar.

Por puro instinto, Daramad se lanzó contra el monstruoso lobo con un desesperado grito. La hoja de su espada atravesó el cuerpo del lobo sin aparente esfuerzo: una marea helada ascendió por su brazo. Aterrado, retrocedió entre trompicones.

El lobo le encaró con las fauces goteantes de sangre; su mirada le traspasó hasta el alma e hizo que le flaqueasen las rodillas. Daramad aferró su espada con ambas manos, tembloroso y lívido. Tragó saliva y se preparó para morir.

La sombra del lobo veló sus ojos. Con un último y desesperado alarido, Daramad se hincó de rodillas y adelantó la espada. El filo atravesó la carne como si fuera niebla. Los colmillos del lobo se cerraron sobre el vacío con un chasquido a un palmo del cuello de Daramad, mas el empujón de sus garras le lanzó hacia atrás y le precipitó al abismo.

La caída le pareció de una lentitud casi irreal. El mundo giró a su alrededor y el viento vociferó en sus oídos. Tres latidos de corazón más tarde golpeaba las ramas altas de los pinos y las rompía con gran estrépito; rebotó sobre ellas, giró a un lado y a otro. Un vivo dolor sacudió cada uno de sus músculos, tendones y nervios mientras caía y caía de rama en rama. Tras un lapso de tiempo terrible e indefinido aterrizó en el suelo con un fuerte impacto, rodando varios pasos antes de que un tocón podrido le detuviera.

Después de un largo rato en el que tuvo miedo de moverse, se incorporó sobre sus rodillas, vacilante, y trató en vano de recuperar el resuello. El corazón estaba a punto de reventarle en el pecho. Se maravilló de que no tuviera rota la columna vertebral. Tenía la coraza llena de arañazos, restos de corteza y resina, al igual que sus ropas, pero él estaba más o menos ileso.

Cuando se incorporó pudo comprobar que no era así. Se apoyó sobre sus manos y reprimió un grito de dolor; tenía varios dedos rotos, las uñas y yemas en carne viva. Sangraba por decenas de cortes. Su brazo izquierdo no debería estar en esa postura. Una aguda punzada de dolor sacudía su costado izquierdo al respirar; debía haberse roto varias costillas. Con un esfuerzo inaudito logró levantarse, parpadeando para quitarse la sangre de los ojos. Intentó caminar. Sintió un fuerte dolor en el tobillo izquierdo y cayó de bruces, magullándose la frente contra una piedra. Exhalando un juramento, se tuvo a duras penas sobre las palmas de sus manos.

Arriba, sobre el peñasco, la silueta del demoníaco lobo se perfiló contra la luz de la luna. La bestia alzó al cielo su cabeza, aulló de rabia y frustración y desapareció tras el barranco.

Daramad se arrastró sobre sus rodillas, al borde del colapso. Sus dedos hallaron una gastada y gruesa roca, sobre la cual se apoyó. Sacudido por los espasmos, con la vista enturbiada, vio un signo en la roca pintado con sangre. Las fuerzas le fallaron y se derrumbó, rondado por la muerte.

Tardó un largo rato en convencerse de que no estaba inmerso aún en las pesadillas que venían acosándole. Se irguió vacilante y atisbó en la penumbra, con los sentidos embotados y el estómago revuelto. Estaba en algún lugar cálido que olía a humo y a extrañas esencias; delante de él veía el fulgor rojizo de unas brasas, cuya escasa luz no le permitía discernir las formas que le rodeaban. Tanteó en la oscuridad. Estaba tendido en un lecho de pieles, sin armadura ni ropas;

salvo el recuerdo de dolores vagos no tenía ninguna herida digna de mención. Por instinto, buscó sus armas o algo que pudiera valerle como tal. La asfixiante negrura de aquel lugar le hacía sentirse indefenso como un niño.

Escuchó el murmullo de unos pasos. Una silueta menuda ocultó el resplandor de las brasas; con un siseo se prendió una luz y pudo ver a su anfitrión de espaldas, colocando la antorcha en un soporte. El lugar resultaba ser una cueva de techo bajo, no muy amplia y de paredes de pizarra gris, que parecía más el cubil de una bestia que una estancia.

—Al fin despiertas —dijo la figura, volviéndose—. La luna está alta en el cielo.

Aquella misteriosa bienvenida provino de una mujer pequeña y de pelo plateado. Un escalofrío recorrió a Daramad al observar sus rasgos lívidos y de inhumana hermosura. Sus ojos de largas pestañas refulgían, unas veces con el verde de un mar tempestuoso y otras con un azul frío y helado. Vestía ropas de tela basta, de color pardo, y pieles como abrigo.

Daramad miró fascinado a la mujer y recorrió con la vista la cueva, incómodo. El único mueble era una mesa de madera atestada de cuencos, tinajas, paños, hierbas y raíces, junto a un brasero de bronce del que brotaba un humo azulado.

—Tengo mucha sed —masculló Daramad.

La mujer se acercó a la mesa, recogió una jarra pintada de rojo y se la tendió.

—Bebe. Te dará fuerzas.

Daramad aceptó la jarra y miró el líquido que contenía no sin cierta suspicacia, pues era algo más que simple agua. Parecía una infusión de alguna hierba y tenía un tono amarillento. Bebió un sorbo. Tenía un sabor dulzón, más bien agri dulce, pero refrescaba el gástrico y calentaba el cuerpo, de modo que apuró pronto todo el contenido.

—Así me gusta —dijo la mujer recogiendo el cuenco—. Reposa. Aún estás débil.

—¿Quién... quién eres? —le inquirió Daramad sin más preámbulo; su voz aún temblaba—. ¿Y dónde estoy?

La mujer se sentó sobre sus rodillas junto a la yacija de pieles, con una sonrisa afable que dejaba adivinar la espectral blancura de sus pequeños y algo puntiagudos dientes. Era una sonrisa ambigua, cautivadora, que sugería a la vez codicia, lujuria y perversidad.

—Todo a sudebido momento. Mi nombre es Zarurna y estás en mi morada. Te hallé en el bosque, desfallecido y al borde de la muerte. Huías de los sygahz, ¿no es cierto?

—Sí... antes de tener que hacerlo de algo aún peor...

—¿Aún peor? —La mujer le hincó sus ojos con fijeza—. ¿Viste a Drathslarg?

Daramad frunció el ceño, sin comprender.

—Drathslarg —repetió con paciencia Zarurna—, el Lobo Negro de las leyendas. Si has visto al Lobo Negro y aún puedes contarle, considérate afortunado. Los Sygahz lo veneran como Dios y Padre, pues él mismo sembró las entrañas de sus hembras para concebir a sus antepasados. Esos que llamas sygahz son una triste sombra de lo que fueron.

Sonriendo con un deje amargo e irónico, Zarurna suspiró.

—Ahora —prosiguió—, maldita por toda la eternidad, la estirpe de Drathslarg vaga por las montañas, yermos, desiertos y bosques: cazan en lo más oscuro de las noches, para saciar su sed de sangre y muerte. Ellos, que conocieron las

maravillas de las Tierras del Ensueño, cuando llamaban hermanos a tus deudos; ellos, que gozaron del poder de un dios...

Daramad tragó saliva. Aquella mujer emitía una potestad oscura, arcana, como el susurro del viento en las lóbregas noches de invierno o el rumor de un airado océano.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó Daramad, alzando las cejas.

—Sé muchas cosas. Durante largos años he escuchado hablar a los espíritus del bosque y lamentarse sin voz a las ánimas que deambulan por la Tierra del Pesar; he yacido con incubos, arrancándoles terribles secretos que pocos podrían oír sin enloquecer. Conozco las lenguas de las bestias, de la brisa y los árboles. Mucho puede aprenderse si se escucha; más aún si se atiende a los signos apropiados.

La desazón invadió a Daramad al oír las crípticas palabras de Zarurna. Le habló con voz firme.

—He de agradecerte tus cuidados, mujer, pero no puedo permanecer más tiempo aquí; debo haber dormido mucho tiempo.

Zarurna frunció los labios, divertida.

—Cierto, has dormido mucho. Toda una luna; el espíritu del otoño ha sacudido las hojas de los árboles y traído en sus alas las primeras nieves... pero no te marcharás—ordenó con calma.

Daramad apretó las mandíbulas, se adelantó hacia ella irritado. En ese instante sintió como si los fuertes dedos de una mano invisible le sujetasen, paralizándole.

—¿Qué demonios...? ¡Me has hechizado! —clamó furioso.

—Ajá... —Zarurna sonrió—. Veo que eres muy sagaz...

El saremio luchó por sobrepujar el hechizo con todas sus energías, mas fue inútil: los ensalmos de aquella mujer le habían atenazado con más fuerza que cuerdas o cadenas.

—No luches contra el hechizo. Estás bajo mi voluntad; si te resistes tan sólo agotarás tus fuerzas. Y vas a necesitarlas. —La bruja fue hasta la mesa y regresó empuñando una daga de bronce y un cuenco de plata. Daramad sintió un pánico tan intenso, un desamparo tan terrible, que su ánimo estuvo a punto de derrumbarse. Mas siguió porfiando contra sus invisibles ligaduras, poseído por la rabia y el miedo.

—Dame el brazo derecho.

Su brazo se extendió dotado de decisión propia. La bruja le sujetó con una mano fría como el vientre de un reptil, cortándole en la muñeca con la daga. Daramad sintió un doloroso espasmo recorriéndole el cuerpo, apretó los dientes, siseó un quejido; la sangre manó de su muñeca, oscura y viscosa, y goteó hacia el cuenco. Zarurna contemplaba la sangre con avaricia, musitando una indescifrable cantinela. Un entumecimiento ascendió por el brazo de Daramad. Zarurna siguió murmurando hasta que el cuenco estuvo lleno y asintió, complacida.

Daramad dejó escapar un gruñido de rabia. Zarurna lamió la herida de la muñeca con aire felino, pronunció una frase corta y la herida dejó de sangrar. Con un jirón de lienzo vendó su muñeca.

—No te moverás: hasta la ceremonia requiero de ti. Después decidiré qué hacer contigo. Tal vez puedas servirme de esclavo... Duerme ahora. —Como una araña codiciosa que se retirase a su tela para devorar una presa, la bruja fue hasta un rincón en sombras, llevando entre sus garras el

cuenco rebosante de vida. Mientras recogía pertrechos aquí y allá por la estancia, Daramad trató de resistir el arrollador peso del sueño que se abatía sobre él. La bruja se arrojó su manto de piel sobre los hombros y desapareció de la cueva. Ni tan siquiera le miró al marcharse.

La cólera aceleró su corazón. Apretó los puños y tensó cada músculo; la herida de su muñeca volvió a abrirse y manchó el vendaje. Entre broncos gruñidos se resistió a las cadenas que ataban su cuerpo, el cual se resistía a obedecer sus órdenes; era algo frío, lejano y sin vida. Las oleadas del pánico rodeaban su resolución, abrumándole; esperaban a que sucumbiera, a que el sueño le reclamase al fin. Mas Daramad no cejó: maldijo, imprecó a la bruja en muchas lenguas, pataleó... debía resistirse.

Entonces, de súbito, comprendió. No podría resistir aquel hechizo como si fuera algo físico; su voluntad debía negarlo. Sin arredrarse por el miedo, relajó los músculos y se concentró. Sintió con un cosquilleo cómo uno de sus dedos aún le respondía; a partir de él pugnó por el control de su cuerpo y fue recuperándolo, palmo a palmo.

Cuando supo que había vencido, el titánico esfuerzo casi fue demasiado para él. Las arcadas revolvían sus entrañas; le pesaban los brazos y piernas y la cabeza le daba vueltas. Se arrastró hasta la mesa con indecible sufrimiento. Sus dedos se aferraron al borde y sus temblorosos músculos lucharon por alzarle del suelo.

Las piernas le fallaron. Derribó la mesa al tratar de sostenerse; la loza se quebró al chocar contra el suelo, las cenizas y los rescoldos del brasero se esparcieron, chamuscándole la piel y obligándole a toser. Se sostuvo sobre un pie y luego sobre otro, como si caminar fuera algo nuevo para él. Suspiró, aliviado; aunque débil y aturdido, podía caminar. Examinó la caverna y encontró sus ropas en un rincón, aunque no halló ninguna de sus armas ni nada que pudiera empuñar como tal. Se vistió y calzó, cubriéndose los hombros con una de las mantas de piel; vacilante, caminó hacia el exterior.

La entrada de la caverna estaba en una estrecha cornisa de roca. El frío aire de la noche mordió su piel; respiró ansioso y sintió con júbilo cómo se restablecían sus fuerzas. El viento silbaba, remolineando la nieve que caía de un cielo negro en el cual resplandecía el tajo plateado de la luna, cortejada por el fulgor titilante de las estrellas, pedrería prendida en las alas de la Diosa Noche.

En la nieve encontró el rastro de la bruja, perdiéndose montaña arriba. Se arrebujó en la piel, maldijo y caminó aún titubeante tras la pista. La impronta de las pisadas fue debilitándose: las copas de los árboles dejaban llegar al suelo poca de la nieve que caía. No dudó más y avanzó certero por el bosque.

Las Runas del Odio, los Vientos y la Luna estaban ya trazadas con la sangre de un hombre marcado por el Signo de la Discordia; nueve velas negras ardían en las nueve esquinas de la estrella de sal. Los desvaídos rayos de la luna acariciaron su piel desnuda cuando comenzó a danzar, premeditada parsimonia al principio, salvaje frenesí tras unos momentos. Entonó la plegaria; su voz rompió el silencio, tejió antiguas hechicerías.

*Acude, Señor de los Yermos.
Por la plata y la sangre, la luna y las tinieblas,
Ven, Señor de los Cielos Oscuros.*

*Acude, Señor de los Vientos.
La sangre del hermano llama; jamás olvida.
Ven a mí, ¡escucha mi plegaria!*

En el paroxismo de su danza, un humo denso y negro brotó de las velas, se arremolinó en lentas espirales. La llama de las velas vaciló y las ramas de los árboles se agitaron como sacudidas por un vendaval... mas no corría ni una ligera brisa. El humo fue remansándose en el suelo, creció, danzó entre grotescas convulsiones.

Cobró forma.

El Lobo Negro surgió de la niebla, aulló conmoviendo árboles y rocas. Sus ojos centelleaban como la forja de un Dios; un vaho gris surgió de sus abiertas fauces.

Zarurna sonrió, jadeante, y cayó sobre sus rodillas. Curvó los labios en un rictus de triunfo, formó con ellos las sílabas de otro conjuro.

El Lobo Negro dirigió la pesadilla de sus ojos hacia la bruja y se lanzó contra ella. Algo lo detuvo cuando intentó traspasar el círculo de sal y sangre. Rodeó el círculo, colérico e indeciso; aulló de nuevo con frenesí, cerró y abrió sus mandíbulas con espantosos chasquidos.

Zarurna concluyó su conjuro, se ofreció llena de lascivia al Lobo Negro. Su cuerpo blanco y esbelto temblaba.

—Ven ahora... ¡siembra mis entrañas, engendra una nueva y gloriosa progenie!

El Lobo Negro retrocedió un paso, confuso; acabó por obedecer, traspasó el círculo y se cernió sobre Zarurna. La bruja gritó de dolor, se retorció engarabitando los dedos, aferró la fosca pelambrea de su amante. Helados y desgarradores espasmos recorrían su cuerpo.

Los pasos resonaron en el bosque, truenos en el silencio.

El Dios Lobo levantó su cabeza y dirigió su pavorosa mirada hacia el intruso. Zarurna abrió los ojos, sorprendida. Miró sin reconocer al hombre de alborotada melena negra, oscura barba y harapientas ropas, armado tan sólo con una larga y sólida rama que así como una azagaya.

Zarurna maldijo al reconocerlo y azuzó contra él a su amante con una seca y frenética orden. El lobo Negro salió de ella, se abalanzó contra el intruso.

Daramad contempló el oscuro torbellino de fauces entreabiertas y colmillos que venía hacia él y aferró su improvisada arma. Se arrojó al suelo para eludir su embestida, recuperó el equilibrio y se levantó blandiendo la rama. La punta se hincó el costado del Lobo Negro y

atravesó su piel sin hallar resistencia.

El Lobo Negro giró en redondo y acometió de nuevo. Daramad saltó hacia un lado, consiguió hurtar su cuello a la dentellada. Las fauces del Lobo quebraron en dos su arma; las zarpas araron la roca apenas a una vara de distancia de su pecho.

El saremio rodó por el suelo varios pasos; cuando logró tenerse sobre sus rodillas, una punzada de vivísimo dolor estalló en su costado. En el confuso rodar se había clavado la punta de su propia arma. Se palpó los labios de la herida, sacó la rama entre gruñidos. La herida no era mortal, pero había estado cerca de serlo. Asiendo con fuerza su única y fútil arma en sus ensangrentadas manos, volvió a levantarse y encaró su fin con entereza.

El Lobo Negro exhaló una vaharada blanca y espesa, gruñó con estruendo y volvió a embestir. Daramad se agachó y asestó una última acometida con los restos de su arma.

Un aullido de dolor y rabia retumbó amenazando con desplomar el cielo. Daramad contempló estupefacto retroceder al Lobo Negro; la vara de madera le atravesaba el pecho allí donde la había dirigido. El propio impulso de la criatura se había encargado de ensartarla de parte a parte. Contorsionándose, gruñendo, la bestia aulló herida de muerte; en su agonía abatió varios abetos, tronchándolos como si fueran astiles de lanza. Debatiéndose entre coléricos bramidos, el Lobo Negro se desplomó moribundo, se desvaneció en oscuras hilachas de humo.

Daramad, demasiado aturdido como para entender nada aún, recuperó el aliento. Tomó la azagaya y la contempló con incredulidad; su propia sangre aún brillaba en la punta. No había nada de especial en ella. Sacudió la cabeza y se volvió hacia la bruja. Zarurna arrodillada en el suelo, miraba la escena atónita. Con un espasmo de rabia se abalanzó sobre el montón de sus ropas, las revolvió hasta dar con una daga de bronce y arremetió contra Daramad. El saremio detuvo a la bruja con una brusca patada al estómago; de un manotazo arrojó lejos la daga. Sus encallecidos dedos rodearon el pálido cuello de Zarurna, cerrándose como un cepo de hierro y alzándola hasta la altura de sus hombros. La bruja luchó por romper su presa, arañó, pateó: todo en vano. Mientras los huesos de su cuello se quebraban, comprendió la ironía: la sangre que había invocado al Lobo Negro era lo único que podía destruirle, y así, un arma ungida con esa sangre resultaba mortal para él.

Zarurna dejó escapar un gorgoteo de rabia y desesperación; no era justo... largos años había esperado este momento, largos años lo había anhelado... para que un albur del Destino lo echara todo a perder.

Los ojos de la bruja tornaron opacos y su vida se apagó con ellos. Daramad soltó el cadáver y le dedicó una última mirada antes de renquear fuera del claro y adentrarse en el bosque. El sur estaba lejos.

LA BATALLA DE LEPANTO (1571)

"La guerra es padre de todos y rey de todos, a unos los hizo dioses y a otros hombres, a unos los hizo dioses, y a otros hombres, a unos los hace esclavos, a otros libres.»

Heráclito



uince siglos después de que las cuadrirremes de Pompeyo limpiaran el *Mare Nostrum* de piratas; su cuenca azul, antigua y traicionera, no era ya el centro del Mundo¹. Ahora la prosperidad bullía también, cada vez más vivamente, lejos, hacia el norte y el oeste: en Flandes,

Inglaterra, Francia, Alemania...

A pesar de esta realidad, el esplendor de los reinos e imperios meridionales era incomparable. La gigantesca Nápoles, con su más de cuarto de millón de almas, sus astilleros, sus bancos, sus comercios e industrias de seda; no hallaba rival en Europa ni tan siquiera en la lejana París. Palermo era un gran emporio comercial y textil, con igualmente enormes y activos astilleros. Sevilla, sobre el bajo Guadalquivir, era financiera y comercialmente la ciudad más próspera de Occidente, habiendo duplicado su población desde principios del siglo hasta casi alcanzar los ciento cincuenta mil habitantes. Desde puertos del Levante español como Valencia, Cartagena, Palma de Mallorca y sobre todo Barcelona —dotada con unos astilleros que sin ser los más grandes, eran con pocas dudas los mejores del Mediterráneo— se botaban unas galeras de combate esbeltísimas y fuertemente artilladas, las más largas y de menor puntal de entre cuantas surcaban los mares.

Venecia superaba el centenar de miles de ciudadanos, y Génova los rozaba. Ambas metrópolis, no obstante haber dejado atrás los años más gloriosos de su prosperidad, ofrecían aún en aquel tiempo un espectáculo de magnificencia y de lujo que, especialmente en el caso de la segunda —cuyas monstruosas galeazas, como veremos después, osaban disputar el dominio naval al mismísimo poder turco— alcanzaba cotas insultantes.

En cuanto a *Istân-Bulîn*, antaño Bizancio, baste decir sin temor a equivocarnos², que su grandiosidad bajo el reinado del "Comendador de los Creyentes"³ Selim II (1566-74), empequeñecía, y de lejos, a todos y cada uno de los ejemplos anteriores tanto en la cuantía de su población como en riqueza y esplendor. En cuanto a otros puertos importantes bajo dominio directo de la Puerta, tanto por su tamaño e importancia demográfica, prosperidad

comercial y poderío militar —en forma de inexpugnables fortificaciones costeras dotadas con los cañones más grandes y pesados de la época, y de febriles astilleros y atarazanas donde se armaban año tras año nuevas flotas de galeras— destacaban Tesalónica, importante enclave industrial, Atenas, Corinto, Esmirna, Adalia, Alejandría y otros.

LA ESTRATEGIA DE SUPREMACÍA NAVAL MEDITERRÁNEA EN EL CONTEXTO DEL ENCUENTRO NAVAL DE LEPANTO

Tras los Pactos de Cateau-Cambrésis (1559)⁴, el Mediterráneo Occidental estaba cerca de acabar convertido en un *Mare Hispanicum*⁵, coto privado para las galeras catalano-aragonesas, napolitanas, sicilianas y en menor medida castellanas, del Rey Felipe II. Además estaban las galeras de Génova, tradicionalmente a sueldo de España y en todo caso minoritarias.

Más cerca... pero aún demasiado lejos. Los cruzados, como antaño los romanos, denominaban bárbaros a los corsarios y mercaderes de esclavos norteafricanos, y Barbaria o Berbería a las costas agrestes que los guarecían. La piratería berberisca era en efecto el otro gran poder en estas aguas, actividad que colmaba los puertos norteafricanos con las riquezas de la rapiña, en especial las provenientes del comercio de esclavos capturados en las costas cristianas; las cuales, por su parte, año tras año se venían erizando de fortificaciones de vigilancia y defensa.

Además del "Reino" de Argel⁶ —más propiamente un bajalato casi independiente de Estambul—, otros dominios berberiscos se sucedían casi sin solución de continuidad desde Libia hasta el Estrecho de Gibraltar. Todos eran musulmanes y, en cierto modo, "protegidos" del Sultán. Y todos hacían del saqueo y degüello un negocio floreciente.

Hay que decir que enfrente de estas costas violentas, en los 246 kilómetros cuadrados de un islote, Malta⁷, los últimos Hospitalarios de la Orden de San Juan, actuaban de manera parecida con los pobladores de Berbería, matándolos y capturando a sus gentes.

En 1565, los recios fortines malteses habían parado en seco —a pesar de la desventaja numérica de cinco a uno— el primer y último gran intento —que no último proyecto— por parte de la Sublime Puerta de imponerse directamente en aguas del Mediterráneo Occidental. La flota de guerra turca —más doscientas naves, y treinta de desembarco— hubo de retirarse ante la llegada de los refuerzos del Rey de España, llenando los fosos de la ciudadela con más de treinta mil cadáveres⁸.

Más al este de ese punto, únicamente las galeras de la República de Venecia, señora del Adriático, de la costa de Dalmacia, de importantes enclaves en y frente a Albania, de multitud de islas en el Egeo —entre ellas la más grande, Creta—, y de Chipre, podían competir con las del turco, y casi siempre en desventaja. Pese a constituirse como segunda potencia naval mediterránea de la época en cuanto a número de galeras —entre ellas las más pesadas y mejor dotadas de artillería que nunca hubieran existido—, la Serenísima padecía el dramático contrasentido de depender —dada la localización de sus posesiones y enclaves— en gran medida del comercio con los dominios turcos para sobrevivir; y al mismo tiempo, de no ser físicamente capaz —dada la escasa extensión global de su territorio— de sostener un ejército lo suficientemente extenso como para defender con garantías dichas posesiones y enclaves. Nunca, y esto debe quedar claro, fue capaz de dotar a sus galeras con un número de remeros suficiente, ni con una infantería de marina capaz de medirse ni de lejos con la turca⁹.

Al año siguiente del sangriento episodio de Malta, durante otro cerco, el de Sziget, en Hungría; había fallecido el anciano padishah Solimán, dejando pendientes unos proyectos de invasión del Mediterráneo Occidental de proporciones colosales, cuyo detonante había sido abortado por los cruzados. Y desde luego era seguro que Selim II no poseería ni la capacidad estratégica ni las dotes de liderazgo de su padre. Este hecho —unido a la inyección de moral que había supuesto para la cristiandad la resistencia de los caballeros malteses frente a un enemigo que hasta entonces se antojaba invencible— animó al Papa San Pío V a retomar unos viejos proyectos de cruzada a gran escala vía el establecimiento de una liga o coalición entre las potencias cristianas del Mediterráneo. Pudo contar con Felipe II y con el visto bueno de Génova; Carlos IX de Francia se apresuró a rechazar de plano la llamada papal, y la Signioria veneciana dudaba —recelosa de la prepotencia española— hasta que en el año 70, el nuevo padishah Selim II demostró que era lo suficientemente hábil, y desde luego sus consejeros con él, como para continuar la política expansionista de su padre con un golpe de mano tan inteligente como violento: la conquista de Chipre, la perla de los dominios venecianos.

Fueron precisamente las condiciones inaceptables del Gran Turco en 1570, exigiendo la entrega inmediata e incondicional de la isla —vital para los intereses de la república adriática— las que motivaron el acercamiento veneciano a la “Liga Santa” auspiciada por el pontífice. Y ello a través de farragosas y agrias negociaciones con los otros aliados —España, el Papado y Génova— respecto a la cuantía de su participación en la empresa, y constantes celos frente a los españoles, que no viene al caso describir aquí, por inacabables¹⁰; y que concluyeron oficialmente el 25 de mayo de 1571 en la Basílica de San Pedro de Roma. Comenzaría por constituirse una escuadra coligada cristiana contra el turco. Venecia aceptó financiar dos sextas partes del gasto total, otra sexta parte correría a cargo del Pontífice y sus estados, y el resto lo costearía la Corona de España.

La flota conjunta no acabó de reunirse hasta bien entrado el mes de Septiembre en el puerto de Mesina; siendo las diez galeras venecianas del puerto cretense de Candía las últimas en llegar, y haciéndose todos

a la mar el día quince. Lo cierto es que para entonces los venecianos tenían casi ultimado un tratado de paz con el Gran Turco, aceptando sus durísimas condiciones, que el embajador veneciano en Constantinopla dejó de firmar movido seguramente por la certeza de que su cabeza rodaría al llegar a oídos del Sultán la menor noticia de los preparativos de Mesina.

Producto también de complicadas discusiones en consejo había sido la decisión final de la armada de zarpar hacia el Golfo de Lepanto en busca de la flota turca, y no aguardar a que fuera aquélla la que presentase batalla, como había propuesto en un principio Don Álvaro de Bazán.

Hasta los primeros trabajos serios de hacia mediados del s. XX, sobre todo los de Braudel —y aun después, en amplios círculos y autores diversos—, la tradición de historiadores siempre ha acusado a los españoles presentes en Lepanto su escaso interés inicial en una intervención directa en aguas orientales —por hallarse sus intereses mediterráneos centrados en plazas norteafricanas como Argel u Orán—; y dice mucho en favor de la integridad de éstos la adopción final por parte del Archiduque Don Juan de Austria —el joven Almirante en Jefe designado por San Pío V—, y su aceptación por parte de todos; de la férrea decisión: buscar el enfrentamiento a gran escala en aguas griegas.

Los inmensos territorios que la Historia designa con el nombre de Imperio Otomano —bajo soberanía directa o vasallaje— no constituían en realidad un espacio cohesionado económica, ni aún políticamente, como a priori pudiera parecer. La tendencia a la especialización económica regional era nula, y los transportes y comunicaciones interiores eran penosos; situaciones ambas totalmente contrarias a lo que parecía ser la tendencia operante en Europa Occidental; la cual, paradójicamente, no constituía un ámbito de pacificación interna como efectivamente lo era el Imperio Turco.

El milagro que posibilitó una supervivencia tan prolongada de las estructuras de poder otomanas —aparte del Islam— no era otro que un refinadísimo y flexible sistema impositivo sustentado por un ejército. Este último era seguramente la corporación militar más eficiente desde las legiones del alto imperio romano; y desde luego mucho, mucho más numeroso que aquéllas. Dentro de esta maquinaria bélica hipertrofiada, la mayor flota de guerra que habían visto jamás los siglos tan sólo constituía un pequeña parte, operando en tan sólo uno de los muchos frentes de guerra sostenidos por la *Sublime Puerta* en los cuatro puntos cardinales: Arabia, Persia, el Cáucaso, Ucrania, Moldavia, Transilvania, Hungría... y por supuesto el Mar Mediterráneo. Dar cuenta —siquiera una mención escueta— de la situación estratégica de cada uno de estos frentes en aquellos tiempos turbulentos se sale de los objetivos de este texto. Como única nota descriptiva de las campañas otomanas sólo cabe aquí decir lo siguiente. En todos los frentes eran para el turco las victorias decisivas; y en todos eran para su oponente las derrotas, salpicadas de alguna victoria pírrica. La alternativa para este último era sólo la sumisión.

El caso del encuentro naval de Lepanto es interesante porque no pertenece exactamente a ninguna de las

categorías mencionadas. En el plano táctico, estamos ante una victoria aplastante, y por poco total, de los navíos coligados y la infantería de marina española sobre la turca, hasta entonces invicta en el mar. En el contexto hipotético de una “Estrategia Cristiana” —en su dimensión político-militar—, muy discutible si no inexistente, contra una estrategia turca —ésta sí terriblemente clara y determinada—, la consecuencia de la batalla fue una situación de tablas durante casi un año, tras el cual el poderío naval de la Puerta se iría consolidando y expandiendo inexorablemente.

Acercamiento de las armadas.

Parte de la flota turca se hallaba fuera de puerto en vísperas de la campaña de Lepanto. Sin un objetivo preciso, enjambres de galeras otomanas venían batiendo los enclaves venecianos en aquel verano de 1571, persiguiendo tan solo dificultar cualquier intento de socorro por parte de la república del Adriático a la ya casi conquistada Chipre, cuyo último foco de resistencia, las descomunales fortalezas de Famagusta, pronto sería arrasado entre grandes masacres¹¹.

Hacia mediados de agosto las dotaciones de los navíos turcos en acción contaban con gran número de enfermos debido al calor y las epidemias, y su comandante supremo¹², Alí, ordenó su reagrupamiento y rumbo hacia las costas de Morea (Peloponeso) para reaprovisionarse. De camino, a lo largo del mes siguiente, fue saqueando metódicamente todo asentamiento veneciano a su paso, renovando al completo su chusma de remeros.

Por entonces llegaban al Gran Palacio de Estambul espías e informadores con las nuevas de Mesina; y la Puerta dio comienzo inmediatamente a sus planes para aplastar a los infieles. Los puertos otomanos comenzaron a vomitar flotillas de sus mejores navíos de combate, e incluso el terrible rey corsario de Argel, levantó su presa sobre las aguas de Occidente y puso proa hacia las fuerzas de Alí. Éste, por su parte, informado de los tajantes designios del Gran Turco, empezó por despedir a su cansada infantería de Marina a bordo de sesenta galeotas y dos pesados transportes —maniobra que, dicho sea de paso, desorientaría a los espías cristianos, quienes, creyendo que gran parte de la armada turca se retiraba, calibraron muy a la baja los efectivos finales enemigos, como veremos después—. Al mismo tiempo, Alí dio órdenes a su “mano derecha”, Pertev, bajá renegado de Morea a la par que consumado almirante, de vaciar los enclaves y acuartelamientos de la SUBLIME PUERTA en todo el Peloponeso, atiborrando así sus naves de guerreros¹³. La enormidad de la flota global musulmana superaba cuanto hasta entonces se había visto sobre las aguas de mar liguro: más de cuatrocientos navíos.

DESCRIPCIÓN DE LA JORNADA

Un viento borrascoso azotaba la mar sumida en las tinieblas, en la madrugada del 7 de octubre de 1571. El amanecer, que resultaría al cabo soleado, estaba todavía lejos, a varias horas; y una ágil fragata, en medio de la noche, iba abordando una por una las cabeceantes galeras de la inmensa flota, que el vendaval amenazaba con dispersar fatalmente. A bordo de la ligera embarcación se hallaba el almirante en jefe, a sus veintiséis años, de la flota coligada de España, Venecia y los Estados

Pontificios, el Archiduque Don Juan de Austria, el mayoral de una manada sobrecogedora de monstruos flotantes erizados de antenas, cañones, espolones y remos gigantescos. Visita, una tras otra, las torvas tripulaciones, a la luz mortecina de los fanales, incendiando de locura, y de un arrojo codicioso, los corazones y las miradas.

Totalmente invisible en el vientre negro de la noche, la flota ya avanzaba desde días atrás en orden de batalla, dispuesto y aceptado solamente —según la tónica general en que se habían desarrollado los quehaceres de la armada en todas sus escalas desde Mesina hasta Cefalonia— tras difíciles disputas entre los aliados.

El avance, a boga larga; y cuidando, bajo severísimas penas a los patronos, de que jamás se llegaran a entorpecer unas galeras con otras. En primer término, una avanzada demoledora de seis galeazas venecianas; más o menos el equivalente de la época a los acorazados del s. XX; bajo el mando no de un marino, sino de un maestro artillero, Francesco Duodo. Sus evoluciones en la batalla dependerían de las órdenes del propio Don Juan, y habrían de reservar, cada uno de estos bastiones flotantes, dos de sus piezas de fuego más pesadas sin disparar hasta después de la embestida.

En la retaguardia, cerraba el avance la tercera escuadrilla, la reserva, a las órdenes del experimentado Don Álvaro de Bazán, quizás el mejor almirante español de todos los tiempos¹⁴ y recién nombrado Marqués de la Santa Cruz: treinta galeras españolas, con la difícil misión de hacer de “comodín” en el combate, interviniendo donde más flaquease la formación. Lucían flámula y banderilla de popa blancas.

Cerca de ellas avanzaban las cincuenta y siete fragatas dotadas con dos esmeriles, diez arcabuceros y un sargento por cada una. Su misión: interceptar la amenaza de las mortales fustas turcas, especializadas en infiltrarse entre las grandes formaciones de galeras.

No concurrían en cambio casi ninguna de las veintidós naves españolas de transporte de artillería, armas y tropas, a vela y sin remos, al mando de Don César Dávalos, retrasadas en el puerto de Corfú con multitud de enfermos, la mayoría lansquenetes a sueldo del Rey.

En los espacios centrales, la batalla, el grueso de la armada se estructuraba a su vez en tres inmensos “escuadrones” (o alas).

Bajo el estandarte de la Liga Santa enviado por el Papa y flámulas azules, se esparcía la primera escuadra, terrible, de sesenta galeras con la *Real de España* al frente —con Don Juan y el estandarte—, acompañada por la capitana de Venecia y su almirante, Sebastián Veniero, hombre entrado en años, orgulloso y de difícil trato. También con ellas navegaba la capitana pontificia, al mando de Marco Antonio Colonna, almirante del Papa.

Hacia el ala derecha, evolucionaban las galeras de la segunda escuadra, en número de cincuenta y tres y distinguidas con flámulas verdes, bajo el mando de Don Juan Andrea Doria, Almirante de Génova y auténtico condottiero de los mares, que arrendaba a España galeras de su propiedad.

Así mismo, en el ala izquierda, la cuarta escuadra, el mismo Proveedor General de la marina de la

Serenísima, el impetuoso Agustín Barbarigo; figuraban cincuenta y siete galeras con flámula amarilla.

Hemos de mencionar una quinta y última escuadrilla, de apenas seis galeras, destacada en misión de reconocimiento bastantes millas por delante de todo el resto, y dirigida por el comandante de la real de Sicilia Don Juan de Cardona.

El montante de unidades marítimas que verían despuntar el alba horas después, tras mantenerse precariamente la formación a lo largo de la turbulenta noche, y descontando los mencionados navíos rezagados, ascendía a doscientos ocho galeras.

"En caso de venir a las manos con el enemigo había de repasar (Don Juan) no mandase poner toda su armada en un solo escuadrón, porque del número grande es cierto nacerá confusión y embarazo de unas galeras con otras, como ocurrió en la Prevesa. Débense poner en tres escuadrones y todos tres en un ala, y que los dos de las puntas sean de las galeras en quien tenga más confianza, dando los cuernos de cada una a personas señaladas, y quede tanta mar en medio del uno y del otro cuanto bastare a poder escurrir y girar sin embarazo de ninguno de los tres, y ésta fue la orden que tuvo Barbarroja en la Prevesa.»¹⁵

Dejando a parte este valiosísimo consejo que como hemos visto más arriba, Don Juan siguió fielmente, hay que destacar el hecho —también de gran importancia en el posterior decurso de la batalla— de cómo se logró eludir el desfase de calidad entre las galeras españolas, mucho mejor aprestadas y tripuladas, y el resto —en especial las de Venecia, de tripulación escasa e indisciplinada—. El mérito de Don Juan es aquí casi exclusivo, pues dio la orden de repartir las galeras españolas en todas las escuadras, mezcándolas con las de las otras naciones¹⁶. Más aún, ordenó así mismo distribuir a los infantes de los tercios de España de la misma forma, reforzando muy especialmente las galeras venecianas. Ni que decir tiene que aquella disposición encendió de ira a los hijos de la Serenísima, por más que finalmente les salvara muchas vidas... y la honra¹⁷.

En efecto fue Don Juan, el hijo bastardo de Carlos V, el principal por no decir único artífice de la superación de las tensiones y rivalidades entre los generales y jefes que se reflejaba invariablemente en la disparidad de criterios, y en último término incluso de objetivos, que habían lastrado la actividad de la flota. Si tenemos en cuenta además que el caudillo cristiano contaba a la sazón veintiséis años de edad, sus logros se nos aparecen todavía más brillantes. Con ocasión de la mencionada partida había escrito a su hermanastro, el monarca cristiano más poderoso de la Historia:

"Los días que hemos bestado en Mesina y lo que se ha hecho, verá Vuestra Merced más largamente por lo que escribo a Su Majestad; y aunque algunos dicen que nos hemos deespachado más presto de lo que creían, yo no me satisfago, pareciéndome que el empacho y no mucho expediente destes oficiales de guerra y hacienda me ha detenido más de lo que yo quisiera, y esto se verá en Madrid como prevenciones de disculpas que pienso harán luego; con todo, les be de excusar poco, y menos a ellos y a mil y mil maneras de gentes que vienen a mí con pretenstones de consejos y agravios de niñerías, a

que si se hubiese de atender, padecería la substancia. Al fin, con todo este trabajo se pasa adelante con la intención de pelear que se verá».

El joven Archiduque de Austria había de reunirse a menudo en consejo con los generales principales de la Liga, cada uno de ellos con su sub-consejo de asistentes. Además, debía someterse siempre a la aprobación del "consejillo" de los hombres de confianza del Rey Felipe II, formado por Doria, Bazán, Cardona y Don Luis de Requesens, Teniente General de la flota de España y segundo en la jerarquía de la Liga después de Don Juan. Es generalmente aceptado entre los historiadores, desde el mismo Braudel hasta el P. Serrano, que estos cuatro hombres supieron ver en el archiduque a un líder natural en la ocasión, y comportarse con él en términos generales, más como asistentes y consejeros fieles, incluso como amigos, que como supervisores o correveidiles enviados por Felipe. Y eso siendo militares consumados, al lado de cualquiera de los cuales Don Juan, no obstante sus experiencias al más alto nivel al frente de las operaciones contra los moriscos y algunas acciones navales, era sólo un chaval.

Despuntó al fin un sol hinchado y rojo. Las seis de Don Juan de Cardona reconocían con precaución las agrestes calas de la costa albanesa, en busca de traicioneros bajeles turcos "enrocados". Lejos hacia Poniente, a lo largo de millas y millas de formación, el grueso de la flota alcanzaba las Islas Curzulares¹⁸. Y poco más tarde se abrió ante ellos el profundo golfo de Lepanto, también llamado de Patras. En un momento dado, unos vigías encaramados sobre la vertiginosa entena de la galera de Doria divisaron una flotilla turca de reconocimiento, que salió huyendo de inmediato. Pronto, desde las más elevadas cofas de la armada cristiana, comienzan a divisarse, tan lejanas como amenazadoras, las galeras de la Puerta. A decenas, a cientos, retirándose siempre deliberadamente, más y más adentro, hacia el fondo del golfo. Como una legión de buitres apostándose poco a poco en las paredes de un desfiladero.

Don Juan y los almirantes ordenaron tocar al arma y comenzaron a izarse las torvas empavesadas y el impresionante estandarte de la Liga: las armas de España, Venecia y el Papado a los pies de un Cristo en una cruz gigante, y bordado el mensaje que, según la leyenda, oyese Constantino "el Grande" un milenio atrás, contemplando en el cielo una cruz sobre el disco solar, en la víspera de la batalla del Puente Milvio (?): in hoc signo vinces, "con este signo, vencerás"... A lo lejos humeó un cañón turco y a poco llegó el estampido a oídos de los coligados. Se respondió al desafío con otro disparo, con otro estampido seco que devolvía, como un eco maldito, el mismo mensaje. Muerte a los infieles.

Si hemos de resaltar alguna en especial entre las disposiciones tomadas por el General en Jefe de la Liga —lo cual no es fácil, dada la increíble conjunción de aciertos en el planteamiento táctico puesto en práctica por Don Juan de Austria—, es quizá el haber tenido muy presentes ciertos consejos recibidos hasta dos meses atrás.

Don García de Toledo, anciano almirante que en el 65 —como responsable del socorro a los sitiados malteses, había teñido los arrecifes del islote con la sangre de oleadas de guerreros—; así, por ejemplo, le había insistido por carta a Don Juan en la conveniencia de obligar al turco a

pelear cerca de sus costas, de forma que la tentación de abandonar el combate y buscar refugio en tierra firme creciese a la vez que lo hiciese la intensidad de la lucha.

Otro acierto impagable del joven archiduque sería el alejar de la formación de combate el aproximadamente medio centenar de navios de transporte a vela y las fustas ligeramente armadas, obligando a las tropas a bordo de las galeras a vencer o morir defendiendo los navíos. Excepto en lo referente a esta disposición sobre las fustas, no se desvió un ápice del planteamiento general acordado para el orden de batalla de la flota, realizando meras correcciones de última hora para “limar” las formaciones.

Tuvo tiempo para ello. Poco después del amanecer cambió el viento, que hasta entonces había soplado desde tierra favoreciendo el avance del turco; y aunque lo cierto es que aquél no mostró en ningún momento intención de aprovechar la circunstancia viento para precipitar su ataque, y más bien dilató al máximo sus maniobras de formación, el suave y repentino céfiro que acabó por levantarse elevó la moral de los coligados, que llegaron a considerarlo como una señal divina.

Tronó una salva de mosquetería a lo largo de la flota, señal de la última revista general; y al igual que hacía unas horas, tornó a embarcarse Don Juan en la esbelta fragata, junto a su Caballerizo Mayor Don Luis de Córdoba y el Secretario General Juan de Soto, para recorrer las escuadras arengando a las tropas. Las demostraciones de entusiasmo por parte de las huestes y marinería eran estentóreas y jubilosas, al sol nuevo de aquella mañana.

Otros consejos que no olvidaría aplicar el joven Almirante en Jefe eran los del archisoldado Alba, el viejo *Mastín* de Su Majestad, como antes lo fuera del *César*. Siguiendo éstos, Don Juan se cuidó mucho de advertir y mandar aleccionar a las tropas en cuanto a no achicarse ni dejarse intimidar por el espantoso griterío con el que los incontables hijos de la Puerta saludarían el combate. La mayor parte de los soldados de la Liga eran bisoños y carentes de un bautismo de fuego —aunque bien entrenados—, y las salvajes demostraciones de las hordas turcas producían a menudo efectos devastadores aún sobre tropas bizarras y hechas a la guerra más cruel, la del mar.

Precisamente la flota del Gran Turco iba ultimando para entonces sus evoluciones y ambos enjambres de galeras se cernían el uno sobre el otro en una boga constante y febril. Incansable como el transcurso de las horas.

Al paso de la revista por el ala derecha, comandada por la *Capitana de Génova* de Andrea Doria, y advirtiendo Don Juan un alejamiento de más de una milla entre la escuadra y la “Batalla”¹⁹, mandó recado al Comandante de Génova para un acercamiento hacia el eje central de la formación. Tranquilizó el genovés a Don Juan, afirmándole su total disposición a cumplir con su deber a la perfección, pero no se apresuró a seguir la recomendación, lo que horas después —como veremos— teñiría de rojo las aguas en aquel punto de la flota.

Se mandó así mismo desalojar a los enfermos de las naves, retirándolos en las fustas y bajeles de retaguardia, pero dejando sus armas para su utilización por parte de los hombres activos. Con ellos partieron, por orden especial de Don Juan, todos aquellos servidores y asistentes

cuyo oficio no fuese el de las armas o el navegar; y despacho también a la propia servidumbre de su ropero, haciendo comprender a las claras que a los que permanecieran a bordo solo les restaba la victoria o la muerte.

Se corregían las formaciones conforme la boga se iba haciendo más intensa.

Conscientes los Almirantes de que una vez desatada la lucha, el factor decisivo en la balanza del desenlace sería la suerte individual de las galeras insignia en uno y otro bando, habían convertido sus capitanas en enormes plataformas de combate, empezando por la Real de Don Juan, donde hallaba cabida la flor y nata de las tropas de la Liga: voluntarios hidalgos de noble origen, y combatientes escogidos entre los Tercios del Rey.

Más o menos dos tercios de la fuerza combatiente global de la Liga —que superaba los 30.000 hombres— los aportaba Su Majestad el Rey Felipe II. 8160 había aportado directamente la Corona de España, en los cuatro Tercios de Don Lope de Figueroa, Don Pedro de Padilla, Don Diego Enríquez y Don Miguel de Moncada; siendo jefes de compañía Cristóbal de Ezpeleta, Pedro Bazán, Luis de la Palma, Manuel Enríquez, Martín de Ayala, Juan de Licea, Rafael Puig, Juan Díaz, Juan de Zúñiga, Sancho de Reinoso, capitán Carrión, Juan Fernández de Córdoba, Juan de Córdoba Lemos, Rui Francisco de Buitrón, Gonzalo de Barahona, Marqués del Espejo, Orejón, Fernando Enríquez, Juan de Velasco, Pedro Manuel, Juan de Montano, Marcos Isaba, Melchor de Alberuela, Enrique Centellas, Jerónimo de la Cuadra, Juan de Angulo, Adrián Aguaviva, Contreras, Álvaro de Acosta, Martín de Benavides, Melchor de Morales, Francisco de Ayala, Diego de Vargas, Juan de Silva, capitán Peralta, Diego Melgarejo, Diego Osorio, Diego de Urbina y Rodrigo de Mora. En los apellidos de muchos de ellos deducimos fácilmente el origen.

Además, también a sueldo del Rey de España estaba la infantería italiana, montando 5208 soldados, de entre cuyos jefes se destacarían Paulo Sforza, Conde de Santa Flor, Juan Bautista Benarelli, Virgilio, C. de Sarno, Lope Fusco, Néctor de La Calce, Marco Antonio Tutavila, Tiberio Genaro, Segismundo de Gonzaga, Juan Jacobo Bonete, Pedro Anovato, C. De Valenza, Ricardo Esquintano, capitán Perucho, Tiberio Brancacio, y otros.

Luego estaban los lansquenets de tierras del imperio, hasta sumar unos 5.000, todos pagados por el Rey de España; si bien gran parte de ellos no concurren a la jornada por enfermedad.

Los séquitos de los grandes jefes y almirantes constituían pequeños escuadrones de guerreros armados hasta los dientes entre pajes, guardia personal y gentileshombres de cámara. Así, el séquito del joven Archiduque Don Juan de Austria constaba nada menos que de 360 hombres de pelea; 202 el del Príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, a bordo de la Capitana de Génova; 127 el de Urbino; 137 de Requesens; 143 de Jordán Ursino; 33 del Marqués de Laula; 76 del C. De Santa Flor; 70 de Ascanio de La Corgna, jefe de la infantería de España; 54 de Gabrio Cerbellón, jefe de la artillería de España; etc.

Venecia aportaba aproximadamente 8.000 hombres desigualmente pertrechados y el Papado unos 2.000 soldados y voluntarios de noble origen, muy bien

armados todos. Por último estaban la marinería, y la chusma o remeros, sumando entre ambos casi 50.000 hombres. A éstos últimos, Don Juan, en un alarde de generosidad o de nobleza tan temeraria como clarividente, decretó la libertad para todos aquellos galeotes que, a lo largo de la batalla demostraran su valor y compromiso con la victoria en su labor al remo, impidiendo con la boga los abordajes del enemigo o —llegado el caso de ser desherrados por el capitán— lo hiciesen con las armas en la mano. Mas de 5.000 ganarían a pulso su libertad en la jornada que siguió.

Comprobando la cercanía del choque, y ya todos en sus puestos, enarboló Don Juan un gran crucifijo de marfil; y hasta en la última de las galeras, las tripulaciones al completo —desde el propio Archiduque hasta el último grumete— se postraron de rodillas. Era el momento de recibir la indulgencia plenaria de manos de los sacerdotes de la Compañía de Jesús enviados hasta allí por el Papa con aquel preciso y único cometido. Nadie hubiera dicho en aquel momento que, hasta aquel mismo instante, los celos y tiranteces se habían sucedido constantemente, como hemos visto.

Tras la bendición, y justo antes de proceder a armarse, Don Juan, manteniendo en alto la gran cruz, vociferó una arenga tan breve como efectiva: «*Habéis venido aquí hoy por voluntad de Dios... Poned vuestra unica confianza en el Dios de las Batallas*²⁰.» El entusiasmo entre los voluntarios y los soldados de los Tercios es tal que le son arrebatados su sombrero y guantes.

El avance de ambas flotas era ya impetuoso como el de dos frentes de tormenta. Entonces, a toda prisa, los coligados procedieron a serrar los torvos espolones de sus galeras. De nuevo una orden de Don Juan que, como tantas otras, era fruto de las recomendaciones de Don García. Al precio de perder el efecto demoledor del espolón en la embestida de ariete, más su posible utilización como pasarela de abordaje, se conseguía con esta operación bajar todavía más el ángulo de tiro de las grandes piezas de artillería de proa, posibilitando un castigo al enemigo de lleno y desde cerca, en la misma línea de flotación, olvidando el tiro parabólico.

Los navíos del Gran Turco estaban muy cerca, y pudo comprobarse con súbito horror, que su número ascendía a nada menos que 260 galeras de combate, más decenas y decenas de embarcaciones menores —galeotas de tropa y las temibles y ágiles fustas—, hasta superar con creces las 300 unidades, quizá las 400... Todas las informaciones de los espías se revelaban de pronto equivocadas; tanto en la estimación de los efectivos navales como de tropa: hasta la última de las embarcaciones turcas aparecía atestada de tropas recién embarcadas. Un clamor espantoso se impuso incluso a las primeras detonaciones. Provenía de los miles y miles de gargantas feroces, del entrechocar de bosques enteros de alfanjes y agudas moharras.

Más de 40.000 hombres de pelea —entre guerreros y corsarios— había embarcado el yerno del Sultán a bordo de la flota, igualando con creces en unos pocos días lo que en el bando cristiano había costado meses de esfuerzos y discusiones. Leventes —o infantería de marina “estándar”— montaban la mayoría de aquel formidable contingente, todos frescos y en buena parte

curtidos en el combate naval. Destacaba un poderoso ejército de desembarco reunido por Pertev, Bajá renegado de Morea y “mano derecha” de Alí, dentro del cual figuraban varios batallones (ortas) de combatientes de élite o jenízaros (*Yeniçeri ocak*): unos 2.000 guerreros cuyo mayor anhelo vital —inculcado desde la infancia en durísimas escuelas militares en las que imperaba el extremismo religioso de ciertos monjes derviches— no era otro que el hallar la muerte combatiendo al infiel.

Alí había sido sorprendido aquella mañana tan sólo por un hecho. La determinación de los cristianos a combatir había sido tan grande como la suya propia, hasta el punto de que en aquella madrugada se le habían adelantado cerrando con su flota la boca del Golfo. Era tarde ya para buscar —en su gigantesca formación en media luna cóncava— una salida a mar abierto. Dicha disposición de la flota otomana en media luna tenía por objeto aprovechar la superioridad en número de embarcaciones para flanquear y envolver a los coligados. Por tanto, vemos cómo Alí buscaba una eliminación total del adversario, una victoria aplastante.

Como kapudan pachá o Comandante Supremo de la flota, Alí había impuesto su criterio táctico frente al parecer de otros grandes pachaes, principalmente al de Uluj-Alí, el terrible bajá de Argel.

Suponiendo a la flota cristiana desorganizada y poco cohesionada, por componerse de las fuerzas de muy diversos estados cristianos —lo cual no dejaba de ser cierto si dejamos de lado el excepcional carisma de Don Juan de Austria y la capacidad de sus lugartenientes—, Alí perseguía el encuentro frontal, seguro además de que una derrota cristiana supondría un fracaso definitivo de la “Liga Santa”, y viceversa, fiando en la capacidad monstruosa de su patria para reponerse de hipotéticas pérdidas en poco tiempo —justo al contrario de lo que sucedía con los cristianos—. Y lo cierto es que tampoco en esto le faltaba razón. Uluj-Alí, por su parte, basaba su oposición a tal idea en su larguísima experiencia en aguas más occidentales —España no era Venecia— contra almirantes del talento de Álvaro de Bazán, Juan de Cardona o Gil de Andrade; así como contra el poderío de las galeras de España y la calidad de los Tercios del Rey. Aquel renegado calabrés elevado por sus propios méritos a Rey de los corsarios no veía tan clara la superioridad sobre aquellos “cruzados”.

Pero Alí carecía de esta experiencia y no supo ver que, ahora que las galeras y los soldados de Venecia no acudían solos, sus posibilidades, tanto cuantitativa como cualitativamente, disminuían.

"A lo que Vuestra Excelencia manda sobre si la artillería se ha de disparar primero en nuestra armada o ha de esperar a que lo hagan los enemigos, digo que no pudiéndose tirar dos veces, como realmente no se puede, sin grandísima confusión, lo que convendría hacer, a mi juicio, es lo que dicen los herrueros, que han de tirar su arcabucejo tan cerca del enemigo que le salte la sangre encima; de manera que, confirmando esta opinión, digo que siempre he oído a los capitanes, que saben lo que dicen, que el ruido de romper los espolones y el trueno de la artillería había de ser todo uno, o muy poco menos, y así sería yo desta opinión, y que no se debe tener en cuenta con el enemigo si tirará primero o postrero, sino sólo cuando Vuestra Excelencia deba mandar juego.»²¹

El combate propiamente dicho dio comienzo cuando, en la vanguardia coligada, divididas dos a dos frente a los tres cuerpos principales de la armada, las seis galeazas de Venecia desencadenaron el infierno de fuego y hierro que vomitaban los cuarenta cañones pesados montados sobre cada una de ellas. Para hacernos una idea de lo que suponían estas fortalezas flotantes de tres mástiles, mencionemos que el número medio de piezas de gran calibre a bordo de una típica galera de combate era de cinco o seis. Los bajeles, viendo como se les venían encima aquellos monstruos, ordenaron a los patronos (rais) intensificar la boga hasta el límite para rebasarlas cuanto antes. Así se hizo al punto, sin poder evitar que las galeazas pulverizaran por completo un par de galeras turcas, y echaran a pique dos o tres más.

"[...] y es que tengo por cierto que venecianos pedirán la vanguardia, que es todo lo que me parece que se debe desear para el buen fin del negocio; pues será gran bien que de los que se debe dudar más que de las galeras de España, sean los primeros en combatir; y si venecianos la demandaren, como creo que harán, paréceme que se les debe conceder de buena gana.»²²

Alí ordenó el inicio de las evoluciones destinadas a envolver la armada cristiana, evitando en lo posible el encuentro con las galeras de España, que su Estado mayor situaba hacia el centro de la armada coligada. No imaginaba las disposiciones del jovencísimo Almirante en Jefe, según las cuales los largos y bajos navíos españoles se confundían con los de las otras naciones en las tres alas o escuadrones de la flota, manteniendo a las mejores entre las mejores, las treinta "blancas" de la tercera escuadrilla de Álvaro de Bazán, en la retaguardia. Sí lo intuyó el "rey" de Argel, que se apresuró a embarcarse en una fusta y presentarse ante el Comandante Supremo otomano a bordo de la poderosa galera almirante otomana, conocida entre los cristianos como la *Sultana*. *"Sería mejor no combatir. Los cristianos son más poderosos [...] Hay que tener cuidado con sus galeazas. Además, tras la montaña todavía queda otra escuadra.»²³*

Ni que decir tiene que el kapudan pachá desatendió estos consejos. Comenzó por enviar hacia el ala izquierda cristiana a un marino distinguido, azote de los venecianos: Suluk, bey o gobernador de Alejandría; llamado El Siroco por los cristianos. Se precipitó de inmediato, frente a unas sesenta galeras, sobre las "amarillas" de Agustín Barbarigo.

Contra el ala derecha coligada, las cincuenta y tres "verdes" del genovés Doria, lanzó el turco una terrible escuadra. Cerca de un centenar de galeras al mando de Uluj, entre ellas su flota de galeras corsarias, unos ominosos navíos, rápidos como el viento, a bordo de los cuales hasta los remeros no eran sino aguerridos piratas.

En los kilómetros centrales del frente, la aproximación de ambas fuerzas era más lenta, y el combate se basaba sobre todo en el intercambio artillero, con más fortuna para las galeras cristianas con sus espolones serrados.

Mientras, comenzaban a embestirse sin piedad las galeras de Suluk y las de Barbarigo, quien acabó viendo su capitana irremisiblemente rodeada por seis galeras del egipcio, que volcaban sobre ellos un incesante tornado de flechas, muchas de ellas envenenadas. Una vino a

acertarle de lleno al impetuoso almirante en el ojo derecho, hiriéndole de muerte; y otras tres pronto erizaban la armadura de su sustituto en el mando, Federico Nanni, que resistía con bravura. El combate era por momentos más y más cerrado, trabándose las galeras unas con otras; y bordeando de cerca algunas turcas, con habilidad increíble, los escollos de la costa de Etolia, embistieron desde atrás, según el plan maestro de Alí, la formación cristiana. A bordo de una galera de Génova presente en aquella zona, la "Marquesa", un oscuro infante del Tercio español de Don Miguel de Moncada, con un pelotón a su cargo era honrosamente herido de tres arcabuzazos del turco, en el pecho y el brazo izquierdo. Se trataba del inmortal Miguel de Cervantes Saavedra.

La galera del Proveedor Canale llegó a incrustarse en la de Siroco, cuyas huestes no cedieron un ápice sino hasta el instante en que llegaron Don Martín de Padilla y Don Pedro Velazquez llevando en sus diez soberbias galeras —de las "blancas" de Bazán— a los caballeros de Nápoles, e infantería del Tercio de Don Pedro Padilla. Poco a poco, milla a milla, los turcos son empujados contra la escarpada costa, y finalmente destrozados. Suluk el egipcio, al igual que su oponente Barbarigo, murió en la batalla.

Unas veinte millas (unos treinta y siete kilómetros) al sureste, en una espantosa inferioridad de dos a uno frente a los escuadra de Uluj, que se acercaba en una boga vertiginosa, Andrea Doria se percataba, turbado, de las inevitables consecuencias que traería su desobediencia a la advertencia de Don Juan. Entre su escuadrón y la Batalla seguía existiendo demasiado espacio.

A la cabeza de sus berberiscos y seguido de cerca por el resto de su escuadra, el rey de los corsarios sonreía; su astucia de zorro ya había detectado el hueco en la formación de los cristianos, y hacia allí se dirigía volando sobre las aguas. No se sabe si ya para entonces había decidido escapar con sus perros del mar, consciente de las escasas opciones tácticas de Alí; pero de una forma u otra era clara su inmediata intención de abrir brecha en el frente coligado, y coger seguidamente a todo el ala derecha cristiana en desventaja.

Las tres únicas galeras de los graves cruzados de Malta cerraban precisamente el cuerno derecho de la escuadra central de la Liga; y una milla al Sureste, las siete de la escuadrilla "azul" de reconocimiento, reintegradas a toda prisa a la formación, hacían lo propio en el flanco izquierdo de Doria. Unos y otros vieron cómo entre ambos se iban escurriendo, docena tras docena, las galeras de Argel —más de treinta— destacadas del resto de su escuadra en una mortífera cuña, haciendo fuego a discreción a su paso sobre las dos exiguas y heroicas escuadrillas. Las cuales, además, tuvieron la mala suerte de tener que plantarles cara a continuación —mientras el grueso de la escuadra de Uluj, algo rezagada, abatía en aquel momento su infernal ariete sobre todo el ala derecha—.

Ya volvían proas las tres de Malta y las siete de Cardona para perseguir a Uluj, cuando éste —advertido de la maniobra— se revolvió furiosamente junto a doce de sus mejores galeras corsarias contra la soberbia Capitana de Malta comandada por el mismísimo Gran Maestre de la Orden de los Hospitalarios, Justiniano, cuyo valor

simbólico era enorme para la moral de ambos ejércitos desde el asedio del fortificado islote hacía seis años. Representaba para unos la resistencia de la Cruz —personificada en sus caballeros— frente a un adversario casi todopoderoso; y para otros no era sino el trofeo cuya posesión demostraría lo inútil de dicha resistencia frente a los divinos designios de guerra del Heredero del Profeta.

Lo más granado de los caballeros de San Juan u Hospitalarios, a bordo de la misma, pudieron ver cómo se precipitaba sobre ellos la galera insignia de Uluj junto a las otras, un instante antes de ser literalmente barridos por un torbellino de flechas, arcabucería de gran calibre y bombas incendiarias.

Las “azules” de Cardona se dejaron dos terceras partes de sus dotaciones en el infernal combate que siguió. Solo cincuenta de los quinientos españoles del Tercio de Sicilia que acompañaban al general en su galera sobrevivieron. Las tres de Malta de los cruzados de Malta, tan odiados por los musulmanes, fueron exterminadas casi hasta el último hombre; y la capitana fue apresada y remolcada como trofeo con únicamente tres caballeros supervivientes —entre ellos el Gran Maestre— destinados, por supuesto, a una larga tortura.

En aquellos momentos, Uluj había partido en dos a la flota coligada y tenía a su merced el ala derecha de A. Doria, la cual castigaba duramente el grueso de sus navíos:

«Hace girar su galera como un jinete un caballo de circo. Vira y revira, hace disparar sus arcabuces y cañones contra el adversario, primero contra el de la derecha, luego contra el de la izquierda[...].»²⁴

Podía además el soberano de Argel atacar la retaguardia del centro cristiano operando “en tenaza” con el grueso de la flota turca, que se disponía a atacarlo por el frente.

Pero entonces se encontró frente a frente ni más ni menos que con con la escuadra “comodín” de Bazán; el cual, ordenó de manera fulminante a su “Guzmana” interceptar, con los remos abatidos, a la remolcada galera insignia de Malta, metiendo en ella abundante gente de armas de los Tercios. El caudillo berberisco no se quedó atrás y lanzó a los corsarios al abordaje sobre la misma, oleada tras oleada, hasta que reconquistaron su extensa y destrozada cubierta, sobre la cual ya se amontonaban los cadáveres como mieses segadas, vomitando los imbornales cascadas de sangre.

No se resignó tampoco el Marqués de la Santa Cruz a dar por perdido el emblema de los cruzados —para entonces reducido a poco más que una enorme y humeante tablazón en ruinas—; y en un ataque casi suicida, consiguió arrollar el cable del remolque, recuperando la galera definitivamente y barriendo su cubierta las descargas atroces de los arcabuceros. ¡Y milagrosamente, el Gran Maestre Justiniano fue rescatado vivo!

Uluj, viéndose tan entorpecido en su avance contra la retaguardia del centro coligado, dispuso a sus corsarios para una retirada por sorpresa unas cuantas millas más hacia altamar.

Las fuerzas de Doria trababan para entonces un combate espantoso con el resto de la escuadra de Uluj. En esos momentos, hallamos al propio

General de Génova encaramado sobre el estanteral de su galera, animando la acometida de los suyos con grandes voces, cuando una bala o una palanqueta turca hizo pedazos a su paje de armas, que se hallaba a su lado, y a él le roció de sangre. Otro impacto, quizás de una encadenada, hiere gravemente al noble Octavio Gonzaga, destrozando a gran parte de su séquito, incluidos sus dos pajes de armas. Mientras, Uluj, con sus más de treinta galeras escogidas, a base de toda un exhibición de pericia naval con falsas retiradas, disparos de pólvora al aire que lo ocultan tras densas humaredas, y contraataques relámpago, se iba alejando más y más.

La leyenda posterior, y una mayoría de historiadores que, ignorando los inconmensurables archivos españoles —aún hoy no estudiados en sus totalidad— se basaron fundamentalmente en fuentes venecianas, ha criticado duramente la actuación de J. Andrea Doria. Se le ha echado en cara un excesivo celo de la integridad de las galeras genovesas —algunas de las cuales eran de su propiedad particular—; y derivado de esto su dejadez en atender a la cohesión del frente, permitiendo el ariete y posterior huida de Uluj.

Lo cierto es que —además del hecho de que tanto él como sus fuerzas se batieron con el valor que les cumplía— hubieron de hacer frente a una escuadra mucho más numerosa, en proporción, que la les tocó en suerte tanto a Barbarigo como al propio Don Juan. Y, si bien cometió el grave error de dejar un “hueco” a la izquierda de sus fuerzas, su cuerno derecho, por el contrario, ganó la carrera a los turcos en los primeros momentos, cerrándoles por completo desde el principio la desembocadura del Golfo. A este último afán, de capital importancia, podría atribuirse su incumplimiento parcial del consejo de Don Juan.

Hemos visto cómo, en los dos extremos del frente de batalla —especialmente en el izquierdo cristiano—, la superioridad de los coligados se iba, poco a poco imponiendo a la del Gran Turco. Esta superioridad se fundaba en varios puntos, sobre los cuales no se insistirá bastante en este reducido texto, por más que se mencione. Tanta fue su importancia.

En primer lugar, como ya se ha descrito, la carencia de espolones hacía mucho más efectivos los pesados cañones de crugia a proa de las galeras. Además, al tratarse de naves de escaso puntal —sobre todo las españolas—, batían sus cañonazos a los barcos otomanos, mucho más altos y estrechos, desde abajo. Las parábolas de las piezas turcas, por el contrario, les pasaban casi siempre por encima amenazando sólo a los castillos, estanterales, velas y árboles.

Por si fuera poco, las galeras cristianas estaban mejor provistas que sus oponentes de artillería de medio calibre:

«Tengo por muy provechosos ciertos esmerillones, como falconetes, puestos en crugia sobre caballetes, que se pueden girar de una parte a otra y jugar por encima de la pavesada, porque esta artillería menuda puede hacer muchos tiros, y la gruesa, no, por el peligro con que saldrá el artillero a cargar.»²⁵

Los arcabuces de los soldados turcos eran usualmente de mayor calibre que las del resto de infanterías, pero el porcentaje de arcabuceros en sus fuerzas era bastante

menor que entre los coligados, especialmente en los Tercios hispano—italianos, donde casi cada infante de marina era un arcabucero. Un tiro de estas terribles armas dejaba fuera de combate a varios enemigos, mientras que los arqueros turcos, por más que envenenaran sus dardos, se contentaban con un blanco por disparo.

Las empavesadas y arrumbadas que fortificaban torvamente las bordas de las galeras de España y en menor medida las de Venecia, y de las que carecían la mayoría de navíos del Sultán, constituían una excelente protección contra el tiro de los arqueros y los fluidos inflamables de las alcancías.

Todas estas carencias, como podremos comprobar, llevarían finalmente a los turcos a jugarse el todo por el todo, en las fases críticas de la batalla, a una sóla carta: el abordaje, el cuerpo a cuerpo entre los infantes. Y es justamente aquí donde se le revelaría al turco la última de las ventajas de los coligados.

Y es que los Tercios se revelaron, hombre a hombre, como toda una fuerza de élite que, perfectamente distribuida por toda la flota, no encontraría oponentes de su talla en las huestes de la Sublime Puerta, ni tan siquiera en los temidos berberiscos. Tan sólo los jenizaros podían plantar cara con garantías a aquellos combatientes, y su número no fue lo bastante elevado, en Lepanto, como para resultar decisivos.

A bordo de su descomunal galera almirante, rodeado de una escolta imponente de jenizaros escogidos, de los generales y grandes señores de la guerra que constituirían su estado mayor, y flanqueado por sus dos hijos, el kapudan pacha recibía el parte de la situación en los cuernos de la flota. El plan inicial de envolvimiento se revelaba difícil de culminar, pero la situación global distaba mucho de inclinarse en contra suya. El grueso de la flota se extendía tras él y a su alrededor, y el horrísono griterío que poblaba el aire indicaba el ansia de sus huestes por entablar la lucha. Ordenó entonces el ataque total contra la “Batalla” o centro cristiano y por fin la boga de ariete se impone a lo largo y ancho de todo el centro turco.

A escasos cientos de metros frente a él, a bordo de la galera Real de España lanzada en un vertiginoso avance, con el joven Archiduque de Austria sobre el puente, se divisó de pronto a la mastodóntica Sultana evolucionando directamente hacia ellos. Alí reconoció los tres gigantes fanales que remataban la popa de la Real, así como el estandarte de la Liga tremolando horizontalmente a mitad del árbol, todo a lo largo de los casi cien metros de cruja. Junto al yerno del Sultán se precipitaron siete altas galeras cuajadas de vociferantes guerreros.

Desde la “Guzmana”, Don Álvaro de Bazán vio la inminencia del choque y se apresuró a embarcar en la REAL a doscientos más de los Tercios. Cerca, más cerca. Una silbante tromba oscura surgió súbitamente de la galera turca y cubrió los cielos. Miríadas de flechas hicieron impacto un segundo después. El rumor de la boga en la Sultana cesó; los enormes “peines” de sus remos se elevaron sin besar las aguas, preparando una embestida apocalíptica.

Los remos de la Real estallaron en un torbellino de astillas mortales y un crujido espeluznante ensordeció de pronto todos los oídos. El monstruoso espolón reventó las

cuadernas como corteza quemada. Atravesó uno, dos, tres, hasta el cuarto banco de remo antes de detenerse, chorreando agua de mar tan roja como la sangre y despojos.

La proa turca entera quedó destrozada como un gigantesco muñón, tras el cual apareció de pronto una muchedumbre de guerreros colosales, con extraños yelmos trapezoidales cubiertos de blanca tela; se abalanzaron sobre la cubierta cristiana, pisoteando los restos de cadáveres de uno y otro bando destrozados por la embestida. *"El tronar de los cañones es tal que nadie puede imaginarlo ni describirlo [...] Nosotros no descargamos nuestros cañones hasta que estamos al abordaje."*²⁶

El Comandante Supremo Alí se percató en aquel momento de la terrorífica ventaja de la artillería cristiana; decidió empeñarse totalmente en la carga directa, el abordaje y el degüello, y a tal objeto ordenó a las galeras que le flanquean que se traben por popa con la Real y otras grandes capitanas de la Liga que ya se acercaban en apoyo de Don Juan.

Cardona llegó entonces desde el ala derecha con sus maltrechas “azules”, y se precipitó a contener a los turcos perdiendo casi medio millar de hombres, junto a todos sus capitanes y oficiales. También en el centro irrumpió Martín de Padilla con catorce magníficas galeras de España, rindiendo en su primera embestida cuatro galeras turcas. Justo al mismo tiempo se precipitó en apoyo de Alí el corsario Karakush, acometiendo a Don Juan con diez fortísimas galeras y dos galeotas, cargadas todas con guerreros de primera clase: un orta completa de jenizaros de los más agurridos, cien arqueros y trescientos arcabuceros. La ferocidad en los combates en este centro neurálgico de la batalla comenzó a tomar caracteres irreales. La Real de Don Juan fue acometida por todos lados excepto por la popa. Y los trescientos arcabuceros de su dotación, codo con codo con el medio millar de hidalgos aventureros españoles e italianos que, a bordo de la galera Real concurrían a la batalla sin cobrar un céntimo y por completo a su costa, cerraron un fuego espantoso sobre los asaltantes. La Capitana de Don Luis de Requesens, la Capitana de Veniero, las de los Príncipes de Parma y de Urbino, fueron abordadas cada una por dos o tres turcas que vomitan sobre ellos aludes de soldados.

Arrojándose hacha en mano sobre las empavesadas, con el Alí es grande en los labios, o corriendo hacia la muerte sobre los espolones, como abrazándola con ansia, los jenizaros atacaron de pie, olvidados de formaciones y tácticas, siempre buscando el uno contra uno, que es donde desencadenan todo su potencial. Las almendras de los imperturbables pelotones de arcabuceros los destrozaron a decenas, a cientos. De súbito, lo inconcebible pareció suceder: los cerrados pelotones de infantes cristianos se deshicieron; ya hay jenizaros a bordo, trabados con los hidalgos e infantes en una sangría infernal. Las hachas, las mazas, los martillos de armas se elevan y descienden mecánicamente. Aquel que se rinde, o que se cansa, es inmediatamente degollado o machacado.

En la espaciosa popa, bajo el gran estanterol y con la espada en la mano, el Almirante en Jefe Don Juan de Austria gritaba órdenes y alientos; Don Lope de Figueroa comandaba a los arcabuceros del castillo de proa; en el fogón, Don Pedro Zapata con otros cincuenta; y

otro medio centenar en el esquite a las órdenes de Don Luis Carrillo; todo alrededor: el infierno. Don Bernardino Cárdenas cayó bajo las hachas jenízaras. El mismo Don Juan llega a ser herido en un pie, lo que levanta rugidos de ira entre la infantería, que redobló, si cabía, su esfuerzo. El resto fue un caos indescriptible, una matanza demencial en la que los hombres de los Tercios fueron rechazando a los turcos hasta amenazar con penetrar ellos en el buque insignia otomano. Sebastián Veniero pareció rejuvenecer a bordo de su galera. Seguido por Colonna, almirante del Papa, y Contarini, echaron a pique una de las galeras otomanas más poderosas. Mientras, las ágiles fustas turcas sorteaban por todas partes a las galeras en liza, trayendo y llevando soldados sin descanso. La capitana de Álvaro de Bazán irrumpió en el centro del combate, embistiendo a una de las de Karakush, y exterminando hasta el último guerrero de su dotación de jenízaros, metiéndose Don Álvaro en persona en el fragor bestial del cuerpo a cuerpo. Murió a su lado el capitán Rutia, pero una nueva unidad turca fue pasada a cuchillo. Arrollaron con su galera las fustas enemigas, haciéndolas pedazos, no sin rendir varias. Cardona trabó por su parte un nuevo duelo, esta vez con la mismísima Capitana de Pertev, el segundo entre los turcos. La acabará rindiendo junto a Paulo Jordán Ursino en medio de crueles combates. El mismísimo Príncipe de Parma llegó a saltar, olvidándose de su séquito, sobre la atestada cubierta de una galera enemiga. ¿En solitario? No, le acompañó un único soldado español, Alonso Dávalos. Ambos sobrevivirán para ver la galera rendida; y aun para dar con la suya buena cuenta de otros dos navíos más...

Un velo escarlata cubrió las confusas dos horas siguientes, en las que la balanza de la lucha, tan centrada en la suerte de los buques insignia, permaneció indecisa.

A bordo de la Real se efectuarían varias entradas en la Sultana, que fueron sistemáticamente rechazadas por las fenomenales fuerzas de élite de la Puerta, concentradas en aquel punto crucial de la batalla. “A la tercera fue la vencida”, y los arcabuceros pulverizaron a la última compañía de jenízaros a bordo del buque insignia de Alí, para a continuación lanzarse a una orgía de sangre sobre la escolta y el estado mayor turco.

La imponente figura del *Kapudan Pacha*, cubierta con un suntuoso caftán bordado con pedrerías y un alto copete de blancas plumas sobre el orgulloso turbante, se precipitó desde el puente, como un muñeco roto, sobre la crugía de la nave, destrozado por los arcabuzazos. Allí, un remero desherrado que consiguió abrirse paso le cortó la cabeza y se la llevó a Don Juan, el cual, asqueado, mandó arrojarla a las rojas aguas.

Comenzó a elevarse entonces, por vez primera en las filas cristianas, un vocerío creciente. No desabrido y feroz como el aullido de ataque del turco, sino recio y quebrado: el clamor ronco y cansado de la victoria.

Los hijos de Alí, de trece y dieciséis años, cayeron prisioneros y Don Juan, tomándolos bajo su protección, ordenó se les tratase de forma cortés, de acuerdo con su rango y dignidad. Procedió entonces a arriarse el torvo estandarte otomano, que ellos denominaban Sanjak, alzándose en su lugar el de la cruz de Cristo; lo que contribuyó a propagar a zonas más alejadas del combate la caída del caudillo turco.

La jornada, no obstante aún distaba de pertenecer al bando coligado. Karakush resistió impasible, en su galera capitana, ante los gritos de victoria, y con él sus bestiales jenízaros; hasta ceder largo rato después ante los hombres del capitán Juan Bautista Cortés.

Los navíos turcos se rendían uno tras otro por todas partes, faltas sus tropas de moral y arrollados por los tercios; rebelándose los remeros cristianos esclavizados en muchas de ellas. Estos últimos enloquecían al ser desherrados, abalanzándose sobre sus torturadores y entregándose a la matanza aún sobre los turcos que declaraban su rendición.

Lejos del aniquilado centro turco, Uluj todavía desafiaba a los cristianos con cierta ventaja, a través de las fulgurantes maniobras de su escuadra corsaria. Nadie sobrevivió a bordo de la San Juan, del Papa, ni de la también pontificia de los Caballeros de San Esteban arrasadas por los berberiscos. Un último intento de persecución por parte de los coligados, tuvo que ser pronto abortado ante la absoluta imposibilidad de mantener el endiablado ritmo de la boga de los perros del mar. El rey de los corsarios volvería a sus rapiñas, con sus galeras berberiscas prácticamente intactas.

Algo más de cinco horas había durado la batalla. De los centenares de navíos turcos, tan sólo escaparían cincuenta —sin contar a los berberiscos—, la mayoría destrozados y haciendo agua. Unos 130 fueron capturados en buen estado por los cristianos, y en ellos más de 400 cañones; tres millares de esclavos turcos fueron liberados, y unos 15.000 esclavos cristianos, entre ellos 2.000 españoles. Las bajas militares elevaban hasta las 15.000.

Se hicieron unos 10.000 prisioneros —unos dos tercios de los cuales escaparía a tierra durante la confusión de los últimos estertores de la batalla—. Entre los que no lo hicieron, se contaban unos doscientos grandes señores osmanlíes; treinta gobernadores o beyes; ciento sesenta bajás y capitanes de fanal; el Canciller Mayor del Imperio, y los dos hijos de Alí, como ya vimos.

Las pérdidas de Venecia fueron las más importantes entre los coligados con catorce galeras hundidas. Del mismo modo que dos galeras papales, y una de los caballeros de Malta. España no perdió ninguna; tal fue su superioridad frente a las galeras turcas.

De los 8000 hombres que hallaron la muerte en las filas cristianas, unos 2000 eran españoles, aproximadamente 800 del Papa; además, resultaron heridos en combate unos 14.000, de los cuales 4.000 morirían sin remedio a los pocos días.

Nuevos temporales mecieron las aguas, negras y grumosas aún durante muchos días; y el tenebroso océano vomitó sin cesar los horribles despojos del combate, amontonándolos en las costas vecinas: tan sólo una mínima parte de lo engullido para siempre por los insaciables abismos.

*But Don John of Austria has burst the battle-line!
Vivat Hispania!
Domino Gloria!
Don John of Austria
Has set his people free!*

Chesterton

NOTAS AL TEXTO:

1. Habrían de transcurrir aún otros dos siglos y medio para que hubiese de nuevo sobre la Tierra un área geográfica tan extensa y densamente poblada como el imperio de Roma.
2. Lamentablemente, los datos de geografía humana, demografía, economía, etc.; referentes a zonas de ámbito musulmán son todavía más aproximados y menos fiables —excepto los referentes al ejército y armada de guerra otomanos— que las que se conocen de las zonas cristianas. Además existe una lamentable escasez de traducciones de los trabajos de historiadores turcos.
3. Padishah o Sultán.
4. El poder militar de Francia, principal aliado del Turco en aguas occidentales, había sido reducido a cenizas en dos derrotas sucesivas y aplastantes a manos de los tercios hispanoalemanes de F. de Saboya y las huestes flamencas del C. De Egmont. Las acciones de San Quintín (1557) y Gravelinas (1558) condujeron a Francia a los acuerdos, que si bien no fueron, sorprendentemente, excesivamente gravosos para los vencidos, sí los excluían totalmente del espacio marítimo.
5. FERDINANDY, MIGUEL DE: Felipe II. Esplendor y ocaso del poderío español. Barcelona, Edahasa, 1988, pág. 297.
6. Capital —guarecida por colosales defensas artilladas y una flota invencible— de un verdadero estado corsario, a las órdenes de un “rey”, a su vez vasallo de la Puerta. Reyes piratas venían sentándose en este trono desde que en 1518, Kheir—Al—Din, hermano de Aruch Barbarroja, desalojara a los españoles de las fortalezas del puerto.
7. Bailía de los legendarios Cruzados, otorgada por el Emperador Carlos V tras la conquista —por las tropas de Solimán “El Magnífico” —de los bastiones de la Orden en Rodas, en 1522.
8. P. LUIS FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA. “España en tiempo de Felipe II. Vol II (1568-1598), Cap. IV, en R. M. PIDAL, “HISTORIA DE España”, Vol. XXII, Espasa-Calpe, Madrid, 1988.
9. SERRANO, LUCIANO. España en Lepanto, Madrid, Swan, 1986, pág. 72.
Y en Ferdinandy, pág. 295: “Pero incluso esta poderosa ciudad se vio muy pronto obligada a reconvertir los enclaves y adquisiciones territoriales en un sistema de líneas defensivas. [...] tuvo que cooperar (con España) sobre todo cuando escaseaba el trigo”.
10. P. Serrano, Caps. I-V, y M. Pidal, Vol. XXII, Cap IV.
11. Los otomanos sufrieron ante los muros más de cincuentamil bajas, repuestas en pocos días con una rapidez que aún hoy causa, si no pavor, asombro. El comandante veneciano de la plaza, que capituló habiendo agotado los medios de resistencia y bajo la promesa de conservar la vida, fue desollado vivo.
12. Kapudan Pachá.
13. "...dejando en ellos sino las mujeres para cerrar las puertas de las casas, según un testigo de vista ...", en P. Serrano, pág. 134
14. Poseedor de una experiencia bélica casi inabarcable contra los berberiscos. Tuvo además una brillante actuación como responsable de la rotura del cerco marítimo otomano en Malta.
15. Correspondencia del viejo almirante Don García de Toledo, a Don Juan de Austria en Mesina, agosto de 1571, en P. Serrano.
16. Excepto, como ya se ha dicho, en la tercera de reserva de A. De Bazán. Las “blancas”, flor y nata de la escuadra.
17. La crisis estalló cuatro días antes de que se avistara por sorpresa a los turcos y diera comienzo la batalla. A bordo de una galera veneciana se produjo un desafío seguido de reyerta entre un capitán de infantería veneciano y otro italiano de los tercios del Rey. Enterado Veniero, decretó el ahorcamiento fulminante del segundo. Todo el tercio italiano amenazó con el motín, si el único capacitado para ejercer de juez en los litigios como Almirante en Jefe, es decir, Don Juan de Austria, no vengaba la injusticia. Éste, astutamente, pospuso el castigo al almirante veneciano hasta después de la batalla; pero le sustituyó al frente del ala izquierda por el Proveedor Barbarigo. Tras la victoria, Don Juan le perdonó, y el viejo Veniero le abrazó llorando.
18. Carta de Don Juan de Austria a Felipe II, en P. Serrano.
19. Centro de la formación total.
20. En Dumont, pág. 59
21. Correspondencia de Don García de Toledo a Don Juan de Austria en Mesina, Agost de 1571, en R. P. Serrano
22. *Ibidem*.
23. Extracto del diario de Aureli Scetti, testigo presencial, Biblioteca Nacional Marciano, Venecia, en Dumont, pág. 62
24. Girolamo Diedo, testigo presencial, correspondencia, Venecia, 1585
25. Correspondencia de Don García de Toledo a Don Juan de Austria en Mesina, agosto, 1571, en R. P. Serrano
26. Onorato Caestani, testigo presencial, en Dumont, pág. 68



Ilustración n.º 1: Guerrero musulmán



Ilustración n.º 2: Infante de los tercios



Ilustración n.º 3: Cruzado de Malta, oficial



Ilustración n.º 4: Jenízaro



Por Jesús Chacón,
El Celtíbero Pagano

Un nuevo despertar



nmerso en la oscuridad lo primero que sintió fue el palpito de la sangre en sus sienes. A continuación el corazón empezó a latir veloz, apresurado, como si supiera del tiempo limitado de su existencia, el número de días exacto que le quedaba. El helado viento de las montañas le despertó de su negro sueño.

El dulzón sabor de la sangre embriagaba su paladar y, al abrir los ojos, los últimos rayos de sol le obligaron a entornar los párpados. Estaba boca abajo, tendido sobre la nieve. Se incorporó y, sin conocer la causa, apretó los puños, clavando sus uñas en el interior de las manos. La poderosa figura del vikingo se recordaba contra los sublimes picos nevados. La nieve caía, uniéndose a la tupida alfombra que cubría el monte. Todo su ser rezumaba rabia. Una salvaje ira cuya procedencia no conocía. Se encontraba confuso y perdido. Sólo recordaba su nombre y su deseo de venganza.

Víder, que así creía recordar llamarse, se observó como si nunca se hubiera visto, como a un desconocido. Era alto, fuerte y proporcionado. Vestía un taparrabos y unas polainas de piel de lobo, así como una camisola de malla llena de rajaduras. Su larga melena, de un intenso color castaño, estaba manchada de sangre seca y le azotaba la espalda cuando bajaban los helados vientos desde las cimas de las cumbres, acaso arrojados por gigantes de granito y lava. Los rasgos de su cara eran rectos, de nariz afilada, piel clara y quebrados labios. Descubrió también sangre seca en su cuello y en la parte posterior de su muslo derecho, mas no parecía haber indicios de que fuera suya, pues no tenía heridas de ningún tipo y se encontraba descansado. Aún más, se acertaba invencible.

Allá abajo, cerca de la montaña en que se encontraba, había una rústica granja, formada por unos cinco o seis edificios rodeados por un palenque alzado sobre una cuesta artificial de tierra. Los rayos del mortecino sol la bañaban, sonrojándola. Como el color de la sangre se le antojó a Víder, esbozando una débil sonrisa. Sin saber tampoco la causa sentía un gran odio por aquellos que se encontrasen en el interior.

Apretó las mandíbulas y golpeó el tronco de un abeto, ignorando el dolor en sus nudillos sangrantes. La rabia que hervía en sus venas estaba dirigida hacia los habitantes de esos hogares. Quizás cualquier otro se hubiera parado a meditar lo que le estaba ocurriendo... Quién sabe si no era su propia casa la que veía allí abajo. Era posible que tuviera allí familia o amigos... Pero no, algo en su interior descartaba esa posibilidad. Allá sólo había enemigos causantes de un gran dolor que debía redimir por medio de brutal venganza. Cada fibra de su ser era una partícula de furia y violencia gritando por salir, por explotar. No necesitaba más respuestas para saber que esa misma noche mataría o moriría.

Aquella empalizada no era tan alta como le había parecido en un principio, sería fácil trepar por ella. Un solo guardia, armado con lanza, espada y escudo, la custodiaba recorriéndola de un extremo a otro: aprovecharía el momento en el que estuviese más alejado para abordarla.

Oculto tras una roca, a unos cuarenta pasos de la empalizada, esperó hasta que el guardia estuvo lejos. Salió de su escondite y corrió veloz, a pesar de la densa capa de nieve que cubría el suelo. Cuando se encontraba cerca de la empalizada saltó, aprovechando el impulso de su carrera; se agarró a los salientes, flexionó los codos, introdujo un brazo y una pierna y se aupó hasta la cima.

Su corazón volvía a latir con renovadas fuerzas, como un lejano tambor marcando el ritmo de viejos rituales de guerra, pactos de su pueblo ante severos dioses. Imágenes difusas y relampagueantes acudían a su cabeza, aturdiéndolo. Vio gran número de espadas en alto, oyó el bramido de guerreros exaltados por la sed de sangre. En el

centro de ellos, una figura que no podía distinguir con claridad se alzaba como un ídolo para aquellos salvajes.

La visión se desvaneció. Reparó en que necesitaba armas. Rodó sobre sí mismo, sobre la plataforma de la empalizada. Cayó dentro del recinto y se escondió bajo ella, esperando a que pasase de nuevo el guardia.

No tuvo que aguardar mucho para poder oír sus pasos. Víder se preparó para el ataque. Al pasar por encima de su cabeza saltó, tomándolo del tobillo derecho. El guardia cayó, sorprendido, golpeándose la cabeza protegida por un casco de hierro. Víder le pateó la cara, rompiendo dientes y mandíbula, impidiéndole el grito de alarma, se abalanzó sobre él y le quebró el cuello entre sus manos.

Tomó las armas de su primera víctima. Aquella primera muerte le proporcionó un enorme placer e intensificó la rabia.

Agazapado, de sombra en sombra, fue introduciéndose más y más en el hogar de sus enemigos. El sol había desaparecido por completo; la noche traía un velo de intenso frío. Las alimañas saludaban a la luna y bestias lejanas aullaban presentando, como venía siendo habitual desde el principio de los tiempos, su fiel vasallaje a la dama plateada. Por occidente unos negros nubarrones anunciaban que Thor se acercaba al lugar donde tendría cita la matanza.

No había nadie por los alrededores, mas una frenética música llegaba tenue hasta sus oídos. Provenía del interior de una de las casas más alejadas de la puerta, por lo que se fue acercando a ella con sigilo y precaución. Ansiaba encontrarse con otro guerrero, a quien mataría sin vacilación alguna. Así lo sentía en su interior, no necesitaba respuestas.

Llegó hasta el final del cerco de la empalizada. Allí, contra ella y levantada sobre una pendiente por vigas de unos pocos pies de altura, se erguía la casa mayor. Un gran edificio de madera de abeto y techumbre de paja y césped, cuyas únicas ventanas eran los espacios abiertos en el techo para la salida del humo. Una escalinata daba acceso a la única puerta, doble, ornamentada con cráneos humanos y cornamentas de diferentes bestias. La alegre música provenía de ella. Parecía que se celebraba una gran fiesta, quizás una boda, un día sagrado. Daba igual. Lo importante era que dentro se concentrarían todos los guerreros y ello le facilitaría su oscura tarea de muerte y venganza.

La música era acompañada por obscenos cantos y atronadoras y ebrias risas que le encolerizaron aún más. De repente, al escuchar un gutural sonido, se giró sobre sí mismo, alerta, con todos los músculos en tensión. Se trataba sólo del mugido de unos bueyes en un cobertizo cercano. Una idea se dibujó en su mente. Fue hasta ellos y no muy lejos encontró una fuerte cuerda y un yugo. Unció los bueyes y les anudó la soga.

A pesar de sus quejas los sacó a la fría noche y los acercó al caserón. Ató el extremo libre de la cuerda a los puntales que lo alzaban del suelo.

A través de un agujero entre las juntas de los maderos del suelo, pudo ver el interior de la sala. Era una gran fiesta. Todos los granjeros pertenecientes a una misma familia estaban alrededor de unas alargadas mesas, que formaban un rectángulo abierto por uno de sus lados. El fuego ardía en el centro y no lejos de las llamas habían depositado un gran botín. Espadas, escudos, pieles, tejidos, orfebrería... Objetos que provocaron un sentimiento amargo en el corazón de Víder. La fugaz imagen de un hombre, barbudo y fuerte, vestido con una de esas pieles, sacudió su cerebro. También la de una mujer, alta y bella, de melena rojiza, vestida con algunas de esas joyas, o la de otro guerrero, lleno de cicatrices, portando uno de esos enormes escudos color azul y plata... Visiones que le hacían sentir aún más enojado.

Contempló a los guerreros que se emborrachaban entre los brazos de sus mujeres y esclavas. Eran hombres fornidos, de

espesas melenas y luengas barbas. Vikingos del interior de Escandinavia, acostumbrados a las escarpadas cumbres y a la lucha contra los trolls de los glaciares. Vider se tuvo que contener para no entrar de lleno en la casa y empezar la carnicería. Así hubiera matado a muchos, pero al final hubiera caído por el peso del número. Dentro había casi veinte guerreros, todos poderosos y temibles. Respiró hondo, pidió fuerzas a Odín, Thor y Týr, y se concentró en atar la cuerda a la viga.

Cuando se disponía a salir de debajo de los fustes oyó cómo se abría la puerta. El corazón se le encogió. Notó por encima de su cabeza unos pasos y escuchó un sonoro eructo, seguido de una ininteligible maldición. Un vaporoso chorro de orina cayó sobre la nieve. Si el borracho vio a los bueyes no le pareció extraño, pues al terminar volvió al interior.

Vider, aliviado, salió, empezó a hablar a los bueyes como si éstos pudieran entenderle y les golpeó para que tirasen con fuerza. Al segundo intento los animales se llevaron la viga, con estruendo desgarrador. En principio no ocurrió nada, la casa se mantuvo en pie y la música continuó, pero quizás por la cantidad de personas en su interior, al final se vino abajo. Los troncos rodaron siguiendo la pendiente, hasta chocar contra las demás casas, y los gritos de los aplastados, ignorantes del peligro que les acechaba, acompañó al sonido de las astillas y de las maderas al quebrarse. Unas llamas prendieron en los escombros y una bestia salvaje, con los recuerdos diluidos por el capricho de los dioses, se abalanzó contra los que pudieran haber sobrevivido al peso de las vigas y los troncos.

Portando lanza y escudo se internó entre las aún inseguras vigas, gritando hasta desgarrarse la garganta, inmerso en un pagano ritual. Sin piedad empezó a hundir la punta de su lanza en aquellos moribundos apesados entre los escombros. Los gritos de los heridos llenaron la fría noche montañesa. Regueros de sangre se expandían pendiente abajo, desde aquel improvisado altar de la venganza.

Mientras mataba, Vider descubrió en su interior nuevas imágenes de un pasado incierto. Otro ataque, pero no de sólo un hombre contra toda una tribu, sino de un grupo de guerreros asesinando las gentes de un pequeño caserío, de madrugada. Los niños eran desmembrados o pisoteados por los caballos, las mujeres arrastradas por el pelo y violadas incluso estando muertas. Sólo aquellos que empuñaban un arma podían morir de forma rápida, sin que su dignidad fuera humillada por crueles torturas. No había posibilidad de vencer: el número de los defensores era mucho más reducido.

Esta visión renovó la rabia de Vider. Un guerrero surgió de entre los maderos y se abalanzó contra él, con una pesada hacha. Se alegró de enfrentarse a guerreros capaces de combatir: así podrían contar a sus compañeros, cuando se encontrasen con ellos en la Tierra de la Sombra, quién fue la guadaña de su existencia.

Dio dos grandes pasos y arrojó la lanza contra su enemigo, que cayó de rodillas, atravesado. El vengador se disponía a recuperarla cuando se percató de que estaba rodeado por cuatro guerreros más. Le gritaron en palabras que no entendió pero de evidente significado. Dos blandían espadas, un tercero aferraba hacha y escudo. El cuarto, un hombre enorme, cubierto de oscuras pieles y cuyo rostro, cubierto por un yelmo de agudas astas, estaba ensangrentado, esgrimía a dos manos un garrote con afiladas púas. Una fría visión sacudió la mente de Vider. Recordaba cómo ese mismo garrote bajaba una y otra vez en el ataque al caserío. Bajaba sin piedad, aplastando la carne y quebrando los huesos. Desenfundó la espada, la apuntó hacia él e hizo un juramento ante la luna, que los observaba cual ventana de dioses y gigantes.

Vider rió, lleno de poder y fuerza. De alguna manera sabía que su búsqueda culminaba allí. Caprichosos espíritus habían conservado la vida del guerrero de la clava para que pudiera matarlo con sus propias manos. De repente sus ensoñaciones se cortaron como

la piel por el cuchillo, ante el inminente embate de los enemigos.

El solitario vikingo alzó el escudo, parando el ataque del hacha, y con la espada bloqueó otro acero. Retrocedió cuidando de no tropezar con los muertos y paró un tercer golpe con el escudo. Alzando su rodilla golpeó la entrepierna del último atacante y le rompió los dientes con la empuñadura de su espada cuando bajó la guardia. Pinchó casi a ciegas, atravesó un ojo y llegó hasta el cerebro. Tras caer el cuerpo sin vida recibió la acometida de los demás. Una espada golpeó sobre el escudo, haciendo vibrar todo su cuerpo, y el hacha golpeó de lleno en su costado derecho; sólo la cota de malla impidió que el tajo le destrozara los riñones.

Vider observó que el más grande de ellos, el que portaba el garrote de clavos, se mantenía atrás, exhortando a sus hombres. Sin duda era el jefe de aquella granja.

Las llamas tomaban forma a cada segundo, no lejos de donde se encontraban luchando. En ellas, Vider creyó ver rostros familiares, que le alentaban a seguir, incluso exigiéndoselo. Entre el fuego también descubrió a un joven guerrero, de larga melena rizada, cayendo ante el filo de un hacha y una espada... Era su hermano. ¡Venganza!, oyó gritar en su cabeza. Con los dientes apretados y el espíritu plétórico de un lejano poder, cortó de un revés la cabeza del guerrero que le había herido. Gotas de sangre salpicaron su cara, llenándole de una pagana satisfacción. El último contendiente descargó su odio en repetidos ataques, sin orden ni control alguno. El miedo le había dominado y no paraba de gritar. Aullidos no como los de Vider, una bestia salvaje de las profundidades del bosque, sino como los de un pequeño animal asustado. Cuando abrió demasiado su guardia, Vider lanzó una estocada, hiriéndole en el abdomen. Alzó la espada y le cortó la cara, haciéndole trastabillar hacia atrás hasta que chocó contra el pecho de su jefe, quien descargó la pesada maza en su cabeza, convirtiéndola en amorfa pulpa. El cuerpo cayó a sus pies y lo apartó de una patada, sin ni siquiera mirarlo. Su mortal mirada se clavaba en la de Vider. Permanecieron así algún tiempo, en silencio, sólo roto por el ocasional quejido de algún moribundo o la brisa de la noche, que avivaba las llamas.

El poderoso montañés empezó a entonar una vieja canción de guerra. En las entrañas de Vider algo se removió; ya antes la había escuchado y su recuerdo le produjo un renovado odio contra aquel adversario.

Observaba atentamente a su contrario, los movimientos que ejecutaba acompañando a su canción. Giraba en pequeños círculos alrededor de sí mismo, alzando su garrote ora a siniestra, ora a diestra, realizando cierto ritual de guerra en el que tal vez llamase a sus antepasados para que le llenaran de fuerza o quizás a bestias olvidadas del bosque. Vider se mantuvo quieto mientras duró la danza, hipnotizado.

No era un guerrero normal, no al menos como los que había vencido hasta el momento. Deseaba matarlo, hundir su espada en sus entrañas y clavar su cabeza en una pica como muestra de su victoria. Su odio era tan grande que temía reventar en mil pedazos si no empezaban a combatir. De hecho no pudo reprimir su deseo de aullar a la luna, de rasgar su garganta en un brutal grito de guerra y amenaza primigenia. De las laderas cercanas respondieron ocultas bestias y aves nocturnas sobrevolaron sus cabezas, interrumpiendo el ritual del guerrero que se agazapó como si hubiera visto un demonio o un fantasma. Vider se abalanzó sobre él. Acertó con el primer golpe, pero las espesas pieles impidieron la herida. Con un gutural gruñido su enemigo lo apartó con el hombro, clavándose en el costado herido. Sólo la agilidad de Vider impidió que a continuación el temible garrote le arrancara la cabeza. Se apartó con un rápido salto y alzó la guardia. Su contrincante no se hizo esperar y arremetió. El escudo buscó desesperado al garrote, en-

contrándolo en una explosión de astillas y cuero y un vibrante dolor en los tensos músculos de su portador. Vider retrocedió unos pasos ante su peso, empujado aún por la maza, clavada en lo que quedaba del escudo. Un duelo de hombro contra hombro se impuso ante la negativa de alejarse cualquiera de los dos. Pronto Vider se dio cuenta de su error ante la superior fortaleza de su enemigo.

Sus alientos se insultaban entre sí en silencio y las desgarradas facciones se observaban entre las penumbras, el humo, el sudor y la sangre. Ambos sabían que estaban hechos de diferente materia a la del resto de los combatientes con los que se hubieran enfrentado. Un marcial respeto se removía entre el odio. Los dioses observaban, los gigantes de las montañas apostaban y sus antepasados cantaban en su honor. Mientras luchaban vieron el cielo cambiar, girando en torbellinos de luces imposibles, las estrellas caer como carros de fuego.

Vider alzó su brazo, en un amago de tajar el costado izquierdo, obligándole a sacar el garrote, de un fuerte tirón que llegó a desequilibrarlo. El joven guerrero lanzó un tajo alto que no llegó al objetivo, colocándole en una fatal posición que el montañés aprovechó. Fue tal el impacto, parado por los restos del escudo, que Vider llegó a poner una rodilla sobre el suelo, la vista nublada por el agudo dolor. El golpe desgarró la cota. Notó el quebrar de varias costillas. Tuvo suerte de que ninguna de ellas hubiera atravesado un pulmón.

De quedarse allí un segundo más su cabeza estallaría, pero no olvidaba su misión de venganza. Podría haberse apartado pero no lo hizo, se arriesgó con un ciego ataque y picando con su acero sintió la carnosa satisfacción de dar en el blanco. Retiró el arma y rodó sobre sí mismo varias veces, apartándose de la brutal arma. Se incorporó de un salto y gritó mientras observaba lo sucedido.

El montañés, apoyado en el garrote con una mano, se tapaba la pierna derecha, de donde fluía un reguero abundante y carmesí. Aún así también él se rehizo y reanudaron el combate. Los movimientos del montañés eran más lentos y torpes debido a la herida, pero sus golpes seguían siendo tan peligrosos como al principio. De haberle dado de lleno cualquiera de ellos su cuerpo se hubiera quebrado; también él sentía cómo sus fuerzas escapaban con cada latido.

El combate continuó bajo la oscura cúpula, golpe tras golpe. A lo lejos, entre las nubes negras, Thor los saludó con uno de sus truenos.

Cuando las fuerzas languidecían ya por el continuo enfrentamiento, en su cabeza se intensificó la visión en la que el garrote quebraba el hueso y la carne de una víctima que no alcanzaba a ver. En esta ocasión descubrió, para su horror, el deformado cuerpo, bañado en sangre y pulpa, de cierta criatura hasta el momento olvidada: su esposa. La principal causa, quizás la única, por la que estaba luchando.

Emitió un renovado grito de rabia y dolor. Experimentó un hechizo de titánico frenesí que tomó por sorpresa a su enemigo. Empuñando su acero a dos manos dirigió un tremendo golpe que rasgó el vientre de un extremo a otro. Descargó un nuevo golpe sobre la cabeza del montañés, que intentó cubrirse sin éxito, partiéndose el garrote en dos. Vider siguió golpeando el cuerpo hasta que su vista se nubló. Cayó sobre los mutilados restos. Una lluvia de truenos desgarró el doliente cielo.

Sus ojos se abrieron ante la luz. Por unos momentos pensó que sería la aurora pero se equivocó.

Al incorporarse comprobó sorprendido que se encontraba en el mismo lugar donde despertara hacía sólo unas pocas horas, sin armas, sin las heridas que le habían inflingido sus enemigos y con la cota tal y como la tuviera en un principio. ¿Un sueño?, pensó.

—No, no ha sido un sueño —dijo una poderosa y melodiosa voz femenina, a sus espaldas.

Girándose, estupefacto y ansioso por descubrir a quien podía leer sus pensamientos, descubrió un escuadrón de doradas y plateadas guerreras. Sus rostros eran magníficos, limpios y puros, sin odio, a pesar de sus miradas serias y combativas, y sus rasgos bellos y alargados, acordes con sus fortalecidos cuerpos. Su tez era casi inmaculada, a excepción de viejas cicatrices producto de mil combates. Las armaduras y armas eran dignas de tales portadoras pues también se presentaban maravillosas, desconocidas para el sorprendido vikingo. Los aceros brillaban, refulgían en una combinación de esplendores áureos. Incluso le pareció que alguno de esos aceros cantaba tenues melodías en los puños de sus enigmáticas dueñas.

—Tranquilo —añadió quien ya hubiera hablado, una bellísima guerrera vestida en argéntea malla, cuya melena de oro agitaba la brisa—. No te queremos mal.

Su voz era profunda, fuerte pero femenina.

—¿Quiénes sois? —acertó a preguntar el joven.

—Eso poco importa.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? Estaba abajo... He combatido por mi venganza.

—Y la has conseguido. Mira —dijo, apuntando hacia el poblado a sus pies.

Vider pudo ver cómo los edificios de la granja ardían, sin rastros de supervivientes. Una montaña de recuerdos, arremolinados los unos sobre los otros, se abalanzó sobre él. Un cruel ataque sobre su propio hogar, su impotencia por la defensa de los suyos, sus amigos y en especial su amada esposa, pilar de su existencia, la persecución de los sanguinarios montañeses y... su propia muerte, provocada por heridas en el cuello y en el muslo derecho, a unos centenares de pasos del caserío enemigo.

—No te sorprendas, Vider, guerrero vengador. Odín te concedió una noche más para cumplir con tu deseo de venganza y tú has hecho honor a su dádiva.

Vider no salía de su asombro, mas todo apuntaba que era cierto lo que le decía la resplandeciente dama. Se llevó los dedos al cuello y la pierna; en verdad había unas heridas profundas y mortales, nadie hubiera podido sobrevivir a ellas.

Todas, alzando sus armas al naciente día, exclamaron su nombre repetidas veces, uniéndose las mismas montañas al gigantesco clamor.

—Ha llegado el momento, guerrero. Has de venir con nosotras, te reunirás con los valientes en el Walhalla, junto a quienes comerás, beberás y lucharás a favor de Odín en la Última Batalla, hasta el nuevo despertar.

—Será un honor —respondió Vider, ufano por tan altas consideraciones. La rabia y el dolor habían desaparecido. Había hecho venganza.

Por Andrés Díaz Sánchez,
El Destructor

Sombras en la Lloría



¿Cuánto estás dispuesto a pagar? —inquirió el delgado y amarillento hombrecillo tras la barra, entrecerrando un ojo y adelantando hacia Skarrion su afilada y curva nariz.

—Cinco sins —repuso el extranjero, en su brusco uanés.

El tabernero le contempló durante un instante, arrugó sus finos y despellejados labios y alzó sorprendido las cejas. Las líneas de su dorada frente se desplazaron como lombrices asustadas. Varios de los clientes de *El Grillo* contemplaban al fornido y alto forastero con una media sonrisa en sus labios, comentando en voz baja y perezosa la escena. Otros continuaban a lo suyo, charlando adormecidos, rumiando sus cotidianas mezquindades. Un borracho, varios pasos a la derecha de Skarrion, trazaba curvas con la cerveza agria sobre la madera de la barra, absorto. Unas pocas prostitutas deambulaban de aquí para allá, aburridas y malhumoradas; alguna trató de sentarse sobre las rodillas de un paisano, pero el hombre la empujó con violencia y estalló en una cascada de chillones insultos. Un viejecillo que roía un trozo de pan duro tosió una carcajada.

—Cinco sins...

El tabernero se frotaba la barbilla, pensativo, mientras escudriñaba de arriba abajo a aquel pordiosero que vestía cuero agujereado, tela dura y una cota de mallas con muchos agujeros. Sin duda, era soldado de las guerras entre los Siete Emperadores, un desertor o un mercenario que había tenido poca suerte en el reparto del botín. Ojos azules y duros, rostro que parecía cincelado en roca, cubierto por una mal cuidada y rubia barba y coronado por cabellos crespos y salvajes que no llegaban al corte militar ni a la melena de las mujeres. Del cinto pendían un sable y una daga larga, ambos envainados. Un perdedor más, aún mojado por la miserable lluvia que persistía sobre Siarang-Tai.

—A cambio de esos cinco sins te puedo ofrecer algo interesante...

El tabernero se agachó y rebuscó en un armario. El anciano adelantó su cabeza por encima del trozo de pan, las migas resbalando entre sus negros dientes. Una furcia se enroscaba el cabello entre dos dedos, curiosa. Dos carreteros mascullaban entre labios acerca del extranjero y se daban ligeros codazos en el hombro. El hombrecillo delgado y amarillento puso sobre el mostrador un tosco botellón verdoso, de cuello estrecho. Lo destapó, mostrándole el agujero.

—¡Desahógate con esto! —gritó, abriendo mucho la boca.

Tras un instante de silencio estalló la algarabía: las ramerías soltaban alaridos y se agarraban el estómago, llorando y enrojando, los de las mesas bramaban carcajadas y daban puñetazos sobre la madera, haciendo saltar platos y jarras. El viejo volvió a toser su risa seca y dura, escupiendo pedacitos de pan. Incluso el borracho levantó la cabeza, confundido por tal alboroto, les contempló a todos sin entender nada y mugió divertido.

Skarrion permanecía muy quieto, imperturbable. El tabernero le observaba y su cara de hierro aumentaba el regocijo. El extranjero imaginó la pequeña y miserable cabeza amarilla volando y salpicando sangre, aún con la boca abierta, la risa transformándose en un rictus de sorpresa. Pero

ya había dejado atrás la época de las locuras suicidas. Un forastero siempre llevaría las de perder ante la justicia local, tuviera o no la razón de su parte.

—¿Dónde están las zorras? —inquirió, con voz seca.

—Arriba —señaló el tabernero, aún riendo—. Pero ellas se burlarán todavía más si les ofreces sólo cinco sins.

—Tengo más dinero —contestó Skarrion.

Se volvió y echó a andar hacia las escaleras que conducían al piso superior. El tabernero cambió de expresión; le contemplaba con suspicacia, entrecerrando de nuevo el ojo. Las gentes del salón carraspeaban y miraban hacia otra parte cuando el extraño pasaba junto a ellos. Sólo el viejecillo mantenía la vista clavada en él, mientras masticaba con afán el pan duro.

Las maderas crujieron bajo sus botas, las paredes mostraban las mismas manchas y agujeros que había visto ya mil veces antes. Idénticos sonidos de placer forzado, el mismo olor penetrante y nauseabundo, mezcla de sudor y perfumes baratos. Iguales luces amarillas y tristes en las velas y lámparas de aceite. Había recorrido aquel mismo camino en incontables tugurios, antros, prostíbulos, lupanares... No se sentía viejo ni cansado. Sólo experimentaba un gran vacío, ni siquiera doloroso. ¿Qué importaba aquella ciudad miserable, un poco más sucia que muchas otras que conociera antes? Siarang-Tai, la manzana podrida de Uan, el nido de la corrupción, la letrina a la que tarde o temprano iba a parar la hez del imperio. Aquella taberna y aquella ciudad sólo le parecían un lugar de paso más.

Se detuvo y miró la moneda de cinco sins en su mano derecha. Era una estupidez que sólo le traería problemas. Dejó caer la barbilla sobre su amplio pecho, con aire derrotado. Tendría que volver por donde había subido y soportar en silencio las burlas entre susurros de los presentes, que se tornarían carcajadas en cuanto accediera a la calle.

Una puerta se abrió. Oyó suspiros y risas femeninas, claras y dulces. Y una voz más ronca, de hombre pagado de sí mismo. Un obeso, rubicundo y dorado oficial de la Guardia salió al pasillo y su sonrisa, al descubrir al rubio y alto forastero, se trocó en una mueca de desprecio, asco y un punto de lástima. Skarrion continuaba inmóvil mientras le oía silbar una tonadilla y se le antojó en ella una burla fina, hiriente, intolerable. El oficial bajó las torturadas escaleras y estalló la voz obsequiosa del tabernero.

El shakark apretó dentro de su puño la moneda y entró en la misma habitación de la que saliera el orondo componente de la Guardia de Siarang-Tai.

Este cuarto resultaba tan anodino como todos los otros. Miserable, pero tocado de cuatro o cinco detalles femeninos. Las sedas y los perfumes olían a barato, las sedas y lienzos a duras penas tapaban los desconchones y los agujeros en la pared. Un gran catre de sábanas arrugadas y varios arcones sin tapa, con el contenido revuelto.

Ella era bonita, de suaves pero rotundas curvas y rostro hermoso e inteligente. Lucía la misma dureza en los ojos y los labios que todas las de su especie. Estaba acabando de peinarse ante el espejo. Aún estaba desnuda y no parecía importarle. Alzó una ceja, observando en el vidrio al recién llegado.

—¿Tienes suficiente dinero? —fue su saludo.

—¿Qué te parecen cien sins?

La mujer dejó su tarea y se mantuvo inmóvil durante un instante. Se volvió para mirarle, recelosa.

—No pretenderás engañarme, ¿verdad? Hay gente aquí capaz de hacerte pedazos.

—Tuve suerte con el último saqueo, en Tian-Lin. Las guerras entre los emperadores, ya sabes...

—Entiendo —comenzaba a contemplarle, calculadora. Había visto esa mirada en muchas mujeres y no significaban, en realidad, nada—. Un desertor, ¿no? —dejó el cepillo sobre una gran caja que hacía las veces de mesita y siguió en pie, casi desafiante—. Muestra el dinero.

Skarrion le lanzó la moneda de cinco sins, que ella cogió al vuelo, muy sorprendida, sin entender.

—En mi país se paga después —repuso Skarrion—. El resto te lo daré cuando haya comprobado que vales los cien.

—Pero no estás en tu país.

—Entonces me iré —se encogió de hombros—. Adiós. Puedes quedarte la moneda.

Se dio la vuelta y echó a andar con tranquilidad. Ella miró los cinco sins, preguntándose si alguien que podía permitirse perderlos así, sin más, tendría o no tanto dinero como aseguraba poseer.

—¡Espera! —llegó hasta Skarrion con pasos elásticos y le abrazó, sonriendo, con una mirada lasciva y astuta—. Si me engañas lo lamentarás. Puedes limpiarte con unas toallas que guardo en ese arcón. Después... Vas a comprobar que cien sins es muy poco para lo que en verdad valgo.

Mientras Skarrion se desnudaba y aseaba ella se sentó en el borde del catre. Sacó de alguna parte una pipa de madera en cuya cazoleta quemó una pastilla de chue. El forastero sintió desagrado al ver cómo la joven, después de tragarse el humo, sonreía con placer, entrecerrando los ojos y echando hacia atrás la cabeza. Al poco, ya tenía las pupilas dilatadas.

—Ah... —musitó la chica, deslizándose como una gata entre los brazos de Skarrion—. Ahora sí...

Se tumbó con dulzura sobre las sábanas y le observó por entre las brumas de la disipación. Skarrion llegó hasta ella. Sabía que esta mujer no gemiría a causa de sus artes en el amar, sino por causa del chue que había fumado.

Cuando terminaron, la chica se quedó medio dormida, la cabeza sobre el amplio pecho del nórdico, aún con el olor dulzón y pesado de la droga en el rostro, sonriendo lánguida. Skarrion tenía los ojos clavados en los desconchones del techo, pensando con rapidez febril, tratando de decidir qué haría a continuación. Si alguna vez le faltaron los problemas, él se había esforzado por buscarlos. Esa era la historia de su vida. Los ojos se le cerraban poco a poco mientras un persistente cansancio invadía sus músculos y su mente. Más tarde se ocuparía del futuro...

Parpadeó con rapidez y se maldijo a sí mismo por estúpido. La muchacha había dejado encendida la pipa con chue y el humo narcótico colmaba la habitación. Las garras del sueño y el delirio lo arrastraban hacia abajo... Los párpados eran de pesado plomo... Volvió a abrir los ojos, tras realizar un tremendo esfuerzo de voluntad. Sai ya no estaba en la cama; tampoco las armas, ahora tiradas en un lejano rincón del cuarto. La prostituta abría sigilosa la puerta, dejando pasar a dos fornidos hombres con aspecto de matones de callejón. Uno empuñaba un cuchillo largo, otro una maciza porra de madera.

—De su cintura pende la bolsa con el dinero —les susurró la chica—. Está tan dormido que no dará problemas.

Skarrion vio, por entre la fina línea entre las pestañas, acercarse a los dos uaneses.

—Por supuesto —sonrió el más gordo del par,

mientras sonreía y agitaba la porra—. Ningún cadáver los da.

—¡No hace falta que lo matéis —exclamó ella, acongojada—. Dijiste que serían unos pocos golpes y después lo tiraríais a las basuras del Barrio Viejo, como hicisteis con los otros extranjeros...

—Esos tampoco crearon problemas, ni los crearán —contestó el del cuchillo, regocijado—. Aún siguen entre las basuras. ¿No lo imaginaste, estúpida?

Sai abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca.

El de la porra alzó su arma y Skarrion le pateó en la boca del estómago. Había tenido la intención de romperle el esternón, pero la droga inhalada entorpecía sus acciones. Su enemigo retrocedió bramando toses, los ojos muy abiertos, incrédulo. No estaba acostumbrado a que sus víctimas se resistieran.

—¡Imposible! —gritó la mujer— ¡El chue!

La muchacha no conocía a Skarrion. El shakark se levantó y rodó hasta atrapar el sable curvo. Lo desenvainó y alzó cuando ya se le venía encima el del machete. Mas sus embotados sentidos le jugaron otra mala pasada: el mundo osciló y de sus manos cayó el arma cuando lanzaba un golpe. Su puño desnudo pasó a dos palmos del uanés. Perdió el equilibrio y tropezó con el borde de la cama. De pura suerte esquivó el cuchillo, cuya punta le rozó una oreja. El nórdico se desplomó sobre las nalgas. Su rival, más práctico que vengativo, le arrancó de un tirón la bolsa de cuero colgante de la cintura, retrocedió hasta una distancia prudencial y la abrió.

—¡Está vacía! —gritó.

La mujer miró a Skarrion con los ojos muy abiertos, iracunda.

El forastero reunió energías y se lanzó torpe y furioso contra el enemigo. Dio con su cabeza en la barbilla y el uanés cerró la boca de golpe, mordiéndose la punta de la lengua. La sangre resbaló entre sus labios mientras vociferaba y escupía. Skarrion siguió empujándolo hasta que lo aplastó contra una pared. Intentó agarrar la mano que empuñaba el cuchillo, pero sólo logró rozarla. El uanés trató de apuñalarlo, pero dio un paso lateral y el brazo pasó a un palmo de su costado. El shakark atrapó la muñeca y la cabeza y le puso la zancadilla. Al impulso del uanés sumó el de un poderoso giro de cadera; el oriental voló por encima de su fuerte muslo y se estrelló de cara contra el borde metálico del catre, abriéndosele los labios y las encías y perdiendo un diente.

Skarrion se separó del caído. Trató de concentrarse en la situación, pero volvía a marearse. Hubo de buscar apoyo en una pared para no caer. Una arcada dobló su cuerpo, reprimió el vómito mas no el aceitoso e insoportable jugo estomacal que le subió hasta la garganta. El uanés junto a la cama seguía de rodillas, la sangre de la cara partida resbalaba entre sus dedos. Farfullaba algo ininteligible, dolorido y asustado.

Su compañero, ya recuperado el resuello, se lanzó hacia Skarrion rugiendo. El peligro aceleró la capacidad de reacción del shakark y cuando el uanés alzó la porra, se le acercó de un corto paso. Con su antebrazo izquierdo inmovilizó el contrario y volvió a golpear en la boca del estómago, esta vez con la rodilla. Skarrion levantó la cabeza del jadeante malhechor y de un seco puñetazo partió su tabique nasal. El vapuleado emitió algo parecido a un grito y sufrió varias convulsiones. Skarrion le agarró la cabeza y de un brusco tirón le rompió la columna vertebral.

La muchacha y el de la cara rota lo miraban en silencio, aterrorizados.

Pero la debilidad volvió al shakark, quien jadeaba y trataba otra vez de no caerse.

Sonaron pasos apresurados y voces que llegaban desde el piso inferior. Skarrion miró hacia la puerta. Estando tan mareado, no les resultaría difícil matarle. Se volvió hacia la prostituta, quien seguía contemplándole con ojos desorbitados.

—Ayúdame... —gruñó el forastero, la tez muy pálida y cubierta de sudor helado—. Por favor...

La chica vaciló durante un instante. De pronto, cerró la puerta y echó los cerrojos. Se acercó a Skarrion, lo cogió de una mano y lo llevó hacia una ventana.

—Salta —dijo la chica—. Suele haber cúmulos de basura bajo esta sección de la fachada. Quizá logren que tu caída no sea letal. Les diré que aseguraste la puerta y los mataste. —Miró a los dos matones—. Y que después, escapaste por aquí.

—Aquél aún está vivo —objetó Skarrion, señalando al de la cara partida, que los miraba horrorizado, sin entender. Desde afuera, hombres airados golpeaban la puerta, intentando echarla abajo.

—Es cierto —murmuró Sai, alarmada—. Me descubrirá...

—No te preocupes por eso. —Skarrion fue hasta sus armas y las recogió, así como sus ropas, con las que hizo un bulto bajo el brazo. El sable desnudo, se acercó al uanés, quien se arrastró hasta dar con una pared, vencido por el pánico. Manoteó y suplicó, pero Skarrion le hundió el acero hasta el cerebro.

—Ahora no podrá delatarte —gruñó, volviéndose hacia ella.

La muchacha no dijo nada, la vista clavada en el cadáver, muy pálida. Skarrion la agarró del talle con una mano y la besó en la boca.

—¡Gracias! —exclamó—. Yo soy Skarrion Gunthar. ¿Cómo te llamas?

Ella meneó la cabeza, logrando zafarse de su abrazo.

—Sai —repuso. Se miraron con intensidad durante un instante—. Te veré allá abajo a medianoche. No faltes.

El shakark asintió con energía. Abrió la cochambrosa ventana. La calle estaba oscura, pues en Siarang-Tai el Concejo malversaba los fondos destinados a la iluminación de las vías públicas. No se veía el fondo, quizás a diez o quince pies. La lluvia mojó su rubio cabello. Pasó una pierna sobre el borde de la ventana, apretó las ropas bajo sus brazos y saltó.

Aterrizó sobre una superficie pastosa, resbaladiza y repugnante en la que se zambulló hasta la cintura. La frescura de la noche y el violento hedor de los desechos ahuyentaron las últimas brumas del chue en su cabeza. Salió de la basura y miró hacia la ventana superior. Había luz en ella y desde allá surgían gritos de hombres airados. No escuchó entre ellos la voz de Sai. Una cabeza delgada, fea y amarillenta asomó por el hueco. Skarrion reconoció al tabernero, quien le dirigía toda clase de improperios y maldiciones. Esta vez fue el forastero quien rió.

Echó a correr, tratando de orientarse en la oscuridad.



Observaba, escondido a prudencial distancia, el lugar de la cita. Aún llovía y permanecía empapado hasta los huesos. Había soportado a lo largo de su azarosa vida

ventiscas de montañas y tormentas marinas; aquel chaparrón no le preocupaba.

Estuvo callejeando desde que escapara de *El Grillo*, robando de algún establecimiento de comidas cerrado pan y licor de arroz. Aguardaba en la oscuridad, esperando descubrir el cuerpo femenino que él ya había degustado.

Su espera no resultó en vano. La figura, cubierta por un grueso manto tocado de capucha se acercó hasta una distancia prudencial del montón de desperdicios. Miraba hacia un lado y otro, inquieta.

Skarrion podía marcharse en aquel momento y buscar oficio por la mañana, como matón en alguna casa de bebidas, por ejemplo; o irse de la ciudad. Lo más probable era que Sai le hubiese preparado una trampa. Pero se encogió de hombros, entregado a su gusto por la curiosidad, y salió del escondite. Sin apartar la mano del sable anduvo resuelto hacia ella, esperando descubrir en cualquier momento una turba de matones emergiendo desde las sombras.

—Aquí estoy —saludó Skarrion.

—Has venido. —Sai parecía sorprendida.

—No tengo dinero para pagar... tus servicios de esta noche —afirmó el shakark.

—Eso no importa ahora. Hay otro asunto que te deseo comentar. —Sus ojos brillaban, astutos y duros—. Uno sólo apto para alguien rápido y fuerte. Si sale bien todo, podremos enriquecernos los dos.

—Sigue hablando —dijo Skarrion, con el interés en la mirada.

—Mejor vamos a un lugar mas seguro. Mi hermano Fa-La-Sang vive cerca de aquí. Podremos charlar en su casa.

Skarrion frunció el ceño.

—No me llevarás a una encerrona...

La chica se acercó aún más y posó una mano en su ancho y duro antebrazo.

—¿Has visto a algún hombre armado por aquí? —inquirió desafiante, sin perder la dulzura—. Yo soy de fiar.

Skarrion permaneció impasible. Ella se apretó contra su pecho y le besó la barbilla y los labios.

—Quédate conmigo —le susurró la muchacha al oído— o lárgate. Tú decides.

Skarrion la besó en la boca y murmuró después:

—Te acompaño.

Se trataba de una casucha de barro y madera, achaparrada, un cúmulo más de sombra profunda en el bosque de oscuridad impenetrable, bordeada por tejas, canalones, esquinas y cornisas. La lluvia repiqueteaba contra el empedrado, acompañando al silencio entre los dos. Sai introdujo una llave en la cerradura y abrió la gruesa puerta de madera.

Había una triste lámpara de aceite encendida sobre una mesa, iluminando paredes amarillentas, tinieblas alargadas y huidizas y algo que alguna vez fue un hombre. Permanecía tirado en el suelo, agarrado a un pellejo de vino vacío. El borracho tenía las mejillas rojas e hinchadas por el vino, los ojos ensangrentados y estúpidos, el cuerpo achaparrado, cubierto por andrajos que sólo conocían el agua de la lluvia.

—El ilustre Fah-La-Sang —presentó Sai con voz asqueada.

Skarrion le echó una ojeada; no merecía más. Supuso que era ella quien mantenía a flote el hogar. El

embriagado farfulló unas palabras incomprensibles, tal vez insultos, mientras Sai cerraba la puerta.

—¿Por qué no te deshaces de él? —preguntó Skarrion.

—Ya te dije que es mi hermano —dijo la chica. Miró con desagrado al yacente, quien a su vez la escudriñaba con un odio hosco y embrutecido, la ira tenaz de los borrachos—. Algún día lo haré. Estoy harta de él.

Entraron los dos en un nuevo cuartucho y Sai encendió una vela que arrojó sobre sus caras pedazos de luz huidiza y amarillenta. La muchacha cerró la puerta y se quitó la túnica. Vestía una túnica corta, cómoda y gruesa, que no podía ocultar sus curvas. En el cuello, muñecas y dedos había collares, anillos y pulseras chabacanas. Skarrion la miró con intensidad, mas no dijo nada. Sai le sirvió un vaso de vino y ella tomó otro.

—Se trata de un cargamento de chue —dijo ella. Esperó la reacción de Skarrion, pero el hombre permaneció impasible, aunque sus ojos brillaban—. Llegará esta misma noche a la ciudad, escondido en cajas llenas de kiari, una pasta aromática y alimenticia con la que se fabrican pasteles y pan. Los aduaneros no podrán descubrir la droga porque está mezclada con el kiari —sonrió, astuta y divertida—. Un sistema imaginativo.

“Cuando el cargamento llegue a su destino la pasta se cocerá. El kiari se convertirá en un líquido, separándose así de los granos de chue, más sólidos y estables, que después se extraerán mediante una criba.

—Interesante. —Skarrion se cruzó de brazos, pensativo, apoyado en una pared—. Pero ese cargamento no llegará a su destino, ¿verdad?

—En efecto. —dijo Sai, con decisión—. Porque nosotros lo robaremos

Skarrion no dijo nada. Su silencio era la pregunta que Sai estaba esperando.

—Después que pase la aduana —siguió ella, a media voz, los serios ojos negros clavados en el extranjero— tú y yo asaltaremos el carromato donde transportan el kiari y mataremos a sus dos conductores. Ya tengo un comprador al que vender la droga. Con el dinero obtenido pienso huir de la ciudad. Quiero ir al Norte, a Tenari, Zue-Tang o incluso la gran Tian-Lin —se encogió de hombros y enarcó una ceja—. En esas ciudades la vida es más fácil. Tú te llevarás tu parte y marcharás a donde quieras, aunque también podrías convertirte en mi guardaespaldas. Una chica lo necesita si pretende viajar sola por el país.

—¿Cómo has conseguido toda esa información? ¿Y por qué me has elegido a mí?

—Se la saqué al comprador original de la mercancía. Es un cliente, ¿entiendes? Emborrachándole, haciéndole fumar chue y —enarcó una ceja— mediante otras maneras... obtuve de sus labios todos estos datos.

Guardó silencio, estudiando a Skarrion, la más mínima reacción de aquel forastero, que seguía impasible. Ella dio un corto sorbo de vino y siguió:

—Planeé enseguida el golpe, pero necesitaba a un hombre fuerte que supiera luchar para ocuparse de los matones que cuidaran del carromato. Tú te ocupaste de Ubu y Ngian, allá en *El Grillo*, a pesar de tener los pulmones llenos de humo de chue. Además, no podía confiar en ninguno de los que conozco, sin duda me hubieran traicionado; pero tú eres nuevo en la ciudad y aún no has hecho contactos. Yo soy tu único amigo aquí y si quieres sobrevivir en Siarang-Tai me necesitas.

—¿Cuánto sacarías yo en limpio?

—Unos doscientos cincuenta sins.

Skarrion sintió que un agradable calor invadía su mente, pero continuó impertérrito. Sai le miraba y sonreía de medio lado.

—¿Qué te parece el asunto? —sonrió de medio lado.

—Sigue hablando —dijo el shakark.



Continuaba la llovizna. Skarrion y Sai aguardaban entre las sombras de los soportales de un gran edificio de piedra. Sus ojos vigilaban los oscuros contornos de una desértica y estrecha calle empedrada.

Notaron el leve traqueteo de madera y metal y el frecuente mugido de los bueyes. El carromato apareció tras una esquina, como un bulto informe en el que a veces se distinguían las romas cabezas de los bestias de tiro y el contorno de un hombre sobre el pescante.

Skarrion y Sai lo habían vigilado y seguido desde que entrara en la ciudad. Contemplaron, siempre ocultos, a la patrulla aduanera sacar las cajas del carro y abrirlas una por una. Extrajeron varios ladrillos del aromático kiari, desmenuzándolos enseguida para comprobar que no escondían nada extraño. También escudriñaron las ruedas y el armazón del carro; incluso miraron entre las patas y el pelaje de los bueyes. Y por último, registraron a los dos conductores. Buscaban chue, la droga prohibida pero demandada por todos en aquella ciudad, pervertida incluso para los cánones uaneses. Si los aduaneros hubieran descubierto contrabando habrían entregado una pequeña parte a sus superiores y vendido el resto en el mercado negro. A los contrabandistas los molerían a palos o ahorcarían si no podían pagar la necesaria multa. Pero no hubo sorpresas, así que tras el soborno correspondiente dejaron pasar al carromato.

El móvil había dejado atrás la Puerta Sur, internándose en las tenebrosas y poco transitadas calles. Los conductores conocían la fama del lugar y llevaban desenvainadas sus cimitarras. Vigilaban cada sombra, uno en el pescante y otro en la parte trasera.

Sai había elegido para atacar aquel callejón estrecho y solitario, en el cual el carro no podría maniobrar. La muchacha se encargaría del que iba en el pescante y Skarrion haría lo propio con el que cuidaba la retaguardia.

Se separaron según lo convenido. Skarrion pasaba de una columna a otra como un gran gato. La lluvia y el lento traquetear del carro llenaban sus oídos. Se detuvo al ver a Sai acercarse de frente al carro, cubierta por un manto que dibujaba insinuante las curvas, tambaleándose, con una jarra tapada en la mano, como una vulgar ramera, borracha y complaciente. El del pescante le ordenó a su compañero seguir en su puesto. Éste se asomó para ver qué ocurría delante, pero no abandonó la trasera.

Sai rió de forma medio histérica y chillona, como cualquier mujer ebria. Se colgó del uanés, torpe, mimosa. Skarrion sabía que le estaba proponiendo al hombre una tarifa tan baja que resultaría imposible rechazar. Escuchó un gruñido alegre, como una carcajada masculina, acompañada por la jovial voz femenina.

El shakark apretó los dientes, tenso y dispuesto: ella llevaba escondida una pequeña daga enfundada en el interior de su traje rajado. Si la hoja emponzoñada abría la piel del



hombre moriría en cuestión de segundos. Sai aguantaba con alegría los besuqueos del truhán, que logró colarle la mano entre las piernas antes de que ella lograra evitarlo. Hubo un extraño forcejeo y los movimientos del hombre perdieron su cadencia: los dedos habían sin duda descubierto el arma, atada al alto muslo por una tira de cuero.

Skarrion se tragó una maldición cuando les vio pelear bajo la lluvia. Sai trataba de desenfundar el acero, pero él logró arrancárselo, incluida la vaina. Observó a la chica con ojos desorbitados. Sai alzó la jarra y la estrelló contra la frente del uanés. De haber sido un hombre el golpe habría abierto el cráneo, pero el barro y el hueso resistieron y el matón dio un paso hacia atrás, mareado pero aún consciente.

Su compañero gritó airado al verle en problemas. Sai levantó la jarra y descargó con todas sus fuerzas un segundo golpe. Esta vez el recipiente claudicó y llovieron trozos de barro y pequeños riachuelos de vino sobre el rostro del carretero. El hombre se desplomó primero sobre las rodillas y después hundió la cabeza en un charco entre los adoquines.

Su compañero ya corría hacia ella con una cimitarra en la mano y un aullido en la boca. Por el rabillo del ojo notó que algo enorme se desplazaba en dirección a él a gran velocidad, algo cuyas botas levantaban el agua del empedrado, una masa de fuerza e ira cubierta por un manto húmedo, que empuñaba un jirón de filoso brillo.

El uanés, aunque más bajo, también era corpulento y diestro con el acero. Paró el sablazo de Skarrion y el estallido metálico resonó en el callejón como un trallazo contra el susurro monótono de la lluvia. El shakark avanzó con una serie de golpes demasiado rápidos, hasta que la espalda enemiga dio contra el carro. El filo cortó un rostro amarillo empapado en ira y terror y poco después la muerte le atravesó el pecho, arrancándole un gañido y una mirada asombrada. Murió mientras caía, contemplando aún a su enorme asesino, un pedazo de oscuridad del que surgía el sable que lo había asesinado; también se fijó en aquellos ojos, como chispas de cruel humedad azulada, inmersos en la tiniebla de la noche.

Sai ya había accedido al pescante y tenía entre sus pequeñas y enérgicas manos las riendas del carro.

—¡Sube! —gritó la chica, mirando a su cómplice—. ¡Vamos!

Skarrion descubrió que despertaba el otro uanés. Su duro cráneo, a pesar de mostrar una larga brecha en la que se mezclaban agua y sangre, había resistido.

—¡Cuidado, Sai! —advirtió Skarrion—. ¡El que derribaste está levantándose!

Los músculos dorados de la muchacha se contrajeron con rabia y escupió un agudo reniego entre dientes. Con la fusta golpeó la cara del matón que se le acercaba, aún mareado. Cayó al suelo otra vez. Sai hostigó y chilló a los bueyes, azotándolos sin piedad. Las bestias mugieron y empujaron, pero el carro no avanzaba. Estalló un alarido largo y atroz. La rueda delantera izquierda había tropezado con el cuerpo del uanés desplomado, quien volvió a aullar, incapaz de aceptar que existiera un dolor como el que estaba sintiendo. Sai castigó a los bueyes con saña. Osciló el carro mientras al hombre atrapado bajo la rueda se le rompía la voz y el grito se transformaba en un ronco y largo jadeo. Por fin, sonó un escalofriante crujido y los gritos cesaron. El carro se puso en movimiento, con Skarrion montado en la trasera y Sai en el pescante.

Salieron del callejón, internándose en otra estrecha vía, con los edificios a ambos lados como sombras insondables que trataran de aplastarles, recortados por la oscuridad azulada y el brillo de las gotas que estallaban contra los tejados.

—¡Por todos los dioses! —juró Skarrion—. ¡Desde atrás llegan hombres armados!

—¡Deben ser asaltadores! —exclamó Sai—. ¡Los gritos de ese hijo de perra les han alertado!

Azotó a los bueyes, que mugían y tiraban, tratando de escapar inútilmente de aquella fusta que laceraba su piel. Pero eran bestias de carga y el carro no podía marchar a mayor velocidad.

Skarrion vio tres hombres llegar desde el anterior callejón, como jirones aún más oscuros que la tiniebla general. Parecían vestidos con andrajos, muy delgados, ágiles y enérgicos. Sus gritos orientales restallaban como truenos en la calleja. Empuñaban largos cuchillos y porras.

—Nos van a alcanzar —gruñó el nórdico.

—¡Entretenlos! —aulló Sai—. ¡Tú podrás con ellos! ¡Mátalos o se lo llevarán todo y nos degollarán después! ¡Conduciré el carro a lugar seguro y nos veremos al amanecer en el punto de encuentro convenido!

Skarrion se mordió los labios. Miró a los peligrosos pordioseros. Si sólo fuesen esos tres quizá lograra terminar con ellos para después reunirse con ella... Si es que la mujer cumplía su palabra. Trató de ahondar en los ojos de Sai, pero continuaba chillándole a los bueyes, sin mirarle.

—¡Está bien! —contestó el shakark.

Saltó al suelo y corrió hacia los perseguidores, sin poder reprimir una sonrisa de gozo. Había nacido para esto.

Uno trató de darle en la cabeza con su porra, Skarrion se apartó mientras lanzaba un revés y cortó la muñeca hasta el hueso. Hizo girar el arma y de un seco impulso ascendente lo ensartó. Retrocedió de un largo paso hacia atrás, permitiendo que el sable saliera de su funda de carne con un susurro.

Los otros dos se calmaron y trataron de rodearle, pero Skarrion era perro viejo y desenfundó su larga daga, que tomó con la mano izquierda; apuntó a cada uno con el arma. La oscuridad y la lluvia, que se metía en los ojos y obligaba a pestañear de continuo, eran tanto una ayuda como un peligro. Por el rabillo del ojo percibió movimientos fugaces. También oyó palabras airadas, susurros cargados de tensión, pasos sobre los charcos. El carro había desaparecido de la vista. Ya no era cuestión de entretener, sino de escapar antes de que la trampa se cerrara del todo.

Se volvió de golpe y soltó un largo y brutal alarido para sorprender aún más a los de su espalda. Descubrió dos nuevas sombras y cerró contra una, parando un cuchillo de milagro, hundiendo el sable en carne tensa como cuero viejo. Empujó el cuerpo que chillaba junto a su oreja y saltó por encima de él cuando caía, mientras a su alrededor estallaba una vorágine de gritos furiosos.

Corrió como alma perseguida por demonios, tratando de distinguir entre la oscuridad, intentando no resbalar sobre las piedras empapadas ni dislocarse o romperse los tobillos. Se volvió un instante y distinguió las fugaces sombras que aullaban airadas y se le acercaban más y más. Al doblar una esquina un pedazo de negrura brillante surgió ante él y adelantó el sable mientras se agachaba. Oyó un grito desgarrado y algo atronó en su cabeza. Mientras caía comprendió que le habían

gado en la cabeza, quizá con una porra. Subió hacia el empedrado y siguió volando en la oscuridad sin fin.



Sintió ramalazos ardientes en el rostro que le arrancaron de la negrura. Abrió los ojos y la luz de las teas le cegó, obligándole a apartar la cabeza y parpadear. Tensó el cuerpo: estaba atado. Sin embargo se calmó; la fría astucia invadió su mente: aquellos nudos hubieran contenido a un uanés. Pero no a un corpulento extranjero. Si de verdad se lo proponía, conseguiría librarse de las cuerdas. Guardó ese dato.

—Déjale —intervino una voz ronca y peligrosa—. Ya está despierto.

Aún así, alguien le agarró la cabeza y sintió otra cruda y ardiente bofetada. Hubo de hacer un doloroso esfuerzo de voluntad para no revolverse y como una fiera. Estaba sentado, los miembros aferrados por maromas a una sólida butaca. Abrió los ojos.

Había una figura delgada ante él, como una estatua dorada y temible bajo la luz del fuego. Tras ella, una sala espaciosa y sucia, mal iluminada por dos teas ensartadas en horquillas clavadas entre los ladrillos de roca. Una catacumba subterránea, quizás. El ambiente era frío y húmedo, más propio de ratas que de hombres. Hedor. Charcos. Una mesa ajada pero aún robusta, varias jarras que olían a vino rancio. Una arcada de la que partía una escalera ascendente. Contó cuatro hombres, todos delgados, harapientos y armados con cuchillos y porras. Uno solo, el que parecía líder, tenía una espada: el sable de Skarrion. Se trataba de parias en una ciudad de parias. En sus facciones se leían las penurias, en sus ojos la violencia. Le miraban con odio domado. Había visto ya esas expresiones otras veces: le necesitaban con vida y por eso no se atrevían aún darle muerte.

—¿Dónde está el carromato? —preguntó el que permanecía en pie ante él. Parecía anciano, pero daba la impresión de que en su cuerpo había fuerza y decisión. Sin duda, se trataba del líder de la banda—. ¿Qué había en él?

Otro, más joven, andaba tras él, nervioso, abriendo y cerrando las callosas manos. Los negros ojos miraban de vez en cuando a Skarrion con una promesa de venganza. Respiraba con fuerza y a duras penas podía contenerse. El resto permanecía en pie o recostado sobre la mesa, o en cuclillas, dibujando con la punta de un cuchillo curvas en el suelo. Ninguno apartaba la vista del prisionero.

Skarrion se encogió de hombros, como si no entendiera su idioma. El líder miró a su segundo, quien se acercó al prisionero y le estrelló los nudillos en la cara, abriendo un pómulo. Sabía cómo pegar. El golpeado bufó, empezando a sufrir un ardor brutal en el rostro. Mientras apretaba los dientes se decía que aún no había llegado el momento. Le agarraron del cabello y alzaron la cabeza. El segundo puñetazo le aplastó la piel de la otra mejilla contra el hueso, rasgándola también. La sangre manó, caliente y pegajosa, deslizándose por el mentón. El torturador sonreía, mostrando negros huecos en su amarillenta dentadura. Skarrion no se permitió a sí mismo gemir; su respiración surgía pesada y rabiosa. El silencio se espesó, mientras el rostro machacado comenzaba a inflamarse en los amoratados labios de cada herida. Aquellas cicatrices no desaparecerían en mucho tiempo... Si es

que salía con vida de ésta.

—Ya, Luni —ordenó el líder, con voz tranquila. El aludido retrocedió, frotando un puño contra la palma de la otra mano. Skarrion comprendió que al joven le gustaba la sangre. El mayor resultaba, sin embargo, más peligroso. ¿A cuántos hombres habría quebrado? Prefirió no pensar en ello—. No somos estúpidos, basura extranjera. Te oímos hablar con la chica antes que de os separaseis. Conoces el uanés, así que contesta.

Skarrion le contempló, entrecerrando los ojos a causa de la ira y el sufrimiento. Se pasó la lengua por los labios resecos y enseguida se arrepintió, pues el dolor de mover cualquier músculo facial era terrible. Se limitó a mirar hacia la cintura del líder, tenaz.

—Luni puede continuar toda la noche —dijo el líder, observando al extranjero sin pestañear, la faz una máscara de hierro amarilla—. Ha deformado muchos rostros con sus nudillos. Ya ha empezado trabajando tus mejillas y seguirá con las cejas: es capaz de machacar hueso y carne y reducirlo a pulpa. Pero dejará la boca intacta, para que puedas hablar. Puede continuar, utilizando sus agujas, atravesándote los ojos y los genitales ...

Skarrion parpadeó con lentitud y meneó la cabeza, atacado por una especie de vértigo. Desplomó la testa sobre el enorme pecho, como si hubiera perdido la consciencia.

—Es listo, el extranjero —dijo alguno.

—Traed el vino —ordenó el líder.

Skarrion despertó de pronto. Pero sería castigado por intentar engañarles. “No es el momento”, pensó, mientras cerraba los ojos y apretaba los dientes. Le arrojaron el líquido alcohólico al rostro y se envaró, bufando y tensando todos los músculos, gimiendo con una voz ronca, temblorosa, animal. Jadeaba como si acabara de correr una legua. Parpadeó varias veces, mientras el dolor se volvía tolerable.

—Si persistes en tu silencio podríamos seguir después de dejarte ciego y romperte los brazos —continuó el líder, sereno, casi como si hablara de cuestiones filosóficas, igual que si todo aquello le provocara cierto aburrimiento; tal vez hubiera dicho las mismas palabras y las hubiera llevado a la realidad en el pasado no pocas veces—. Y por fin te obligaríamos a inhalar tanto chue que vagarías durante el resto de tu vida de un lado a otro con el cerebro dañado, arrastrándote sobre manos y rodillas, babeando como un perro rabioso. Pero antes de que alcanzas ese estado la droga soltaría tu lengua y nos dirías lo que queremos saber.

—¿Por qué no pasar directamente al chue, si es más efectivo? —preguntó Skarrion, normalizando a duras penas su respiración.

El viejo sonrió.

—Es más caro que la violencia —encogió los hombros—, así que se deja como último recurso. Hablando pueden entenderse los contrarios. No es tan difícil: acabas de aprender nuestra lengua. Pronto responderás a mis preguntas con total precisión y honradez.

—Un cargamento de kiari —dijo Skarrion.

—¿Nada más?

—No, que yo sepa.

—¿Dónde conociste a esa zorra astuta de Sai?

Skarrion entrecerró un ojo, tratando de pensar, sobreponiéndose al dolor.

—¿Cómo sabes su nombre? —inquirió a su vez. El líder le cruzó la cara de una bofetada. Su golpe resultó el doble de duro que los anteriores y Skarrion bufó, pero no se movió.

—Yo hago las preguntas —afirmó el líder—. ¿Cómo conociste tú a Sai?

—Contraté sus servicios en una taberna llamada *El Grillo* —masculló el preso, mirándole con rabia—. Me contó su proyecto de robar el cargamento. Dijo que gracias a las ganancias del robo Fa-La-Sang, su hermano, y ella, vivirían con mayor comodidad.

El viejo alzó las cejas. Alguien reprimió la risa y otro llamó “idiota” al extranjero. Skarrion no entendía.

—¿Fa-La-Sang, ese borracho empedernido?

—Sí —contestó el shakark, malhumorado—. Ella vive con él en una casucha...

—¿Lo habéis oído? Sai le dijo que Fa-La-Sang era su hermano.

Esta vez las carcajadas estallaron sin recato y crecieron ante la confusión en el rostro del forastero.

—Fa-La-Sang es en realidad el marido de Sai, no su hermano —informó el jefe de la banda.

Skarrion abrió mucho los ojos.

—Sai, la astuta Sai... —siguió el uanés, divertido—. Todos en Siarang-Tai conocen su historia... Fue una noble de la misma Tian-Lin y debido a su comportamiento lascivo y corrupto la expulsaron de la ciudad. Vagó durante un tiempo, viviendo a costa de los hombres que engatusaba y dejaba sin una sola moneda justo antes de abandonar. Llegó hasta aquí, pero, conocida por tantos su fama, sólo pudo ejercer de lo que en el fondo era: una ramera. Aún así, conoció a Fa-La-Sang, un estúpido mercader al que logró enamorar. El idiota le dio toda su fortuna, un dinero que ella gastó en vicios y juergas. Fa-La-Sang, pobre y despreciado por su ninfa, se dio a la bebida.

Skarrion miró hacia el suelo, airado. Había pensado que Sai lo había elegido por, sobre todo, sentirse atraída hacia él. Ahora comprendía que para esa mujer los hombres eran arcilla que moldear, usar y tirar. Creía tenerla en su poder cuando había sido él el burlado.

Siong sonreía, burlón e incompasivo.

—Sai es muy lista —dijo—, pero aquí todos conocemos su forma de actuar. Por eso pidió ayuda a un forastero.

Skarrion no contestó.

—Muy bien. —El viejo tomó de nuevo un aire severo—. Sigamos con el interrogatorio: ¿qué te contó Sai acerca del carromato? ¿Dónde venderíais la mercancía?

—Dijo que encontraría comprador para el kiari, pero no sé su nombre.

—Vuelves a mentir, lo cual casi me apena. Nadie se arriesga en un robo de este estilo sólo para conseguir kiari y menos alguien tan astuto como Sai. ¿Qué me dices del chue? ¿O quisas oro o plata?

—No llegué a ver el contenido, pero te repito que ella sólo habló de kiari.

El anciano suspiró y apretó las mandíbulas. Preguntó:

—¿Dónde debías reunirte con Sai si ocurría algún imprevisto?

—No acordamos ningún lugar porque no pensábamos que hubiera sorpresas.

—¡Es un embustero, Siong! —exclamó el que

estaba de cuclillas, un tipo feo y achaparrado que señaló a Skarrion con su cuchillo—. Yo estaba allí cuando Sai le gritó que se reuniera con ella al amanecer en el “punto de encuentro convenido”.

Siong miró a su prisionero, interrogativo, soltando el aire con fuerza por la nariz.

—No sé de qué habla —contestó el nórdico—. Debió oír mal, ella sólo chilló frases incoherentes, pues tenía miedo, debía huir a toda velocidad. Además, los aullidos de tus hombres, la lluvia y el traqueteo del carro harían ininteligibles sus palabras. Sin duda tu hombre lo ha interpretado de forma errónea.

El aludido se levantó rabioso, agarrando con fuerza el cuchillo. Pero Siong continuaba inmóvil, contemplando al shakark, como una barrera infranqueable entre sus sicarios y él. Afirmó:

—Sai ha escapado con el carro y tú serás nuestro guía, nos conducirás a la mercancía robada, sea cual sea, y a ella.

Antes de que Skarrion pudiera replicar se volvió al muchacho que le administró los puñetazos.

—Rómpele las cejas, Luni. Echa después alcohol en las heridas para que no se desvanezca —miró a Skarrion, meneando la cabeza, malhumorado—. Los golpes le harán entrar en razón.

El joven se acercó al nórdico haciendo crujir sus nudillos. Skarrion sintió que su corazón se le disparaba, pero se obligó a mantener la concentración y empezó a gritar y retorcerse, como aterrizado, implorando misericordia, disimulando de tal modo sus intentos de liberación: las muñecas tiraban de la maroma, separándola así de la silla. También ejercía fuerza con los tobillos. Los músculos de sus brazos y muslos se hincharon, marcándose bajo la piel. Los hombres reían y abrían mucho los ojos, ansiosos de sangre. Sólo Siong permanecía sereno, enarcando una ceja y mirando con intensidad al prisionero.

—¡Hablaré! —chilló Skarrion, mientras deslizaba una mano entre la cuerda y la silla. En pocos instantes lograría sacar un tobillo.

—¡Golpéale de una vez, imbécil! —ladró Siong, furioso.

El joven dejó de sonreír, un tanto ofendido. Se acercó a Skarrion y reculó el brazo. El nórdico tenía una mano libre y Luni abrió mucho los ojos mientras lanzaba los nudillos contra la cara abultada, oscura y húmeda. El forastero logró girarse y el puño sólo rozó la oreja derecha; agarró la muñeca de Luni y sumó al impulso del rival el de un violento tirón de su propio cuerpo, al tiempo que proyectaba su otra mano, ya libre y cerrada. El golpe rompió la nariz.

Ambos cayeron al suelo. Skarrion pudo liberar sus pies y se deshizo de las cuerdas, como un veloz gusano. Dio la vuelta al gimiente Luni, lo abrazó con una mano y la otra le rompió el cuello. Retrocedió, arrastrándose y casi a gatas, levantándose al siguiente latido.

La sala era un caos de cuerpos, llena por el estruendo ensordecedor de los gritos de ira. Un oriental avanzaba ya hacia el extranjero, mientras Siong les rugía órdenes, un tanto más atrás. En lugar de retroceder, Skarrion avanzó con un grito salvaje.

Esquivó un cuchillo mientras se agachaba y estrellaba sus nudillos en el torso. Sonó un crujido al romperse el esternón.

El shakark subió con un puñetazo, poniendo en el golpe

toda su corpulencia y el ímpetu del giro de cadera. Desencajó una mandíbula y en el mismo movimiento el codo dio contra la sien. Empujó al uanés vapuleado y sangrante que intentaba recuperar el resuello. El oriental trastabilló y cayó al suelo, donde continuó retorciéndose y gimiendo, desesperado.

El nórdico se le acercó y le quitó el cuchillo de los dedos. Retrocedió, medio agachado, el arma apuntada hacia el frente, jadeando como una fiera dispuesta para saltar. Siong había desenvainado el sable y la daga robadas y le contemplaba con fijeza. Skarrion comprendió, por cómo empuñaba las armas, que era ducho en el arte de los aceros. Su último secuaz también se le acercaba, con un enorme cuchillo de matarife, muy despacio, el miedo y la ira luchando en su mirada y la tensión de su rostro. De pronto, miró avergonzado a Siong y echó a correr por la arcada, subiendo las escaleras a saltos. El líder no pronunció palabra, ni siquiera se volvió para contemplar cómo aquel cobarde huía.

Toda su atención estaba puesta en Skarrion. Ambos se observaban, como enormes fieras a punto de lanzarse una sobre la otra. El oriental dio un paso al frente y describió fugaces giros con el sable, que el shakark esquivó o paró con su propio acero, restallando en el silencio el vibrante tronar de las armas. Pero sólo era un tanteo y ambos retrocedieron. Tras el shakark había una pared de piedra. Y sólo le separaba un cuchillo de aquel experto que manejaba sable y daga. Iba a morir y ambos lo sabían.

Skarrion gritó y avanzó hacia su rival, quien también se adelantó, haciendo una fugaz ese con el sable y preparando baja la daga, para rematar. Pero el nórdico quebró y se lanzó hacia su derecha y al suelo, rodando y librándose de un filo que mordió su cota de mallas sin lograr romperla. Tomó la butaca caída, su verdadero objetivo, y se levantó con ella por delante, lanzado hacia Siong. El oriental se giró hacia un lado, pero una pata dio en su hombro derecho, desequilibrándole. El shakark trató de alcanzarle con el cuchillo, pero la daga desvió el golpe. Skarrion empujó y soltó la butaca, jadeando a causa del esfuerzo. Siong trastabilló y retrocedió aún más, mientras el mueble caía de manera estrepitosa y Skarrion se alejaba unos pasos, tomando el cuchillo por la punta. El oriental ya estaba rehecho de la jugada cuando algo voló y se hundió en su pecho, arrancándole un grito de rabia y sorpresa. Se revolvió y miró el acero y su empuñadura, que surgían como una prominencia innatural de su torso. Parpadeó y avanzó furioso hacia Skarrion, quien, desarmado, continuaba alejándose, sin volverle la espalda. Siong logró dar varios pasos, pero de pronto el pulmón se le llenó de sangre, que salió por su nariz. Abrió la boca, tratando de encontrar un aire que le era negado. Se tambaleó, cayó de rodillas, permaneció así durante un instante, como suspendido por hilos invisibles. Y al fin se desplomó.

Skarrion le arrebató la daga y el sable. Llegó hasta el único enemigo vivo de la sala, que ya sólo alcanzaba a agarrarse el torso golpeado, y lo remató pinchando en su nuca. Llegó hasta la mesa y encontró una jarra llena hasta la mitad de vino agrio. Su cuerpo debilitado por el cansancio, el hambre y los golpes del rostro agradeció la bebida, que le infundió un amargo pero bienvenido calor. También encontró un mendrugo de pan mohoso, que metió en un bolsillo de sus desastradas y sucias calzas largas. Enfundó la daga y agarró una de las teas, cuya llama levantó una tormenta de luces y sombras

sobre la roca, la madera y los cadáveres. Avanzó a paso rápido por la escalera de salida, los oídos y los ojos atentos.

Cruzó pasillos y túneles en los que la oscuridad pugnaba, iracunda y densa, contra la débil luz del hachón. Había pordioseros en el suelo que chillaban y gemían asustados a su paso. También oyó maldiciones y un río de secas y locas carcajadas. En una ocasión vio a un hombre agazapado ante lo que parecía un trozo de carne ensartada en un espetón. Trató de huir de Skarrion, pero el shakark terminó por quitarle la vianda, sin prestar atención a los sollozos e insultos del indigente. Siguió avanzando a paso rápido por aquellos enormes túneles, entre cascotes derribados, charcos de agua insalubre y el corretear asustado de las ratas. Sin dejar de andar, enfundó el sable y llevó el pan mohoso hasta sus labios, devorándolo a grandes mordiscos. Encontró una ancha escalera y en ella un matón que sostenía una piedra, como dispuesto para arrojarlo. Skarrion corrió hacia él gritando y agitando la tea y el truhán escapó corriendo, hasta ser devorado por la tiniebla. Engulló la carne fría del espetón y después robó más comida.

Al cabo de no mucho, escuchó el sisear de la lluvia y las goteras golpearon sus hombros. Pasando por entre más mendigos que trataban de dormir, protegidos por tablones y mantas empapadas, surgió a una ruinoso y enorme sala, la entrada de un gran edificio abandonado. Tras un portón podrido, colgante de una sola bisagra, le esperaban la noche y la lluvia. Tiró la tea a un charco, levantó la capucha de su manto y salió al exterior.



Era un claro circular en aquel bosque de achaparradas casuchas de piedra y madera, sobre las que repiqueteaba esa tenaz lluvia que brutalizaba el espíritu. La aurora esparcía una luz plomiza y gris que ahuyentaba poco a poco las últimas sombras. En el centro había un pequeño estanque, con una fuente que no funcionaba, tocada por una escultura representando seres humanos desnudos, arracimados unos sobre otros, aullando, cubriéndose el rostro con las manos o alzando los brazos, los dedos crispados, hacia un dios que les había olvidado. Era la Plaza de las Almas Perdidas.

El lugar estaba desierto. Skarrion seguía esperando, tras una gruesa columna de un determinado soportal. Debiera haberlo sospechado: ella no iba a aparecer. Sin duda estaba ya de camino hacia las ciudades del Norte, con la fortuna ganada en la venta del chue, riéndose de cierto extranjero de barba y cabellera rubias.

Malhumorado, empezó a andar por la arcada, hacia la fuente. Tenía que lavar con más detenimiento su rostro; esperaba que el vino no le hubiera infectado las heridas. Una cosa había que agradecerle a la lluvia: limpiaba los cortes de manera insistente, eficaz. Y aún así la odiaba con todas sus fuerzas. Lanzó un violento insulto hacia los dioses que la producían. Volvía a tener hambre. Quería salir de allí de una vez por todas y tratar de cazar un jabalí o un conejo en las afueras. Todo resultaba preferible a continuar en Siarang-Tai.

Cuando pasó junto a otra de las gruesas y bajas columnas una red cayó sobre él y se cerró con fuerza. Se revolvió y tropezó, enfurecido, recordando demasiado tarde que cuanto más luchaba más se cerraba aquel tipo de

trampas. Estaba atrapado como una fiera salvaje. La ira y la vergüenza lo embargaban. Tres hombres tiraban de igual número de cuerdas, cada una tensaba un nudo de la red y la presa se hallaba cada vez más indefensa, ya casi en posición fetal, mientras pugnaba por desenvainar la daga. Empezó a cortar las cuerdas, cada vez más alarmado, porque sus captores vestían el uniforme de la Guardia de Siarang-Tai.

Aparecieron dos guardianes más, provistos de lanzas y espadas envainadas. Le pincharon y rugieron órdenes. Skarrion soltó la daga.

Un enorme y obeso oficial se le acercó hasta una distancia segura. Su redondo rostro estaba contraído, los negros ojos brillaban como ascuas, todo él preso de una furia mal reprimida. Skarrion trató de recordar dónde lo había visto antes.

—¿Dónde está mi cargamento de kiari, basura extranjera? —preguntó con voz seca, sin lograr contenerse más—. ¡Contesta y no serás torturado! —Abrió mucho los ojos, con gran sorpresa—. Un momento... ¡Yo te vi en *El Grillo*!

Skarrion parpadeó, pensando con rapidez. De pronto, todo se aclaró: aquel hombre había salido de la habitación de Sai poco antes de que entrara él.

El shakark rugió una gran carcajada. Ahora sabía quién le había transmitido a Sai la información sobre el carro lleno de chue camuflado que entraría esa noche en Siarang-Tai. Su auténtico receptor era este pomposo oficial de la Guardia. Sólo en aquella podrida ciudad la corrupción llegaba a estos niveles.

El extranjero recibió violentos puntapiés.

—¡No te rías, basura! —exclamó el Jefe—. ¡Contesta!

—¡Sé tanto como tú, idiota! —gritó el preso, con rabia—. ¡Sai y yo lo robamos, pero nos separamos y yo quedé citado con ella aquí, al amanecer! Quizá ya ha tenido tiempo de vender tu valiosa mercancía a su propio comprador y largarse de la ciudad. No conozco dónde podrá estar el chue en estos momentos... ¡Quizá en los pulmones de algún consumidor!

—Sai... —murmuró el Jefe, de pronto estupefacto—. No... ¿Qué tiene que ver ella con esto?

Surgió otro guardián de un portal cercano, subordinado suyo, pero de mayor grado que los agentes rasos al cuidado de Skarrion, a juzgar por el respeto que le demostraban. Era delgado y alto, de facciones duras y angulosas, con ojos de color castaño oscuro, duros e inteligentes. Se acercó al líder y le tocó un brazo.

—Jefe Giung —casi susurró—, acabemos cuanto antes con el extranjero... No es recomendable la permanencia en este barrio...

El superior lo apartó de un brusco manotazo.

¡Déjame en paz ahora, Tai! —El asombro había dado paso a la ira. El Jefe miraba a Skarrion con una intensidad brutal—. ¡Mientes, basura extranjera! ¡Sai no puede estar involucrada en esto! Ya hablaremos de ese tema, sí... Me vas a decir qué has hecho con ella...

Pareció de pronto avergonzado por aquel arranque a la vista de sus subordinados. Se volvió hacia Tai, quien le miraba con un rencor apenas reprimido. Skarrion no había entendido el sentido de la última frase.

—¿Hay alguien en este edificio? —inquirió Giung, moviendo ligeramente la enorme cabeza hacia atrás.

—No, señor. Sigue vacío. Nadie sabe que estamos aquí. Y si lo supiera, callaría.

—Bien, bien... —Miró a Skarrion, ceñudo y preocupado—. Llévatelo a un cuarto donde nadie nos moleste. Quiero interrogarle.

—Como ordenes, señor. —Tai comenzó a dar órdenes y los guardianes le arrebataron el sable a Skarrion, lo sacaron de la red y a punta de lanza lo metieron en el edificio, dirigiendo recelosas miradas hacia los alrededores.



Permanecía en pie, con la punta de una lanza pinchando la piel de su cuello. Otro guardián aguardaba, un tanto apartado, pero dispuesto a ensartarlo ante la más mínima orden. No hacían falta cuerdas, el acero bastaba para mantenerlo quieto e indefenso. En el viejo cuarto de aquel pequeño, sucio y ruinoso edificio, se encontraba también Giung, mirando pensativo y tenebroso al extranjero. Afuera, en el pasillo, aguardaban Tai y otro guardián más. Los había colocado a una prudente distancia con el pretexto de vigilar que ningún recién llegado estorbara. En realidad, Giung no quería que su inmediato subordinado oyera lo que surgiría de aquel interrogatorio.

—Eres un pobre iluso, Jefe Giung, como ese borracho de Fa-La-Sang, como yo y como todos los demás a quienes Sai ha utilizado en su propio beneficio.

Tras las palabras del forastero se hizo un silencio sepulcral, que se tensaba y retorció como el paño húmedo siendo escurrido por unas fuertes manos. Contra el siseo monótono de la lluvia golpeando los maderos que cegaban las ventanas, se escuchaba la fuerte respiración de los dos guardianes. Giung abrió mucho los ojos, escandalizado e incrédulo. Hizo un esfuerzo por calmarse.

—Te ofrezco morir de forma rápida y tal vez indolora —fue su lenta respuesta, en tono forzado—. Me será difícil, pero lo cumpliré si me dices qué has hecho con Sai. Y dónde está mi cargamento de kiari, el que tenía que llegar a esta misma plaza al amanecer.

Skarrion alzó las cejas, sufriendo una extraña amargura, no exenta de cierta diversión. Le floreció una rara sonrisa en los labios.

—Chue. Se trata de chue y tú lo sabes, Jefe Giung. —Meneó la cabeza—. Esa mujer es el diablo... Me citó aquí, precisamente aquí, donde ibas a estar tú con los tuyos, esperando la llegada del cargamento. ¡Quería que me atrapáseis, la muy hija de perra!

—¡Silencio! —bramó Giung. Bajó la voz hasta el frío susurro y se llevó una mano al puño de su sable—. No vuelvas a insultarla. Ella no tiene nada que ver en este asunto. Tú la has secuestrado y me dirás, antes o después, dónde están mi cargamento y mi prometida.

Los dos guardianes miraban hacia el prisionero sin osar apartar la vista de él y procuraban no dejar entrever una sola emoción. Giung ya no reparaba en ellos, como si no existieran. Skarrion, por contra, sonrió divertido. De pronto, empezó a reír. El Jefe desenvainó su sable y se acercó al prisionero, quien borró la sonrisa y le miró con dureza. Los guardianes tensaron sus brazos, dispuestos para atravesarle a la menor orden. Giung se contuvo, sin enfundar el sable. Dijo:

—Ella me mandó una nota esta misma noche... Me hizo llegar un billete en el cual contaba una historia que no te beneficia en nada. Decía que te conoció al

anochecer en la taberna donde trabaja, que le contaste tus planes de robar mi mercancía y, obtenida la ganancia, la sacarías a ella de la ciudad a la fuerza. —Iba tornándose rojo a causa de la rabia y escupía las palabras entre dientes—. Y ella hubo de acceder a tus mezquinos deseos. Leyendo su mensaje comprendí que estaba muy asustada... Sin embargo, me avisó. A pesar... —Bajó la cabeza, con una nueva furia, la de un hombre que se indigna ante una gran injusticia— a pesar de todo es una buena mujer, vilipendiada y arrastrada por las circunstancias. Mas yo la sacaré de ese mundo en el que la han metido. —Se dió un golpe en el fofo pecho con el puño izquierdo—. ¡Sí, yo!

—Si te dijera que te ha engañado, como a mí, seguirías sin creerme —gruñó Skarrion, apesadumbrado—. Aún no he conocido a ningún enamorado que piense con la cabeza...

—¡Calla! —bramó Giung, provocando de nuevo el tenso silencio.

Los labios del Jefe se tensaron con crueldad.

—Está bien, bárbaro. Te llevaré a la prisión de la ciudad. Allí confesarás todo: qué has hecho con Sai, el nombre de aquél a quien has vendido mi... kiari, y qué has hecho con las ganancias de la transacción. Te aseguro que hablarás, y pronto. Yo mismo contempla...

La puerta de la sala se abrió y Tai penetró en la estancia, con los pulgares metidos en el cinto, acompañado del último guardián, quien a duras penas reprimía una sonrisa maliciosa. Tai hizo caso omiso de la sorpresa en el rostro de Giung.

—¿Qué...? —gruñó el Jefe—. ¡Te ordené que permanecieras fuera!

Tai se sentó en una enorme mesa de madera, desastrada pero aún fuerte, y miró con fijeza a Giung, quien retrocedió un paso al ver que su subordinado le había perdido todo el respeto. De pronto comprendió y su mirada se hizo más artera, más sibilina.

—Lo has oído todo, grandísimo cerdo.

—Ya estoy harto de tus insultos, maldito sapo. Entrégame el sable.

Giung apretó los dientes y se dirigió a los tres guardianes:

—¡Tú! ¡Sigue vigilando al bárbaro! ¡Y vosotros dos, desarmadle a él! —señaló a Tai, quien no se movió de su sitio.

Tampoco lo hicieron los interpelados. Miraron a Tai, quien a su vez negó con la cabeza. Permanecían rígidos, como Skarrion, quien trataba de entender lo que estaba sucediendo ante sus ojos.

—Me son fieles —replicó Tai—. Ya hemos hablado de este asunto antes de venir aquí.

Giung se envaró. Los labios le temblaban; era la incredulidad hecha carne y hueso. Tai se levantó de la mesa y se le acercó de dos grandes trancos. Giung le contempló llegar, helado por el espanto. El subordinado agarró la fofa mano y tiró de los dedos, hasta abrirlos. Cogió el arma y retrocedió varios pasos. Los ojos le brillaban de placer.

—No puedes imaginar el número de veces que he soñado con esta escena. He aguantado tus chillidos durante demasiado tiempo, gordo viscoso.

—Me vas a matar —dijo Giung, quien entendía todo de golpe.

Tai se limitó a sonreír y Skarrion pensó en voz alta, con una media sonrisa:

—Eres el segundo tras el Jefe. Si él muriera...

Tai se limitó a asentir despacio, sin mirarle. Nadie dijo una palabra más durante varios instantes, mientras saboreaba el terror de Giung, quien de pronto tomaba conciencia de lo peligrosa que era su situación actual. Tai le habló como si hablara consigo mismo:

—He estado meses quemándome los sesos, buscando una manera de acabar contigo sin correr el peligro de que los Magistrados me incriminaran. No lo logré porque eras listo y sabías guardarte las espaldas... Hasta que conociste a esa ramera.

Giung soltó un débil gáñido y sus hombros se derrumbaron. Estaba desesperado. Tai continuó:

—La muchacha te ha reblandecido el cerebro, desde que la conoces has bajado la guardia. Cometes errores, como haberme sacado esta noche de la cama y ordenado elegir un trío discretos agentes para detener a un bárbaro extranjero. Una misión en la que sólo estaríamos esos tres hombres, tú y yo. Y el bárbaro. Y naturalmente, llamé a quienes creía más convenientes...

Giung se volvió hacia los aludidos, aún sabiendo que no podía esperar compasión alguna por su parte. Los incompasivos rostros de aquellos hombres corroboraban sus peores temores.

—Los Magistrados sospecharán de ti —probó.

—Parece mentira que hayas arreglado tantos asesinatos encubiertos y aún no sepas cómo se hacen estas cosas —respondió Tai, afable, como un maestro aleccionando al niño torpe—. Yo mismo tendré el placer de cortar tu gordo cuello con éste tu sable. Una vez que matem al extranjero le pondremos el arma asesina en la mano. En el informe constará que él se zafó de nuestros hombres, se hizo con tu acero y te degolló. Después, estos leales y enfurecidos agentes acabaron con él. Tendré tres declaraciones firmadas a mi favor. Los Magistrados sospecharán, por supuesto. No son tontos. Pero no podrán demostrar nada.

“Además, habrá una investigación acerca de ese carrotrato robado por el que tantom te interesas... Quizás aún pueda enturbiar tu hasta ahora honorable hoja de servicios.

Giung pensaba con rapidez. Iba a replicar cuando Tai le cortó:

—¡Silencio!

Se acercó ágil hasta el Jefe, quien levantó las manos en un gesto reflejo. Como prometiera, Tai le abrió el cuello. Después, depositó con cuidado el arma junto al cadáver.

—Subar, Guichu, matad al bárbaro cuando me vaya —ordenó el nuevo Jefe de la Guardia—. Después le dejáis aquí con Giung. Subar, tú te quedarás aquí por si alguien viene, y Guichu, irás a la Prefectura para alertar al resto de la Guardia.

Los subordinados asintieron en silencio. Tai no se dignó a mirar al extranjero. Sonriendo con una serena felicidad, salió de la estancia, acompañado del último agente.

La lluvia seguía repiqueteando contra la madera y el ladrillo. El silencio era ominoso mientras el reo entrecruzaba las miradas con sus captores. Guichu y Subar empezaron a pincharle la piel, divertidos.

—¡Esperad! —gritó Skarrion—. ¡Dejadme morir con un arma en la mano! Mi religión dice que si no perezco con una hoja afilada en la diestra mi espíritu vagará por el mundo terrenal, hasta el Fin de los Tiempos.

Curiosos y burlones, los agentes se rieron de él.

Guichu incluso dio un paso atrás, aunque sin bajar del todo la lanza.

—Aún tenemos tiempo... —dijo—. ¿Qué tal si nos demoramos un poco con el bárbaro? Podemos ver cómo se arrastra por el suelo, con las rodillas destrozadas por una hoja afilada.

—No sé —repuso su compañero—. Mejor no complicar las cosas. Acabemos cuanto antes. Éste es un asunto turbio y se puede complicar.

—Relájate, hombre. —Guichu sonrió—. Nuestro señor Tai es listo, sabe cómo hacer las cosas. Fíjate en ése. —Señaló a Giung, sangrante e inmóvil—. Hace muy poco tenía el cazo por el mango. Ahora, yace tan muerto como un perro. —Escupió hacia un lado—. Todo está hecho un asco, Subar. Si nada tiene sentido, prefiero divertirme un rato con este hijo de perra. Pinchémosle, hagámosle cantar y bailar.

—Mi espíritu os perseguirá durante el resto de vuestras vidas —afirmó Skarrion, torvo, lúgubre— si no me dejáis morir en paz, con un arma en la mano... Un simple cuchillo bastaría.

Subar y Guichu se miraron. De pronto, toda su jovialidad se había esfumado.

—No me gusta, Guichu. Ya sabes que no soy de mente estrecha, pero... hay cosas con las que es mejor no jugar.

El otro miró a Skarrion mordiéndose los labios. La superstición brillaba en sus ojos, como en los de todos los demás uaneses, cuyo imperio estaba plagado de sacerdotes y santones que velaban por sus almas y sus monedas. Desenfundó el cuchillo y lo tiró al suelo.

—Cógelo y reza una última oración, inmundicia.

—Habéis hecho bien, muy bien. —Skarrion se agachó y tomó el arma.

Entonces, al levantarse, compuso un extraño, afligido gesto. Sollozó, ante la sorpresa de los guardianes. Primero fueron breves espasmos, que se convertían en un temblor que sacudía todo su alto y fuerte cuerpo. Se frotaba los ojos con los nudillos, las rodillas le flaqueaban y terminó por llorar abiertamente. Los dos uneses se miraban uno al otro, divertidos. Echaron a reír, contemplando a aquel bruto, patético y cobarde, gritar, sumido en el llanto, algo parecido a una oración en su brusco idioma. Les parecía tan cómico que se retorcían, presos de las carcajadas, apoyados en las lanzas, dejando que sus puntas tocaran el suelo. Skarrion alzaba las manos hacia el techo y entonaba un mugido que tal vez fuese una plegaria, igual que cualquier vieja en el funeral de un pariente. Guichu y Subar no lo habían pasado tan bien desde hacía mucho tiempo.

Y el shakark, que aún conservaba el cuchillo en su diestra, cambió de pronto la mueca de triste desolación por una expresión de ferocidad y rabia casi inhumanas.



Había atravesado la ciudad a paso rápido, a veces casi a la carrera, por lo que llegó en no mucho tiempo hasta las puer-

tas meridionales de la ciudad. Confiaba en que aún no se conociera la muerte del Jefe de la Guardia y por tanto no hubiese especiales medidas de seguridad en la salida. Al fin y al cabo, ni Subar ni Guichu podían ya informar de nada y pasarían horas antes de que Tai, extrañado, mandara a alguien al lugar donde yacían junto a Giung.

Los guardianes del portón le miraron con desprecio, contentos de que la basura extranjera volviera al campo de donde provenía. Le dirigieron algunos insultos a los que, cabizbajo, no respondió. Se rieron de él y lo dejaron pasar. El extranjero sabía que tendrían las horas de empleo contadas en cuanto se descubriera quién permitió salir al asesino del Jefe Giung de la ciudad.

Estaba hambriento, exhausto y calado hasta los huesos. Pero notó un brutal regocijo: se hallaba fuera de la maldita urbe. Evitó los caminos transitados, las rutas de caravana, las patrullas imperiales. Y a mediodía ya había perdido por completo de vista Siarang-Tai. Comenzaba a creerse en verdad libre de la ratonera. Cuando fueran en su busca ya estaría demasiado lejos. Si es que partían tras él: probablemente alguien inventara un informe para evitarse la molestia.

Poco a poco, un recuerdo fue apoderándose de su cerebro, cobrando intensidad, hasta volverse casi intolerable. Era la imagen de Sai, la bella y astuta prostituta, la ladrona, la traidora que le había dejado en la estacada. Sentía un odio implacable, una furia que le quemaba las entrañas y le arrancaba juramentos. Si la encontrara... ¡Ah, si la encontrara! Le arrancaría el vestido y la desollaría a latigazos, deleitándose con cada grito de dolor. Después la arrastraría por el fango e idearía mil nuevas torturas más para aquel diablo hecho suave y firme carne. Quizás... ¡sí, quizás!, algún día la hallara; incluso podría empezar a buscarla en las ciudades vecinas, en la gran Tian-Lin, de la que tampoco guardaba gratos recuerdos. ¡Qué dulce sería la venganza!

Pero a medida que iban pasando las horas, bajo aquella fina y persistente lluvia que encharcaba la hierba y enfangaba la tierra, iba comprendiendo que nunca volvería a verla. Era una mujer tan inteligente que habría asegurado su escapada. Sospechó que el último lugar donde iría sería Tian-Lin, precisamente el lugar que señalara como más probable destino. Un engaño más, en el que esta vez no caería. La gente como ella acostumbraba a salirse con la suya. Esta vez, comprendió Skarrion, no constituiría una excepción.

También recordó que él contrató sus servicios en *El Grillo* sin tener más que una sola moneda y estaba dispuesto también a engañarla, a tomarla sin pagar a cambio. Un mentiroso engañado por otro otro mentiroso. Soltó una carcajada.

Entonces, salió el Sol por entre las nubes y sus poderosos rayos hicieron brillar los charcos, la madera, las hojas cuajadas de gotas. El aventurero experimentó casi un éxtasis de felicidad: había dejado de llover.

Hambriento y cansado, pero recuperada la esperanza en que el mundo fuera algo más que la cloaca de los dioses, Skarrion Gunthar continuó su camino hacia el Oeste.

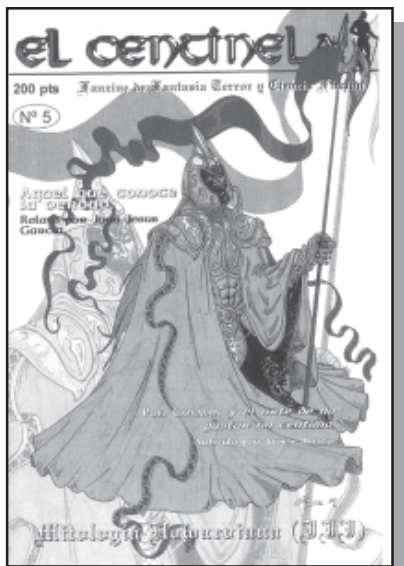


Compañeros de Batalla

EL CENTINELA N.º 5

Las huestes de El Centinela vuelven a la carga con un nuevo número y el siguiente contenido:

- ✓ Secciones: Prefacio, Mitología Howardiana (D. García y A. J. Pendón), Publicaciones del Fandom
- ✓ Relatos: "Niebla", de A. Núñez; "Aquél que conoce la verdad", de J. J. García
- ✓ Artículos: "Poe, Corman y el arte de no gastar un céntimo", de J. Blasco.
- ✓ Cómic: "El Final", de V. Ramos y J. Blasco



Formato: Din A5, 42 págs.

Precio: 200 ptas.

David G^a. del Campo. C/
Hermanitas de la Cruz, 2, 2º. C.
47013 - Valladolid.
colamico@worldonline.es



PHANTASMAGORIC ZINE

N.º 4

Nueva entrega de este fanzine dedicada a la maldición de la licantropía. Avisados quedáis, aficionados al género fantástico y sobre todo al terror: no podéis perderoslo.

- ✓ Relatos: "Los desesperados" (A. Díaz Sánchez), "Casa Amor" (J. J. Castillo Lérída), "Maldigo tu nombre" (El Druída)
- ✓ Secciones: "Seres de leyenda: Licántropos", "Cantos a la Luna Oscura" (El Druída), "¿Sabías que...?: Flash Gordon" (Aingeru de Endrinal), "Crónicas de un mañana: agudo cambio" (J. Chacón Rodríguez), "De viñetas y bocadillos: Los tres cabellos blancos" (D. Alarico Castillo), "Los dioses de Asgard: Heimdall" (J. Chacón Rodríguez), "Otros fanzines"
- ✓ Artículos: "La bestia de Gevaudán" (El Hermano de Odín), "35 años de viajes por el espacio" (J. A. Aguilera Toro)
- ✓ Cómic: "Sangre pagana" (J. Chacón y A. Muriel)
- ✓ Poesía: "Son tus ojos el sabor del miedo" (Antonio de Egipto)
- ✓ Portafolio Salvaje (P. Sintés y J. M. Marín)

Formato: Din A4, 44 págs.

Precio: 195 ptas.

Jesús Chacón Rodríguez
Apdo. 25. 14940 - Cabra
(Córdoba)
jesús-lilith@mixmail.com



¡VIVA POE! N.º 2

Al grito de "Tenno heika banzai", la despedida de los kamikazes, los muchachos de ¡Viva Poe! nos traen un número centrado en Japón, sobre todo en el escritor Yukio Mishima.

- ✓ Artículos: "Heike Monogatari". "Yukio Mishima, la pluma y la espada". "Inteligencia al servicio de la estética". "Osamu Tezuka, dios del Manga". "Dagon, H. P. Lovecraft". "Drums of Fu-Manchú (1940)". "La época dorada de la industria del porno japonés"

Formato: Din A5, 16 págs.

Jorge Ripollés Berriochoa
C/ Pedro Egaña 5, 4º. Izda
2006 - Donosti (Guipuzcoa)
contact@vivapoe.com



WEIR TALES DE LHORK N.º 25

Un nuevo ejemplar de esta veterana revista, en esta ocasión cargado de emoción y aventura, con el siguiente contenido:

- ✓ **Artículos:** "XIX edición del Salón del Cómic" (M. A. Garrido), "Cine de aventuras de capa y espada" (F. Alonso), "D. Juan Tenorio" (S. Sainz), "La aventura en sus géneros: los espadachines" (P. Márquez), "Lances de honor en el s. XIX" (O. Mariscal), "Los 3 mosqueteros en el cine" (S. Sainz), "¡Voto a bríos, malandrín!" (R. Pérez), "R. E. Howard: creador de mitos" (L. G. Del Corral), "La senda de Solomon Kane" (F. Blosser), "Kane: historia de una colección" (M. A. Garrido), "Arte en S. Kane" (D. J.



- Zimmerman), "A. Dumas: el quinto mosquetero" (L. G. Del Corral)
- ✓ **Por entregas:** "Dark Valley Destiny" XI, "La correspondencia de R. E. Howard"
- ✓ **Relatos:** "El valle perdido de Iskander" (R. E. Howard), "Espadas de París" (M. A. Garrido y E. Fraile), "El castillo de las valquirias" (G. Zuddas), "La conjura de Flandes" (E. Fraile)
- ✓ **Ilustraciones:** "Portafolio S. Kane"
- ✓ **Poemario:** E. Fraile, M. A. Garrido y F. J. Parera

Formato: Din A4, 114 págs.

Precio: 6 •

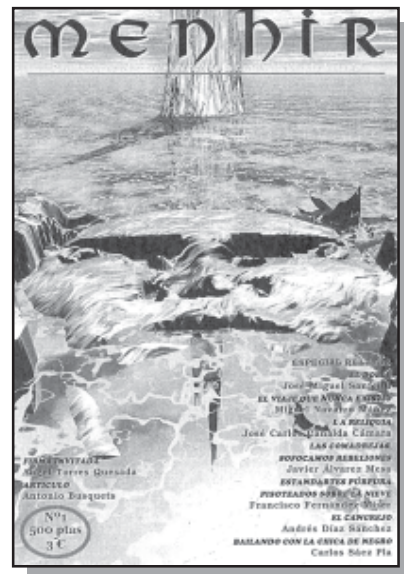
Eugenio Fraile La Ossa
Pº. Muñoz Grandes 51
28025 – Madrid.
wt_de_lhork@yahoo.es
<http://www.iespana.es/lhork/portada.htm>



MENHIR N.º 1

Interesantísima publicación dedicada a la CF y la Fantasía.

- ✓ **Relatos:** "El Cangrejo" (A. Díaz Sánchez), "El doble" (J. M. Sanfelix), "El viaje que nunca existió" (M. A. Navarro), "La reliquia" (J. C. Canalda), "Estandartes púrpura" (Fco. Fdez.) "Bailando con la chica de negro" (C. Sáez), "Caballero, el regreso de Kane" (J. L. Mora)
- ✓ **Artículos:** "Dios mío... el cielo está lleno de festivales" (A. Busquets)



Formato: Din A4, 40 págs.

Precio: 500 ptas.

Jose Luis Mora
C/ Tórtola 7, 4º. D
28904 – Getafe (Madrid)
jmazarias@dreamers.com

E-fandom

Fanzines y E-zines en español

Visita E-fandom para estar al día sobre las novedades del fandom: <http://www.e-fandom.com/>

También puedes suscribirte a la lista de correo de E-fandom en Yahoogroups:

<http://es.groups.yahoo.com/group/e-fandom/>

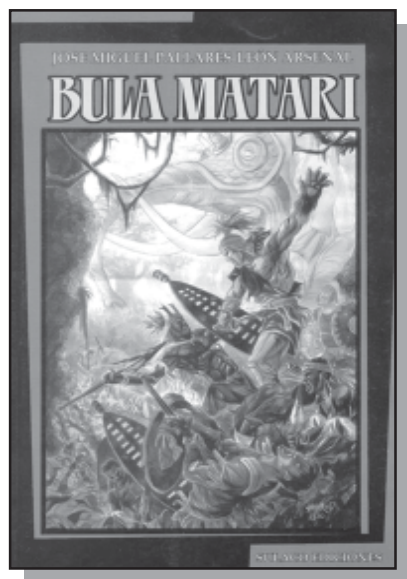


El Tajo del Verdugo

LITERATURA

BULA MATARI

Este libro, publicado por la joven editorial Sulaco, parte de una interesante ucronía: un pasado alternativo en el cual Cartago se ha impuesto a Roma



y domina Occidente y parte de África. Pero en el continente sureño se alza un nuevo y poderoso enemigo: el imperio zulú, creado por su rey Chaka. Así, la

narración se centra en esta gran guerra, dentro de la cual cada bando tiene a su campeón supremo: *Bula Matari*, un mercenario convertido en general supremo por méritos propios, por Cartago; y Chaka por el imperio zulú. Ambos son hombres sanguinarios e inteligentes, atacados por terribles maldiciones en las que la magia africana juega un fuerte papel. A los enfrentamientos armados se suman las innumerables intrigas y traiciones. Merece especial atención el estilo narrativo cínico, poético y amargado que emplean los autores y el cuidado por la introspección en los personajes, a veces demasiado reiterativa, y el uso, a mi juicio inadecuado, del presente como tiempo de narración, en lugar del pasado, habitual en la novela. Aunque no hay muchas, las batallas están contadas de forma realista, sin eludir los aspectos más desagradables.

En definitiva, un libro recomendable, y además una iniciativa valiente la de Sulaco: dar a conocer la FH española, tan buena o mejor que la publicada con nombres anglosajones, y a la que en este país se hace mayor caso.

A. Díaz Sánchez

BULA MATARI

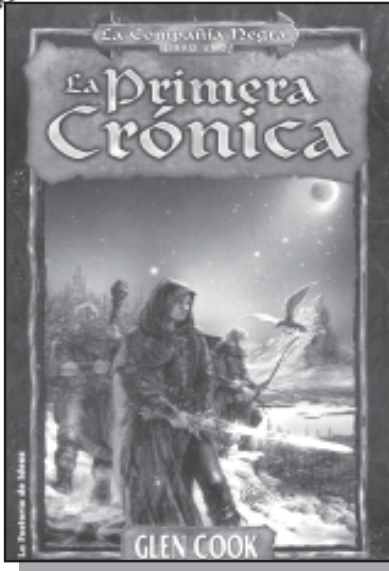
J.M. Pallarés y León Arsenal
Editorial Sulaco



LA COMPAÑÍA NEGRA

El autor de esta novela, Glen Cook, viene precedido por una aureola de fama en el extranjero, excelentes cifras de ventas y un marchamo de «originalidad», ya que según la contraportada es un autor de un «molde» peculiar, como lo fueron Howard, Tolkien, Moorcock o Leiber. Su originalidad reside en hacer protagonistas de las aventuras a una compañía mercenaria formada por guerreros, magos, quirurcos y exploradores, al estilo de los «grupos de rol», pero con un aire más militar, duro y realista.

La historia es atractiva en un principio. La compañía es contratada por medio de una argucia para intervenir en una guerra entre señores hechiceros muertos hace siglos y redivivos por la magia, al frente de los cuales está la Dama, un ser misterioso de un poder desconocido.



A pesar de las premisas prometedoras de la historia, ésta acaba defraudando. Atendiendo al estilo, resulta brusco, despojado a veces de las descripciones más elementales que proporcionarían al lector más inmersión en la historia. El ritmo narrativo es monótono, con incesantes paralelismos gramaticales y un uso del polisíndeton irritante por su repetición. Además de eso, hay numerosas erratas inconcebibles en un libro supuestamente editado por profesionales. De buena parte de esos errores se puede culpar sin duda al traductor, Domingo Santos, aunque también a la editorial por su descuido a la hora de revisar el texto.

Pero no acaban ahí los fallos. El desarrollo de la trama es muy confuso y falto en exceso de información; junto a las carencias descriptivas ya mentadas, hace que sea muy probable que el lector acabe perdiéndose a mitad de la novela.

Mención aparte requiere la magia y su enfoque. A veces resulta trivial o mejor, ridícula: las peleas entre hechiceros parecen pasajes más de una comedia disparatada que de un libro serio (o pretendidamente serio) de FH.

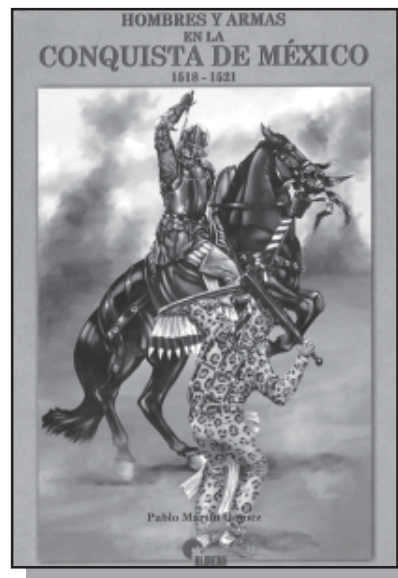
No todo son fallos, por supuesto. El ambiente de «campana», algunos diálogos entre los mercenarios y el final, que afortunadamente no resulta previsible, son aspectos positivos. Sin embargo, el conjunto deja bastante que desear.

José M^a Bravo

LA COMPAÑÍA NEGRA
Glen Cook
La Factoría de Ideas

HOMBRES Y ARMAS EN LA CONQUISTA DE MÉJICO

Nuevo libro épico e histórico de la editorial Almena que narra la epopeya de Hernán Cortés y los suyos en territorio azteca, en la que un puñado de hombres fueron capaces de invadir y conquistar todo un imperio, merced a su coraje y astucia. Si bien ya de por sí la historia misma es entretenida e intensa, el autor ha logrado un formidable trabajo de documentación para dar a conocer de manera precisa y detallada la organización



social, política, económica y militar de los aztecas, incluso su pasado y génesis. También se hace hincapié en los uniformes, atuendos, protecciones, y armas tanto de españoles como de americanos, hasta el punto de describirnos incluso los juegos de naipes con que se distraían los conquistadores. La narración de los hechos se basa en una seria confrontación de diferentes fuentes, para tratar de esclarecer la verdad de forma objetiva, sin escatimar la crueldad y los engaños de ambos bandos, así como la admiración por el valor y la disciplina que tanto unos como otros desplegaron en sus campos de batalla. Como referente visual tenemos numerosas ilustraciones del propio autor, no espectaculares, pero siempre correctas.

A. Díaz Sánchez

HOMBRES Y ARMAS EN LA CON- QUISTA DE MÉJICO: 1518-1521

Pablo Martín Gómez
Editorial Almena

SOMBRAS EN LA ETERNIDAD

Editado en el 2001 por Artifex, en este libro se conjugan ciertos hechos históricos, que abarcan la creación de la Orden del Temple, durante las Cruzadas, y los avatares que condujeron a su destrucción, con una trama de intriga cósmica en el que los personajes son meros peones, manejados por fuerzas superiores. El protagonista, un hombre de nuestra época, vive entre dos realidades, la actual, y la medieval. En el pasado, sirve a un temible y misterioso caballero que hace y deshace situaciones, alterando los hechos temporales, provocando una necesaria contrapartida en el presente. Por tanto, aunque el contexto es medieval y no el propio de una novela de CF, la trama se introduce en el subgénero de las paradojas temporales. El mayor acierto del autor es conseguir cuadrar los hechos históricos medievales con la intriga en la que se mueven los personajes, manteniendo siempre el interés del lector a través de nuevos misterios. Los mayores errores



son la poca descripción de las situaciones y ambientes medievales y la inexistencia de fragmentos de acción épica. En

suma, un libro sin muchas pretensiones, pero cuya compleja trama suscita el entretenimiento del lector.

A. Díaz Sánchez

SOMBRAS EN LA ETERNIDAD
 Ángel Torres Quesada
 Artifex Ediciones



EN COSTAS EXTRAÑAS

En *costas extrañas* narra las peripecias y desventuras de John Chandagnac cuando una nave pirata asalta el barco en el que viajaba como pasajero y acaba, sin más remedio, uniéndose a su tripulación.

A partir de ahí Tim Powers desarrolla una historia que mezcla el trasfondo histórico de la piratería del siglo XVII en el Caribe con la magia vudú y leyendas como la *Fuente de la Eterna Juventud*, uniendo todos estos elementos en un todo ecléctico muy meritorio y atractivo.

La historia arranca de forma magnífica pero decae a medida que avan-



za, aunque consigue mantener el interés del lector, pese a los altibajos, hasta el final. Sería deseable que las escenas de acción fueran más numerosas y estuvieran más cuidadas, y además que las continuas introspecciones de los personajes fueran menos abundantes; llegan a ser repetitivas en muchas ocasiones.

El tratamiento de la magia tiene puntos positivos y negativos. A favor está la tarea de documentación del autor sobre los

ritos vudú; y en contra, que los efectos de la magia llegan a ser desmesurados si tenemos en cuenta que la novela tiene una base histórica más que notable: el hecho de que el uso de la magia sea común y el que expertos en hechicería puedan levitar o volar es un buen ejemplo de ello.

En cuanto a la trama, si bien tiene momentos brillantes, a veces no proporciona de forma adecuada la información: algunos hechos se descubren demasiado pronto y la narración se extiende en otros de forma innecesaria, cuando ya resultan obvios.

Resumiendo, un libro con claros oscuritos, entretenido e innovador sin duda, pero que desperdicia el magnífico trasfondo en el que transcurre el argumento.

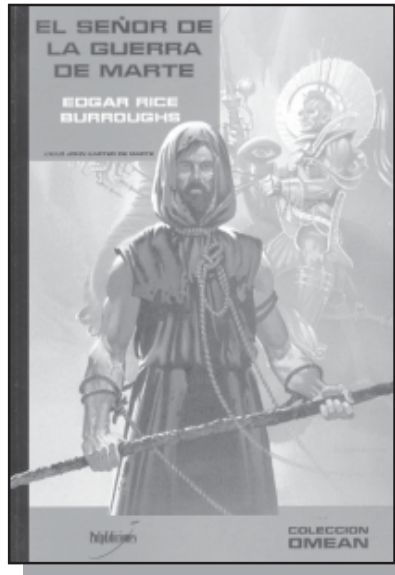
José M^a Bravo

EN COSTAS EXTRAÑAS
 Tim Powers
 Ediciones Gigamesh



EL SEÑOR DE LA GUERRA DE MARTE

Pulpediciones, la misma editorial madre del fanzine *Pulpmagazine* (reseñado a menudo en SYA) nos alegra un poco más la existencia, ya que está decidida a traernos, de una vez por todas, la obra primeriza de E. R. Burroughs, con la que ganó prestigio y fama, aun antes de su mundialmente conocida serie de Tarzán. Se trata de la saga de John Carter de Marte. En ella, se nos narran las andanzas de un terrestre que viaja de forma sobrenatural al planeta rojo, donde halla un compendio de culturas alienígenas guerreras y un decorado ideal para todo tipo de aventuras exóticas, ya sea en el seno de selvas, como de desiertos o escenarios polares. Monstruos espeluznantes, héroes caballerosos, acción a raudales, batallas aéreas y encontronazos de tropas armadas con aceros... Es la llamada *Espada Planetaria*, un tipo de novelas de aventuras que se podría calificar de Fantasía Heroica, mezclada con cierta estética de ciencia ficción, todo con un aire pulp de principios de siglo, con



todos sus defectos y virtudes. Cabe destacar de «El señor...» que, aún siendo el segundo de la saga marciana publicado por Pulpediciones, cuenta con una mejor presentación y sobre todo traducción, cosa de agradecer. A este título seguirán otros más, hasta completar toda la serie de Marte.

A. Díaz Sánchez

EL SEÑOR DE LA GUERRA DE MARTE
 E. R. Burroughs
 Pulpediciones



LA LEYENDA DEL NAVEGANTE

Obra del conocido autor gaditano de ciencia-ficción española Rafael Marín, *La leyenda del navegante* es una trilogía compuesta por tres libros: *Crisei*, *Arce* y *Génave*, en la que se narra las gestas de Salther Ladane, el *Navegante*.

La historia tiene ambientación fantástica, en una especie de Mediterráneo alternativo durante el renacimiento europeo. Los tres libros comparten un nexo común: el desarrollo de la leyenda que envuelve al personaje principal, el *Navegante*. Es la mujer de Salther la que cuenta la historia de forma retrospectiva, y es ése uno de los fallos que deslucen el conjunto: un narrador omnisciente hubiera sido más adecuado para esta historia, sobre todo porque evitaría las continuas y molestas digresiones que se permite la narradora.

La historia de Salther en los tres libros acusa una falta de conexión evidente: las tres partes parecen más bien aventuras aisladas que partes de un todo. La segunda y tercera parte, por ejemplo, presentan argumentos que hubieran necesitado mucho más desarrollo. La más fantástica es la que ocupa el segundo libro: una historia demasiado clásica, la del extranjero que llega a una tierra extraña como salvador, y un final francamente inverosímil. De igual forma, la tercera parte desarrolla en pocas páginas dos argumentos que hubieran necesitado un desarrollo más extenso o incluso individual.

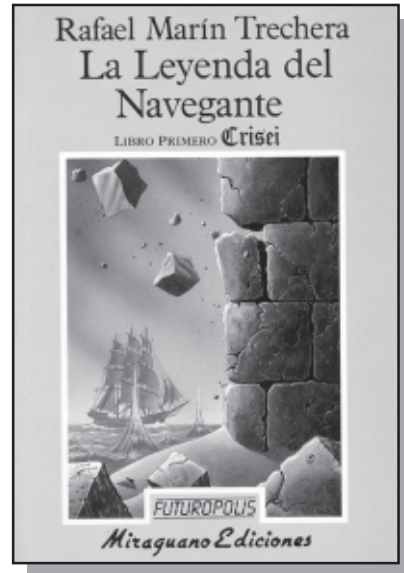
El estilo es meritorio y está muy cuidado, aunque en bastantes ocasiones la abundante prosa poética lastra la narración, y las escasas variaciones del ritmo entorpecen las escasas escenas de acción. Mención aparte requieren los diálogos: llegan a ser insufribles por la

tendencia de los personajes a monologar de forma eterna sobre las razones de su proceder y las posibles consecuencias.

Dos últimas anotaciones: el empleo de términos como horas, minutos, segundos, la existencia de periódicos y termómetros, por ejemplo, podría considerarse como discutible o directamente inadecuado. Por otra parte, es curioso que en la segunda parte del libro aparezcan dos nombres que cualquier aficionado a la obra de J.R.R. Tolkien conocerá: Eressëa y Smaug. En el segundo caso no quedan dudas de que es un homenaje, aunque respecto al primer nombre, bastante menos conocido, la cosa no está tan clara.

Para terminar es necesario reconocer el buen empeño y maneras del autor, pese a los cuales los resultados no son demasiado satisfactorios.

José M.ª Bravo



LA LEYENDA DEL NAVEGANTE
Rafel Marín Trechera
Miraguano Ediciones

CINE

JUANA LA LOCA

En este sobrio film nos encontramos con una nueva visita al mito de *Juana la Loca*, la reina que, según la leyenda, perdió la cabeza de celos y amor por culpa de su marido Felipe el Hermoso, y cuya demencia fue razón o pretexto para encerrarla en la fortaleza de Tordesillas. Tanto el guión como la dirección son intachables. Quizá en un principio el ritmo pueda parecer lento, pero pronto nos percatamos de que contribuye a ir metiéndonos poco a poco en esta tormentosa historia pasional en la que se mezclan ciertos hechos políticos del reino de Castilla. No encontraremos en esta película una sola pelea o escaramuza. Pero es que no las necesita, y antes que cometer chapucerías del tipo a las que nos tienen acostumbrados algunas superproducciones, aquí la inacción se convierte en virtud, no en demérito.

Las interpretaciones son todas magníficas, tras ellas se nota la mano de un director «de actores», más que «de historias». Mención especial para la protagonista, actriz no muy famosa, pero que dará que hablar. Y si cualquiera de estas alabanzas no incitara aún al lector a verla, quizá lo más importante para los seguidores de SYA es que se ha



cuidado al máximo la ambientación, tanto en trajes, armas y utilaje, costumbrismo, vocabulario y exteriores e interiores. Se convierte la película en un fascinante fresco de la Edad Media, un cuadro vivo en el que no se deja al azar ningún detalle, y que deleitará a quienes nos atrae esta época. Entre toda la inmundicia del cine comercial uno aún se encuentra con maravillas como esta película.

A. Díaz Sánchez

Título original: Juana la Loca
Dirección: Vicente Aranda
Duración: 117 minutos
Intérpretes: Pilar López de Ayala, Daniel Liotti, Manuela Arcuri

EL PACTO DE LOS LOBOS

Esta película se engloba dentro de la tendencia que sigue el cine francés durante los últimos años para competir con el norteamericano. La estrategia es simple: grandes superproducciones, ingentes dosis de acción y espectáculo como parte de una marcada tendencia hacia el cine de entretenimiento.

Analizando por separado los distintos elementos de *El pacto de los lobos*, la película resulta prometedora: la historia parte de unas premisas magníficas, la ambientación es adecuada (oscura y deprimente, deudora en buena medida de la obra de Tim Burton *Sleepy Hollow*) y los vestuarios y escenarios están muy cuidados. Sin embargo, es una lástima que el conjunto se eche a perder por un guión que desperdicia la historia por



Para ello contará también con los servicios del famoso Chaucer. El escritor le servirá falsificando certificados heráldicos para engañar a los jurados de cada torneo y ejecutando el papel de maestro de ceremonias. También les acompaña una mujer herrera, que va fabricando las armaduras por el camino. El falso caballero gana todos los torneos territoriales de Francia, a la par que lucha por conseguir el corazón de una joven y arisca dama. Pasa a Inglaterra, para participar en el Campeonato Mundial de Torneos, que se celebra en Londres. El final es tan predecible como todo lo demás en esta película. Un estúpido argumento que sirve para hacer desfilar una ristra de tonterías

Título original: A knight's tale
Dirección: Brian Helgeland
Duración: 132 minutos
Intérpretes: Heath Ledger, Mark Addy, Rufus Sewell, Paul Bettany



EL SEÑOR DE LOS ANILLOS: LA COMUNIDAD DEL ANILLO

Sin duda, esta película ha sido uno de los estrenos más esperados durante los últimos años para los aficionados al Género Fantástico. Se trata, como casi todo el mundo sabrá, de la primera parte (la primera de tres) de la adaptación cinematográfica de la novela *El señor de los Anillos*, de J.R.R. Tolkien, a cargo del director neozelandés Peter Jackson.

Ante tanta expectativa las críticas a esta película suelen adolecer de medida: algunos, avasallados por la presión mediática, reniegan de ella o se muestran escépticos de que haya despertado tanta admiración; y otros (en mayoría, hay que reconocerlo) la alaban sin cesar y la elevan a los altares. Por supuesto, algunos

completo (con elipsis argumentales inadmisibles), unas técnicas de cámara mareantes, con giros continuos y las ya inevitables escenas a cámara lenta, además de incluir en las escenas de acción elementos tan inverosímiles como técnicas más propias de una pelea de kung-fu o las acrobacias circenses, sobre todo si tenemos en cuenta que la historia transcurre en la Francia del s. XVIII.

Resumiendo, la película no pasa de ser discretamente entretenida para los que soporten sus puntos negativos e insufrible para los que prefieran películas de acción más sobrias y menos efectistas.

José M.^a Bravo

Título original: Le pacte des loups

Dirección: Christophe Gans

Duración: 117 minutos

Intérpretes: Samuel Le Bihan, Mark Dacascos, Emilie Dequenne, Vincent Cassel, Monica Bellucci, Jérémie Rénier



DESTINO DE CABALLERO

Veamos la sinopsis: el protagonista es un joven escudero cuyo amo muere de forma discreta. El muchacho suplanta al caballero, participa en el torneo hacia el que se dirigía y lo gana, sin que nadie sospeche el cambio. Ayudado por dos escuderos más, decide hacer carrera luchando en todo torneo que se precie.



aún mayores. Por ejemplo, las armaduras vienen firmadas por el símbolo de «Nike», los espectadores de los torneos bailan y hacen «la ola» al son de las canciones de Queen, el protagonista luce en principio un peinado de *rastafari* y después le vemos con pantalones de campana, asistimos a un baile medieval que deviene una suerte de ritmo discotequero, el amor cortés llega a extremos patéticos y grotescos, encontramos los necesarios alegatos a la igualdad entre las clases sociales y los derechos de la mujer, los combates son largos y aburridos, lo épico se convierte en una comedia bufa... Es difícil encontrar una película de tipo medieval más mala que ésta. Sirva esta reseña como consejo hacia todos los que aún no la han sufrido: esta película no vale ni para el vídeo. Avisados quedáis.

A. Díaz Sánchez



han emitido opiniones más comedidas, pero en todo caso la mayoría de críticas se han inclinado hacia uno u otro lado. Lo cierto es que la película, en conjunto, ofrece fuertes contrastes

y claroscuros. El conjunto no deja de ser notable sin embargo.

Para el espectador que conozca bien el libro, el primer visionado de la película tiene la principal desventaja de que intentará ver reflejada en la pantalla todos los pormenores del mundo de Tolkien tal y cómo él los ha concebido, en mayor o menor grado dependiendo de lo purista que sea. Por esto, una de las quejas principales es el viaje hacia Rivendel, la parte que ha sufrido más recortes: el viaje por la Comarca pasa en un suspiro y por ejemplo no aparecen ni personajes como Tom Bombadil (cosa que muchos agradecerán) o Glorfindel, ni los episodios en el Bosque Viejo o en las Quebradas de los Tumularios. No obstante, en un segundo pase, el espectador que ha leído el libro, ya liberado de las comparaciones inevitables (pero nada recomendables) entre libro y película, podrá disfrutarla y apreciar mucho más.

Acerca del guión, aspecto peliagudo donde los hubiera en esta adaptación, se ha tratado de ser lo más purista posible, pero no se ha dudado en omitir los aspectos menos adecuados para la adaptación cinematográfica. Entre las omisiones más notorias están las de los personajes de Tom Bombadil y Glorfindel, sustituido este último por el personaje de Arwen. Ambas son comprensibles y eficaces: en una película de tantos personajes lo más sensato es tratar de reducir su número a toda costa. También se ha optado como era lógico por utilizar secuencias alternas para las narraciones retrospectivas del libro (el viaje de Gandalf hacia Isengard, por ejemplo) y no se ha dudado en tomar parte del argumento de *Las dos torres* para rematar la película. En general, el guión es más que correcto e inteligente, aunque hay puntos oscuros, como la lucha entre los hechiceros Gandalf y Saruman, que traiciona el concepto de la magia en el mundo de Tolkien; el Concilio en Rivendel, poco esclarecedor para el espectador no avisado sobre el argumento; la excusa por la que Merry y Pippin se unen a Frodo y Sam, bastante débil; y por último las secuencias finales, en las que Aragorn deja partir en solitario a Frodo hacia Orodruin.

En cuanto a las interpretaciones de los personajes en su mayoría son correctas, según qué casos excelentes.

Una de la más notoria es la de Ian McKellen (Magneto en *X-Men*)



como Gandalf: sencillamente magnífica. El veterano Christopher Lee encarna a un impagable Saruman, y es de justicia destacar también las de Sean Bean como Boromir, Vigo Mortensen como Aragorn e Ian Holm como Bilbo Bolsón. La de Frodo (Elijah Wood) es correcta aunque muy desperdiciada por fallos de montaje (por ejemplo, el exceso de primeros planos demasiado largos). De entre las peores interpretaciones tenemos las de los actores que encarnan a los hobbits Merry y Pippin (Dominic Monaghan y Billy Boyd, respectivamente), un lastre para la historia debido a sus innecesarios chistes fáciles, aunque por suerte su protagonismo es irrelevante.

La caracterización de los personajes merece un sobresaliente: se han cuidado los detalles al máximo: armas, armaduras, vestidos, guantes, botas, etc. Como nota curiosa, los personajes aparecen todos bastante sucios, sobre todo durante el viaje, lo cual es de agradecer: no se ha caído en el fácil tópico de presentar a los personajes bien acicalados incluso en lo más hondo de una batalla.

De las escenas: El inicio es sencillamente espectacular. Las imágenes de la batalla entre los ejércitos de elfos y humanos y las huestes de Sauron, él mismo arrasando las filas de sus enemigos, son antológicas. Todas y cada una de las tomas de Moria son memorables, y el final de la película también es excelente, en especial la dramática muerte de Boromir y el enfrentamiento entre Aragorn y el líder uruk-hai.

Los principales puntos positivos de la película son la puesta en escena, la fotografía, los escenarios, el diseño de vestuario y los decorados,

junto a la infografía empleada, de una calidad magnífica.

Y acerca de los negativos, el principal y más lamentable es el planteamiento de Peter Jackson para narrar la historia. Buena parte de la película transcurre entre *travellings* aéreos (muy bien hechos, eso sí), de poca utilidad salvo para deslumbrar visualmente al espectador. El principal problema es el abuso de estas escenas, que llegan a marear y no resultan efectivas para narrar la historia. De hecho el metraje podría haberse reducido mucho de haber prescindido o haber recortado estas escenas, metraje que se hubiera podido emplear en un mayor y mejor desarrollo de otras secuencias.

En las peleas se ha desperdiciado el desarrollo de las coreografías con un movimiento de la cámara desquiciado y nervioso y el abuso de los primeros planos, en vez de recurrir a intercalar planos fijos con otros en movimiento.

En resumen, la película, pese a sus deficiencias, resulta en conjunto notable y esperamos que sea un incentivo para que la industria cinematográfica lleve adelante más proyectos de género fantástico.

J. M. Bravo

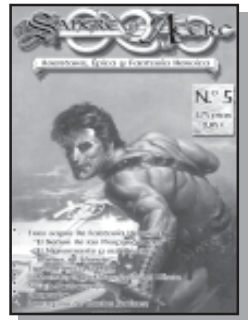
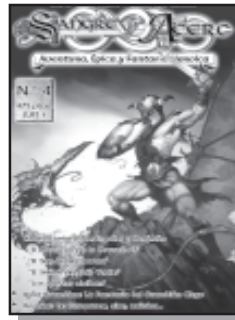
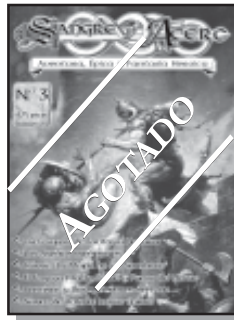
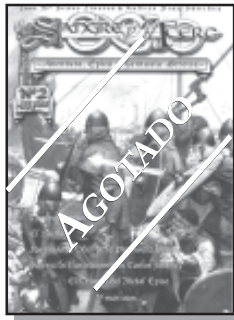
Título original: Lord of the Rings: The Fellowship of the Ring

Dirección: Peter Jackson

Intérpretes: Elijah Wood, Ian Holm, Ian McKellen, Christopher Lee, Billy Boyd, Liv Tyler, Cate Blanchett

Duración: 180 minutos

ANTERIORES NÚMEROS DE SANGRE Y ACERO:



SYA n.º 1
56 págs. – 2,70•
Noviembre 1998

SYA n.º 2
64 págs. – 2,85•
Agosto 1999

SYA n.º 3
60 págs. – 2,85•
Julio 2000

SYA n.º 4
60 págs. – 2,85•
Marzo 2001

SYA n.º 5
60 págs. – 2,85•
Julio 2001

VENTA DE NÚMEROS DE SYA POR CORREO:

Para conseguir ejemplares de **Sangre y Acero** puedes:

- Enviarnos un giro postal por su **importe + 325 ptas.** en concepto de gastos de envío.
- Ingresar dicho **importe + 325 ptas.** en concepto de gastos de envío en la siguiente cuenta de «La Caixa»: **2100-3785-80-2100039016**, a nombre de Andrés Díaz Sánchez. (No olvides enviar una fotocopia del justificante.)

NOTAS:

- El precio incluye los gastos de envío (para España: en el caso de pedidos internacionales consúltanos)
- Los ejemplares se envían por correo certificado.

MERCENARIOS DEL INFIERNO

Cinco relatos de la más pura y salvaje Fantasía Heroica:
Mercenarios del Infierno – Los Cazadores de Cabezas
La Furia de Odín – Espadas de Castilla – El Asirio
Escritos por **Andrés Díaz Sánchez** e ilustrados por **Fernando Caro**.

Pedidos e información:

Andrés Díaz Sánchez
C/ Florencio Sanz n.º 15, 2.º D – 28025 Madrid
andresdiazsanchez@hotmail.com

DIN A5, 96 págs

Para conseguirlo ingresa **4,20 • (importe + gastos de envío)** en:
La Caixa: **2100-3785-80-2100039016**



GENERACION - X

Cómics – Juegos de Rol y Estrategia – Especialistas en juegos de cartas coleccionables

C/ Galileo 14 Madrid 28015

Telf./Fax: 914470746

C/ Fermín Caballero 57 Madrid

Telf./Fax: 917300168

Librería *Miraguano*

C/ Hermosilla 104 - 28009 Madrid

Telf: 91 40116990 – Fax: 91 4021843

miraguano@infor.net.es

Todos los libros disponibles de Fantasía y Ci-Fi

Ofertas y libros descatalogados – Fanzines

Enviamos por correo a donde nos indiqués.

www.miraguano-sa.es

Arte 9

CRUZ, 37 - A 100 M. DE LA PUERTA DEL SOL

28012 Madrid - Telf./Fax: 91 5324714

HILARION ESLAVA, 56 - ARGÜELLES - MONCLOA

28015 Madrid - Telf./Fax: 91 5432343

DE LA PAZ, 5 - JUNTO A CINE RÁBIDA

Huelva

:-CIMMERIA-

CÓMIC EUROPEO Y AMERICANO – MANGA –

LIBROS DE ILUSTRACIÓN – FANZINES –

MINIATURAS – MERCHANDISING

Servimos pedidos por correo

C/ SALVADOR 5, BAJO

03203 Elche (Alicante)

Tfno: 965 45 08 03 – Fax: 965 45 71 42

NORMA CÓMICS SABADELL

San Antonio, 9. 08211 – Sabadell, España.

Tfno. y fax: 93 745 12 52

info@normasabadell.com

www.normasabadell.com

Librería *Belisena*



Cómics – Libros – Rol
Cartas – Juegos de mesa
Fanzines – Wargames
Merchandising

C/ Taboada Leal 9
Vigo

Si no lo tenemos... ¡¡Te lo traemos!!

Framauero

CF, Terror, Cómic, Rol...

-La mejor sala para jugar al rol y a cartas

-5% de DESCUENTO en libros nuevos

-Servicio por correo a toda España

-Visita "La Cueva"... y hazte socio

-Libro antiguo: Nebulae, P&J, MR, Galaxia, Ultramar, etc... (Completamos colecciones)

C/ LUNA, 24
telef. 91-521-72-85
raulcruz@eresmas.com

